Vuelta 17

SUDAMERICANA

REVISTA MENSUAL / AÑO II / DICIEMBRE 1987 - ENERO 1988 / A 7.–

Susan Sontag

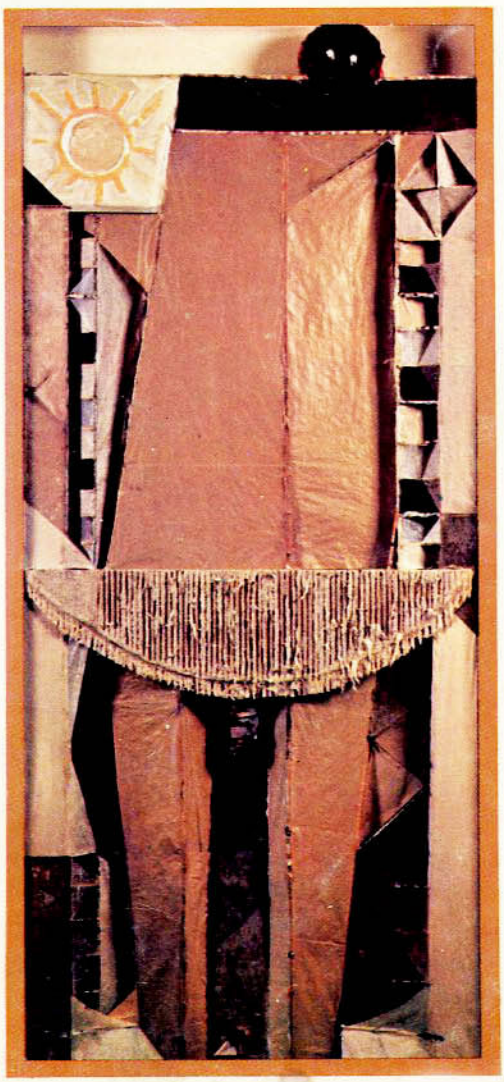
UNA DESCRIPCION

Octavio Paz / Jean-François Revel

MIRADAS AL MUNDO ACTUAL

Hervé Coutau-Bégarie / Ricardo Nudelman

LAS MALVINAS Y EL ATLANTICO SUR



Daniel Bell

EL FUTURO DEL LIBRO

Alberto Savinio
Alberto Laiseca

NARRATIVAS

Kate O'Brien

ESA DAMA

La princesa de Eboli: *Quiso ser Carmelita.*
Se casó a los trece años. Perdió un ojo en un duelo.
Fue encarcelada por Felipe II. ¿Era su amante?

Editorial Sudamericana
narrativas históricas

"La Tuerta": un personaje casi mitológico de la historia de España. Ana de Mendoza y la Cerda, princesa de Eboli y duquesa de Pastrana, nació en 1540, y fue heredera del patrimonio y de los títulos de una de las familias más importantes de España. A los trece años se casó con Ruy Gómez de Silva, secretario de Estado y favorito de Felipe II. A los catorce perdió un ojo en un duelo. A lo largo de los años tuvo diez hijos y fue una esposa fiel y abnegada. Sin embargo, la corte rumoreaba que era la amante del rey Felipe II.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CENTRO CULTURAL GENERAL SAN MARTIN

En 1988
la más completa
programación cultural

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaría de Cultura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

R. De Luca SA.

LA NACION. Desde 1870 marca el ritmo del periodismo argentino.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fondo de Cultura Económica

Novedades de edición argentina

Octavio Paz

Los privilegios de la vista

Ensayos sobre las artes plásticas de México, desde las culturas precolombinas hasta la actualidad, situados en la gran perspectiva de la plástica universal. La crítica de arte en nuestra lengua alcanza con esta obra una de sus máximas cimas.

Colección Letras Mexicanas
512 páginas
48 láminas a color

Carlos Fuentes

Cristóbal Nonato

La más reciente novela de uno de los máximos exponentes de la literatura latinoamericana. Una delirante experiencia narrativa en la cual los juegos con el lenguaje y con la imaginación tienen por fondo un humorismo descarnado

Colección Tierra Firme
570 páginas

Severo Sarduy

Ensayos generales sobre el Barroco

Volumen que reúne, junto a los tres libros que Sarduy ha publicado sobre el tema—**Escrito sobre un cuerpo, Barroco** y **La simulación**—, una cuarta obra inédita hasta ahora. Punto de reunión del pensamiento del autor es éste un libro imprescindible para acercarse a un espíritu provocador, inquietante.

Colección Tierra Firme
326 páginas

Francisco Madariaga

El tren casi fluvial. Obra reunida

Todos los poemas de Madariaga, desde 1945 hasta el presente. La confirmación de un cambio gradual y decisivo en la poesía argentina de las últimas décadas.

Colección Tierra Firme
275 páginas

Fondo de Cultura Económica
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires
Teléfonos 392-7262/9063/0825

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Si usted lee cuentos.
Si usted escribe cuentos.
Si usted tiene una librería;
o va a un taller;
o no quiere que le hagan más
el verso; o si usted simplemente
ama el cuento...

ésta es su revista

Puro Cuento

su mejor antología

Informes y ventas : Puro Cuento S.R.L. - Pedro Ignacio Rivera 3815 (7°-29) - (1430) Buenos Aires. Teléfono 541-4677, de 9 a 14.

TITULOS PARA
EL VERANO

BAJO EL IMPERIO DE LAS IDEAS MORALES - Mariano Grondona
LA ARGENTINA POR DENTRO - Marcelo Sánchez Sorondo
EL ESPEJO DE LA HISTORIA - Tulio Halperin Donghi
MI PADRE, SU HIJA - Yaël Dayan
CARTAS AL CASTOR - Jean-Paul Sartre
ESA DAMA - Kate O'Brien
EL GANSO PARLANTE - Fernando López
MALVINAS. LA DEFENSA DE PUERTO ARGENTINO
- Gral. (R) Oscar L. Jofre y Cnel. (R) Félix R. Aguiar

EDITORIAL SUDAMERICANA
Humberto I 531 - TE: 362-2128/7364/7496

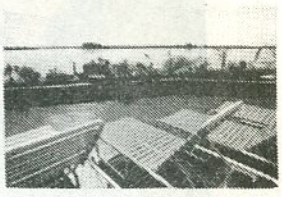
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EN EL QUIRINALE RELAJESE Y DEJESE ESTAR

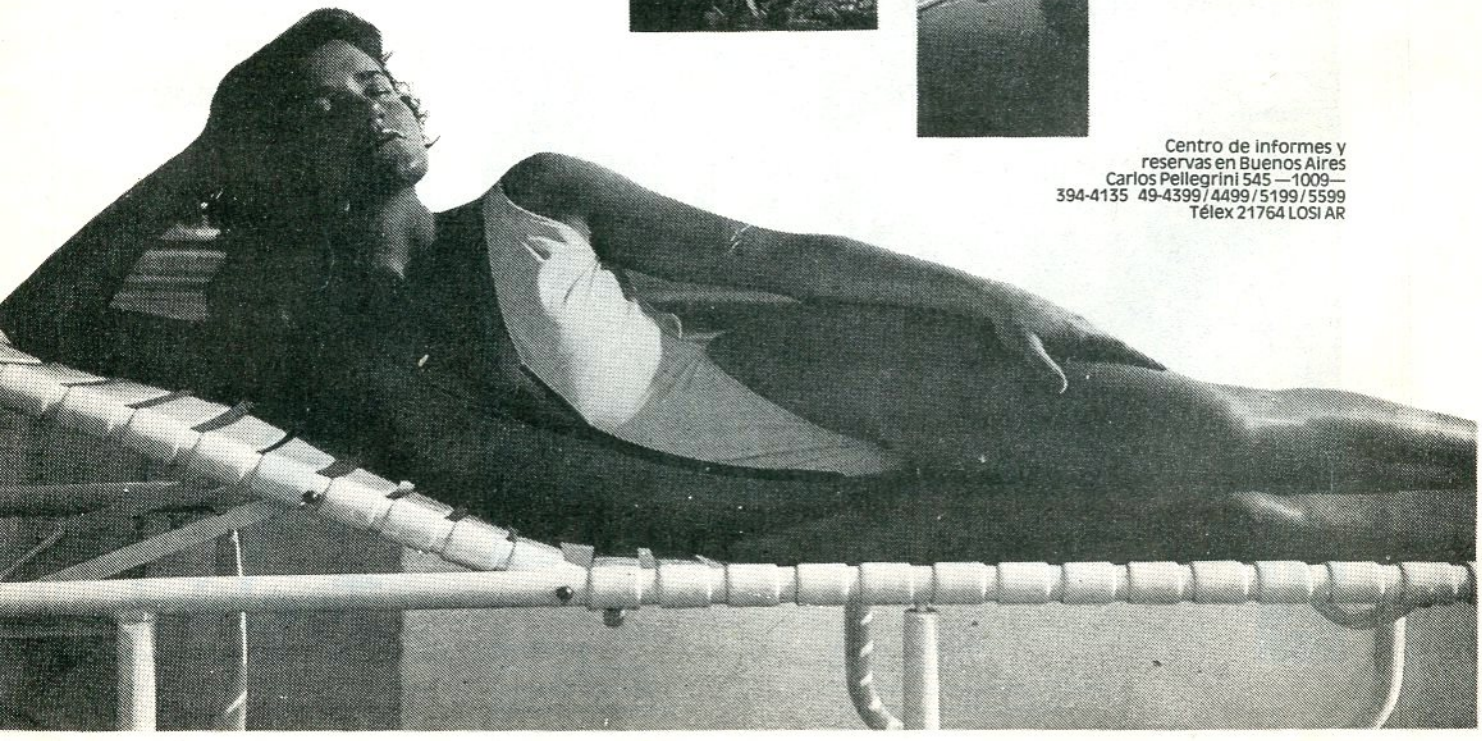
El Quirinale.
Muy cerca de Buenos Aires, en Colón, Entre Ríos.
Una opción única para unas vacaciones diferentes.
Unas vacaciones lejos del ruido y el stress.
En medio de la naturaleza y el relax.

Playa privada sobre el río Uruguay.
Piscina. Casino. Tenis.
Ristorante. Autoservice. Confitería.
Microcine. Salón de convenciones. Playroom.
***Quirinale Spa:** Hidromasajes con espumas,*
algas o sales marinas. Cama solar. Sauna.
Aguas termales FQ. Máscaras naturistas
con esencias de hierbas. Gimnasio.
Bicicleta computarizada. Barros
termales con polvos de algas.

Además y como siempre, la famosa Dieta Quirinale.
Llámenos o acérquese. El Quirinale es más.
Mucho más.



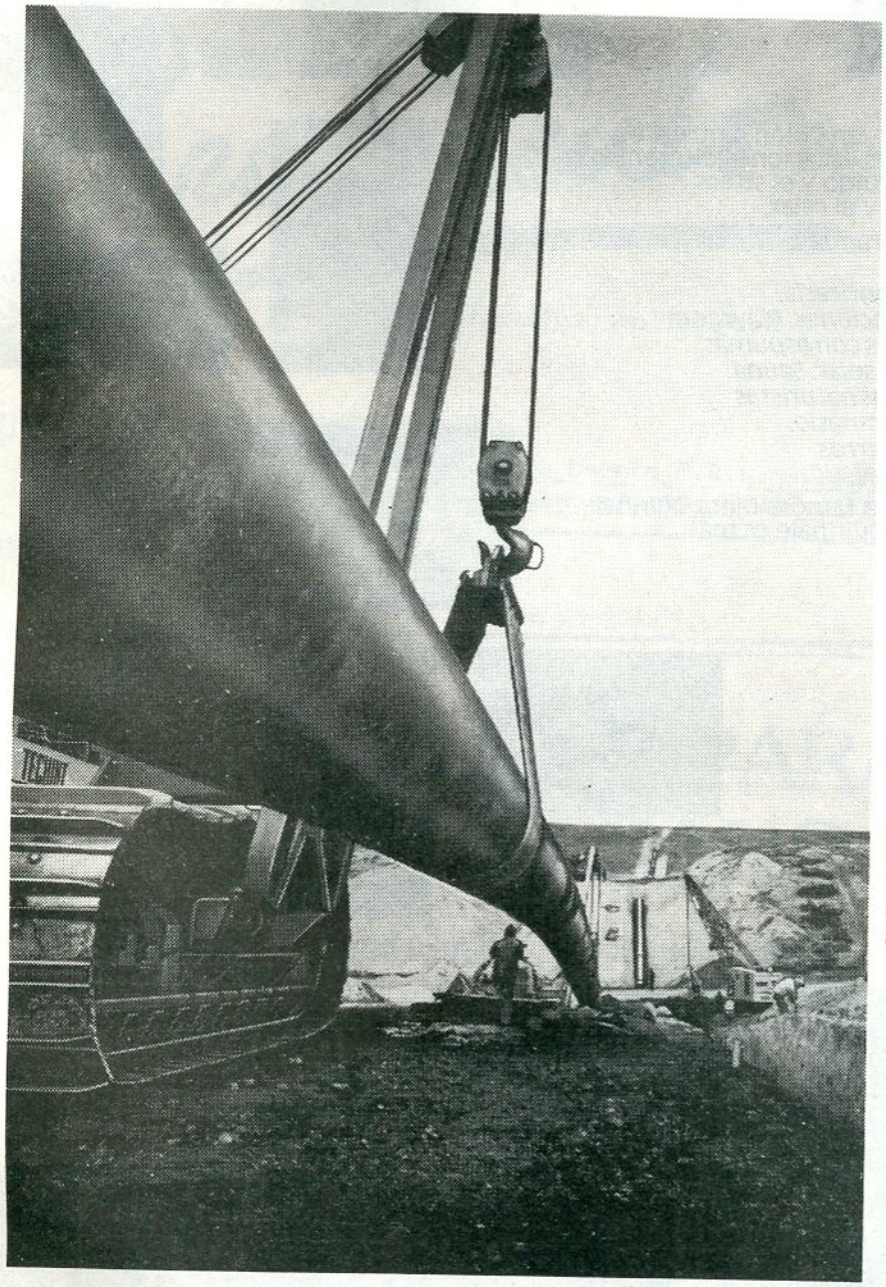
HOTEL
INTERNACIONAL
QUIRINALE
COLON · ENTRE RIOS



Centro de informes y
reservas en Buenos Aires
Carlos Pellegrini 545 —1009—
394-4135 49-4399/4499/5199/5599
Télex 21764 LOSI AR

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fuerza Creadora



Las obras fundamentales para el progreso argentino, tienen a TECHINT como principal protagonista.

La tecnología, la capacidad y su potencia realizadora, abren constantemente nuevas posibilidades de desarrollo.

Porque con vigor y fuerza creadora, ocupa desde hace más de cuatro décadas la vanguardia en la ejecución de importantes complejos industriales y grandes obras públicas y privadas: oleoductos, gasoductos y poliductos; caminos, aeropuertos y obras ferroviarias; viaductos, puentes y túneles; puertos, obras hidráulicas y plantas de tratamiento de agua y efluentes; líneas de alta tensión, centrales y estaciones eléctricas; terminales marítimos y obras off-shore; proyectos nucleares, refinerías de petróleo, plantas petroquímicas y químicas; plantas de papel y celulosa; plantas siderúrgicas y grandes instalaciones industriales.

Cuando el país lo demanda, TECHINT está presente con su firme vocación de aceptar todos los desafíos.

TECHINT

Techint
SOCIEDAD ANONIMA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La realidad tal cual es, para que la conclusión sea suya.

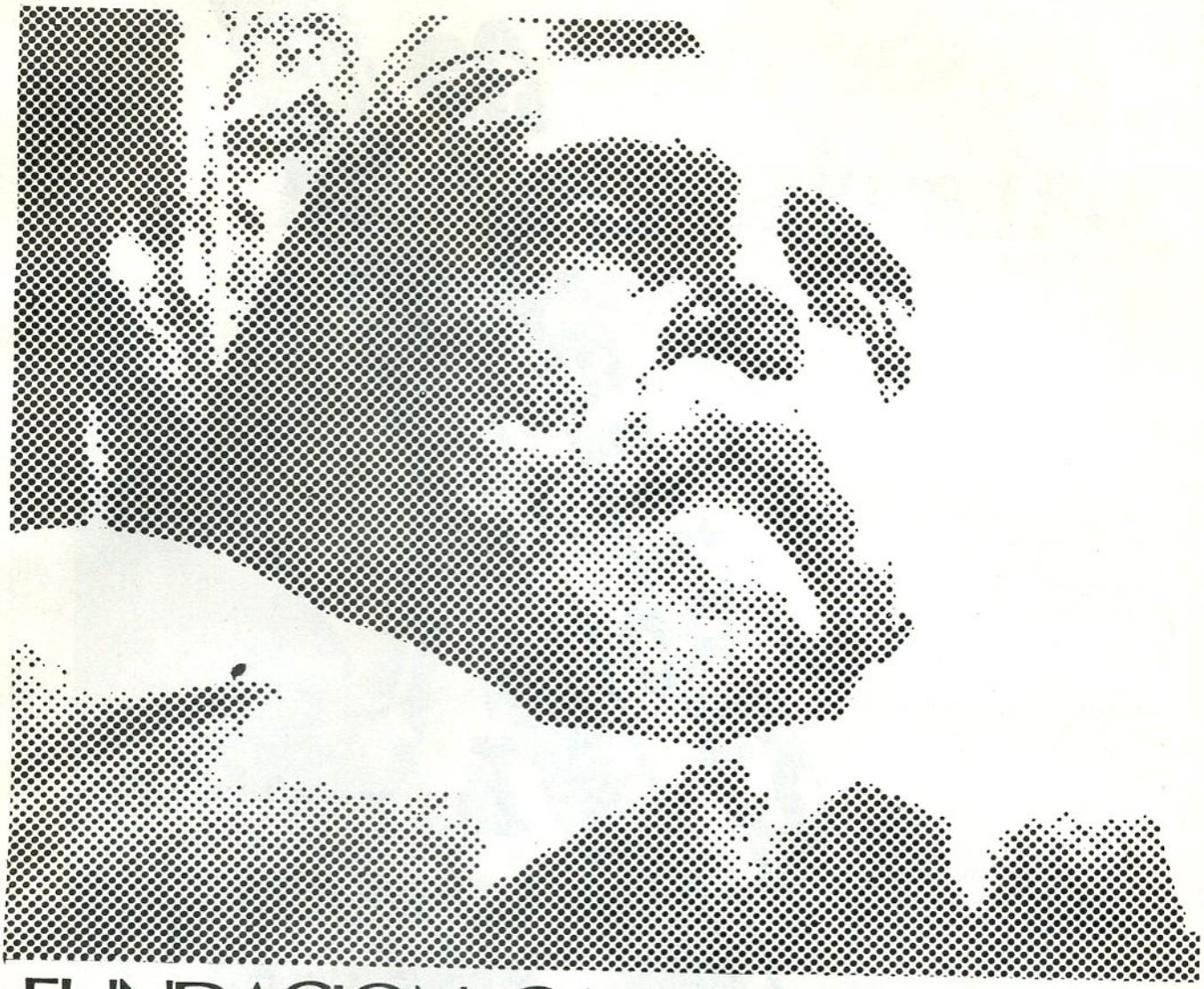
Página/12
el país a diario

El diario sin desperdicio.

Escriben:
Osvaldo Soriano
Eduardo Aliverti
Horacio Verbitsky
Sergio Joselovsky
Pablo González Bergés
Enrique Medina
Miguel Bonasso
Miguel Briante
José María Pasquini Durán
José Ricardo Eliaschev
Juan Gelman
D. Viñas

Director: Jorge Lanata

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



FUNDACION CARLOS PELLEGRINI

Por una ética de la responsabilidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Sabe cuál es la edad para visitar un museo?

La suya.

No hay edad para la cultura.

MUSEO DE ARTE MODERNO
Corrientes 1530 - 9º piso - Tel. 46-9426
Martes a domingo de 16 a 20.

MUSEO DE ARTE ESPAÑOL
Juramento 2291 - Tel. 784-4040
Diariamente, excepto jueves, de 15 a 19.45
Lunes a viernes, excepto jueves, de 9 a 13.

MUSEO DE ARTES PLASTICAS "Eduardo Sívori"
Corrientes 1530 - 7º piso - Tel. 46-9664
Martes a domingos de 15 a 20
Junín 1930 - 1er. piso
Martes a viernes de 15 a 20. Sáb. Dom. y Fer. de 10 a 20.

MUSEO DE ARTE HISPANOAMERICANO
"I. Fernández Blanco"
Suipacha 1422 - Tel. 393-5899
Martes a domingo de 14 a 19. Visitas guiadas.

MUSEO DEL CINE "Pablo C. Ducrós Hicken"
Sarmiento 2573 - Tel. 48-4598
Lunes a viernes de 9 a 19.

MUSEO DE LA CIUDAD
Adolfo Alsina 412 - Tel. 33-9855
Lunes a viernes de 11 a 19. Sáb. de 16 a 20.

MUSEO DE MOTIVOS ARGENTINOS
"José Hernández"
Av. del Libertador 2373- Tel. 802-9967
Lunes a viernes de 8 a 20.
Sáb. y Dom. de 16 a 20.

MUSEO HISTORICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES "Cornelio Saavedra"
Crisólogo Larralde (ex Republiquetas) 6307 -
Tel. 572-0746
Miércoles a domingo de 14 a 18. Visitas guiadas

El arte tiene su historia en los museos municipales.

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESTO QUE PASA

El programa periodístico más incisivo de la **FM** Argentina

Lunes a Viernes de 6 a 8 hs.
Pepe Eliaschev en 95,9 Mhz.
Splendid FM

LA DIFERENCIA

R.V.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vuelta
VOLUMEN II / NUMERO 17 / DICIEMBRE 1987 - ENERO 1988

Susan Sontag 14 Descripción (de una descripción)
Octavio Paz / Jean-Francois Revel 16 Miradas al mundo actual
Daniel Bell 20 Gutenberg y la computadora (El futuro del libro)
Enrique Fierro 26 Después del silencio
Alberto Laiseca 28 Los santos
Dorothy Bussy 32 Recuerdos de Paul Valéry
Alberto Savinio 38 Icaro
39 El Adiós del Argonauta

LIBROS

Luis Chitarroni 40 *Una novela china*, de César Aira.
Guillermo Saavedra 42 *Alambres*, de Néstor Perlongher

EL TESTIGO OCULISTA

43

LA VUELTA DE LOS DIAS

Ricardo Nudelman 54 Malvinas: Argentina y Gran Bretaña después de la guerra
Hervé Coutau-Bégarie 53 Sudamérica: Antagonismos geopolíticos
Saúl Trejo 65 Fábula de la deuda
Federico Monjeau 65 Maurice Ravel: apuntes para un retrato

STAFF

Director: *Octavio Paz*
Vuelta de México
Subdirector: *Enrique Krauze*
Secretario de Redacción: *Aurelio Asiain*

Vuelta Sudamericana
Secretario de Redacción: *Danubio Torres Fierro*
Asesor Editorial: *Enrique Pezzoni*

Consejo de Colaboración: *Adolfo Bioy Casares · Natalio R. Botana · Guillermo Cabrera Infante · Julieta Campos · Juan Gustavo Cobo Borda · Pablo Antonio Cuadra · Haroldo de Campos · José de la Colina · Jorge Edwards · Salvador Elizondo · Enrique Fierro · Juan García Ponce · Jaime Gil de Biedma · Pere Gimferrer · Alberto Girri · Ulalume González de León · Juan Goytisolo · Roberto Juarroz · Juan Liscano · Eduardo Lizalde · Enrique Molina · Alvaro Mutis · Silvina Ocampo · Olga Orozco · José Miguel Oviedo · Gonzalo Rojas · Alejandro Rossi · Alberto Ruy Sánchez · Severo Sarduy · Fernando Savater · Tomás Segovia · Guillermo Sucre · José Miguel Ullán · Mario Vargas Llosa · Ida Vitale · Ramón Xirau · Gabriel Zaid*

Coordinador General: Angel Orrego Sotto.
Gerencia comercial: Editorial Sudamericana, Humberto I 531, Buenos Aires.
Departamento de Publicidad: Angel Orrego Sotto, Carlos Rodrigué.
Oficinas: Humberto I 531, Buenos Aires, Argentina, Tel.: 362-7364 - 7496 - 2128 - 1616 - 1467 - 1332 - 1222.

Distribuidores Capital Federal y Gran Buenos Aires: Brihet e hijos S.R.L., Viamonte 1465, Buenos Aires • **Interior:** SADYE S.A., Belgrano 1355, Buenos Aires - • **Suscripciones Exterior:** Carlos Hirsch S.R.L., Florida 165, 4° piso, Of. 453, Galería Güemes, Buenos Aires. • **Taller de Fotocomposición y Películas:** Graffit S.R.L. • **Impresión y encuadernación:** Alemann S.R.L. • I.S.S.N. N° 0326-8187.

Portada: Nelson Ramos: *Después del silencio*. (1937). Ver pág. 27.

CORREO ARGENTINO
CENTRAL B
TARIFA REDUCIDA CONCESION N° 1316
FRANQUEO PAGADO CONCESION N° 4396

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Susan Sontag

DESCRIPCION
(DE UNA DESCRIPCION)

Traducción de Margarita de Orellana

Un día no muy lejano a las once de la mañana una frase demorada. *Memorabilis* son las cosas dignas de recordarse y no las que se recuerdan. Puedes haber olvidado todo y entonces todo eso mismo regresa.

Es mejor una imprecisión escrupulosa. Doy la hora (once de la mañana) pero no el lugar (¿Nueva Inglaterra?) Esboza si quieres un cuadro costumbrista. Taberna, iglesia. Cencerros, campanas de iglesia. Mi insomnio, mis pesadillas: ya era tarde. Había abandonado mi agradable cuarto de techo bajo, marco de una privacía neurasténica, y ya me encontraba en la calle, cerca de la oficina de correos desde donde te había enviado tantas cartas abyectas. Bajo un sol mandarina de invierno y nubes desgarradas. En mi camino.

un hombre se desplomó justo frente a mí cortando el magnífico listón de mi caminata. Alguien desconocido para mí: mesomorfo, de traje azul. Había poca gente en la calle, y resulta que yo pasaba por ahí —caminando detrás de él, esquivándolo—. Está tendido en la orilla de la acera, su mejilla derecha contra el pavimento helado. Estropeo el cuadro costumbrista: techos de paja, una pulgada de nieve en la calle.

como si lo hubiera fulminado un rayo, lo que dará la idea de que fue repentino (nada me había preparado para este drama) y de que la causa no era evidente. Nadie le rompió el cráneo con un hacha. No hubo disparo de pistola. Yo nada tenía que ver con su desgracia.

y todas las mujeres que estaban cerca gritaron; era poco común ver a alguien vestido de manera respetable derrumbarse desde la respetable posición vertical. La extravagancia del clima en la aldea, la gravedad de sus costumbres. Pero como ésta no es una historia moderna, la gente no era indiferente. ¿Suiza o el siglo XIX? Las mujeres estaban sorprendidas, temerosas, consternadas. ¿Quiénes? Por ejemplo, la jorobada del puesto de periódicos con su capa de cuero negro cuyas solapas le rozaban los oídos. ¿Otras? Otras, también. No sólo mujeres, por supuesto. Pero nadie hizo nada. Mi reacción fue distinta.

yo misma puse de pie el cuerpo pesado que no se había desmayado realmente sino quizás tan sólo sucumbió al llamado del suelo. Luché con su peso en mis brazos, sentí su cuerpo extenderse. Era mucho mayor que yo, el tiempo había caído sobre él. No era un predador sino alguien en proceso de extinguirse. Su fuerza de gravedad del tamaño de la vida, su inercia de muerte. Recuerdo su respiración espasmódica.

y lo ayudé, cepillé su abrigo y coloqué los lentes de nuevo en su estrecha e inteligente cara gris, al recogerlo de la acera. No llevaba sombrero por lo que sacudía su cabeza. Un acto de intimidad. De él salió un extraño murmullo.

hasta que recobró la voz —porque cuando ya pudo hablar me di cuenta de que estaba bien y podía continuar—. Comenzó a hablar. Me dijo que se llamaba Rafael y que lo habían soltado de prisión hacía tres semanas; que su mujer lo había abandonado; que tenía muchos enemigos. Dejé que sus palabras se oyeran dentro de mi corazón. Ya te podrás imaginar... si es que te interesa. A medida que hablaba, su cara se oscurecía, manchada de temor. Debió querer un poco de reciprocidad animal.

durante ese tiempo ningún músculo de mi cara se movió pero había sudor en mi frente, mis manos, y casi estoy segura de que alcé mis cejas circunflejas. Hubiera sido pretencioso hablar, así que permanecí estoica. Impasible.

y no sentí ni temor ni lástima, al menos eso me dije entonces, odio a la gente vulnerable, no permito que otros me utilicen, no soy un cálido refugio para almas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

desvalidas. Otros darán caricias, arrullos, mimos. Yo seré más consistente, me he librado de la influencia de la lástima.

pero hice lo que se necesitaba hacer al escucharlo, al cepillarlo, al preguntarle si quería ser llevado al médico (no) o conducido a un taxi (no gracias). Su turbia sonrisa, sus ojos hinchados. Se tambaleó por la calle después de desearme un buen día. Quizá fue un malentendido colosal. ¿Estaría sólo borracho? Estaba lista para hacer más por él si me hubiera necesitado, ser su benefactora lacónica. Lo hubiera cubierto con palabras como con una cobija. Mi vieja sensación de que el mundo entero necesita ser protegido por mí. Vivimos tiempos terribles.

y seguí fríamente mi camino. Con un dolor en las costillas por el esfuerzo. La sensación de haber sido eficaz, tranquila, suave, no mucho, pero no poco. ¿Acaso obedecía a un impulso anormal? No. No me avergonzaré de este momento.

Supón que alguien me hubiera advertido el día anterior, como la gente suele hacerlo, tratando al tiempo como si se ordenara un menú para mañana; una película mostrada antes del estreno, escucho con cuidado.

que mañana a las once de la mañana, como si se tratara de una cita, ¿seré tan predecible? Es verdad, cada día a horas fijas pinto y dibujo fuera de casa. Sin embargo, a las once podría haber estado en camino a un funeral, con un perrito pisándome los talones. Podría haber estado en camino a la estación de tren, iniciando mis vacaciones de invierno. Podría haber estado comprando un periódico en la acera de enfrente.

un hombre se desplomaría al lado mío de esta forma —ahora no frente a mí—. Sin avisar. El mismo decorado. Pero tal vez detrás de la escuela en vez de al lado de la oficina de correos. Alguien con dientes podridos, una uña quebrada. Hiperdrama.

habría sufrido todo tipo de tormento anticipatorio, preguntándome si estaría presentable para la ocasión, preguntándome qué sería lo que él padecía (¿una enfermedad? ¿una pena?), me habría vuelto calculadora. Después de una terrible falta de sueño me hubiera vestido para la ocasión, vestido de más (guantes blancos, un pañuelo de seda), me habría vuelto húmeda, sudorosa. Y me habría encontrado más lejos de mi inocencia y tranquilidad, ¿es verdad que alguna vez fuimos felices?

y en el momento decisivo hay fisuras en la eternidad, de acuerdo con las leyes de la fascinación, el tiempo parece detenerse, el tiempo se suspende en los cuadros. Reducida a un estado de hipersensibilidad.

en vez de ayudar al hombre quizá hubiera hecho lo que él. Caer. Entonces hubiéramos sido dos, postrados en la orilla. Como fulminados por un rayo, necesitando la ayuda de una tercera persona, que fuera de paso...

mientras tanto el tiempo entre la notificación y el hecho... pero, ¿quién hubiera predicho tal acontecimiento? Nadie. Nadie, es decir, a menos que uno crea que hay gente con el don de la profecía, excepto la persona que cayó, el hombre... Todo eso es tan emocionante.

¿todos los impulsos posibles podrían haber tenido tiempo de imaginar la experiencia de su impulso? Y estar preparada. Advertida, hubiera traído las sales, una camilla.

y comentarlo. Diciéndome cómo debería sentirme. Podría haber evitado esa calle a las once. ¿Pero por qué? Hay mucho que decir en un momento de certeza. Un desorden lleva a otro. Estaba de un humor frágil. Me abandonas. Estás con una calma y una cortesía; yo, sin embargo, estoy sumida en un estado de desesperación... llorando, suplicando, mintiendo, insultando. Duermo muy poco en estos días, tengo mucho que aprender. Cómo luchar, cómo cometer acciones despiadadas, cómo parodiarse a sí misma. Mi malestar, mi fervor evangélico. Todo debe ser aceptado. Descubro en quién me he convertido.

¿Qué son entonces nuestras experiencias? Eso que nos acontece, eso para lo que no estamos preparados. Mi campaña de egoísmo ilustrado: a veces logro arrebatar serenidad a mis insignificantes terrores. Cada acontecimiento lleva una pequeña etiqueta que dice: y pensar que esto también está dentro del dominio de lo posible.

Y mucho más hay siempre más, siempre estamos tratando de prepararnos para saber cómo enfrentar a los otros sin temor ni flaqueza.

eso que ponemos en ellos, sabía que no me amabas y que jamás me harías feliz, pero no podía renunciar a mi amor por ti, por ti, mi idílico yo.

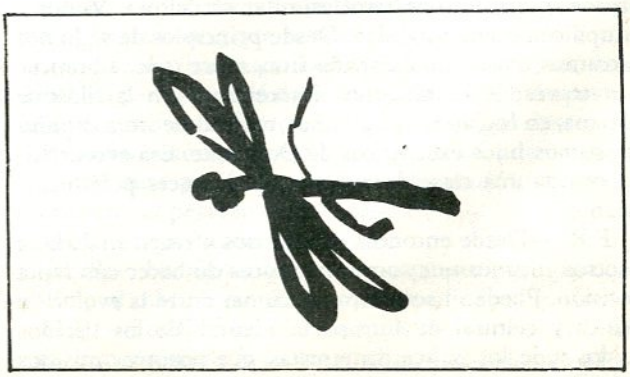
¡eso que ya tiene! No hay ninguna razón para reaccionar, uno puede continuar caminando pero yo quería mostrar que soy fuerte y competente. Sin gestos grandiosos. Despojada de dignidad me conduje con dignidad, sé que cometí muchos errores contigo.

O tenemos que llegar tan lejos para decir que Estar contigo es como vivir con una bomba de tiempo oyendo su tictac. Estoy siempre empezando, esforzándome por oír un cambio en ese sonido, ese ligero titubeo, sumergirse en el ritmo antes de que esa cosa despreciable explote.

en ellas mismas las experiencias, si pueden ser llamadas así, o el sentido de pérdida. Tictac. Quizá no explote. Puedo acostumbrarme a moverme despacio.

¿nada contienen? Y no hay nada. No estoy languideciendo. Pero uno puede olvidarlo todo y entonces todo regresa, realzado con fantasías de violencia.

¿experimentar es inventar? Mi soledad vigilante. Un Robinson Crusoe urbano, he contado esta historia muchas veces.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Octavio Paz entrevistado por Jean Francois Revel

Miradas sobre el mundo actual

Traducción de Aurelio Asiain

En su entrevista con J. F. Revel (infatigable crítico de la falsa utopía socialista, lo mismo que de las debilidades de Occidente), Octavio Paz retoma algunos de los temas centrales de Tiempo nublado*: la condición de la izquierda latinoamericana, las relaciones entre América, Asia y Europa, y el papel de los Estados Unidos en el mundo actual.*

Jean-Francois Revel: La poesía, la filosofía, la reflexión histórica y política; la integración de tres, y hasta de cuatro culturas, ya que es usted un gran conocedor de las culturas asiáticas, sobre todo las de la India... Su actividad creadora es enormemente diversa. América Latina, que apareció durante largo tiempo como marginal, desde el punto de vista de la cultura, ¿no está en camino de convertirse en el centro desde el cual se comprenden mejor, finalmente, las otras culturas y los problemas políticos y culturales del planeta? ¿No se han invertido los papeles? ¿No se ha convertido Europa en una provincia? Son pocos los escritores norteamericanos que llegan a mirar desde fuera su propia civilización y a comprender a las otras. Usted está entre los raros portavoces de un punto de vista comparativo y universal. ¿Qué piensa de esta nueva situación histórica?

Octavio Paz: No es una situación tan nueva. Somos por un lado europeos, como los Estados Unidos. Al mismo tiempo, somos doblemente marginales. Para empezar, somos los herederos de una cultura: la de España y Portugal, que se quedó ella misma marginada en el siglo XVIII. España no tuvo realmente un Siglo de las Luces. Además, los latinoamericanos tuvimos un siglo XIX infortunado: las guerras de independencia no ayudaron a modernizar nuestros países. Pero todas estas desventajas se convirtieron en ventajas cuando los intelectuales de América Latina volvieron los ojos a Europa para asimilar su cultura. Vimos a Europa como una totalidad. Desde principios de siglo nos acercamos mucho no a España sino, sobre todo, a Francia. Y, a través de Francia, nos interesamos en la filosofía alemana, en Inglaterra y volvimos, naturalmente, a España. Así, somos hijos excéntricos de Occidente. Esa excentricidad nos da una clase de visión muchas veces polémica y distante.

J.F.R. —Desde entonces ustedes nos ofrecen análisis de nosotros mismos que somos incapaces de hacer con tanta precisión. Pueden hacer comparaciones entre la evolución política y cultural de Europa occidental, de los Estados Unidos y de los países comunistas, que nosotros mismos pocas veces podemos hacer, salvo de manera parcial. Son muchas veces ustedes los que unen para nosotros las piezas del rompecabezas. A despecho de todas sus ligas con las corrientes europeas, la poesía de América Latina es —usted lo dice frecuentemente en sus ensayos— una poesía original. Para no hablar de la novela: todos conocemos la riqueza de la novela latinoamericana contemporánea. La literatura latinoamericana ha dejado de ser un vagón para convertirse en una locomotora. ¿A qué se debe esto?

O.P. —Me siento incapaz de responder a su pregunta. ¿Por qué en cierto momento las sociedades cambian, se vuelven matrices? Es el mismo problema que en el caso de la decadencia: ¿cuándo comienza la decadencia? ¿Por qué hay decadencia? En todo caso, nuestro desarrollo cultural es un fenómeno global. Se produce en el extremo sur, en Buenos Aires lo mismo que en Brasil, en México y en Perú. Hubo una primera generación cosmopolita en los años veinte, que aprendió la lección europea. Nosotros, los herederos de esa generación, aparecimos un poco más tarde. Con la generación siguiente, hemos intentado recuperar y, al mismo tiempo, transformar esa herencia. ¿Por qué? Es un misterio.

J.F.R. —¿Cómo explica el contraste entre ese triunfo cultural de América Latina y su situación de relativo fracaso económico y político?

O.P. —El fracaso económico se debe al fracaso político. Se ha hablado mucho de América Latina como una víctima: primero, del imperio español y del imperio portugués; más tarde, de los imperialismos europeos, y, finalmente, de los Estados unidos. Hay en ello una parte de verdad, evidentemente. El imperialismo de las grandes potencias extranjeras en América Latina ha sido nefasto en muchos casos. En el caso de México es claro, ¿no es cierto? Pero nuestras desgracias económicas, lo que se llama el subdesarrollo, provienen sobre todo de nuestra política. Se deben al papel del Estado en nuestros países. El Estado de América Latina: eso ha sido la "Junta". El Estado ha sido el obstáculo fundamental para la modernización de nuestros países. Alcanzamos nuestra in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dependencia bajo la influencia intelectual de la revolución francesa y de la revolución norteamericana. Pero fue un fracaso, porque nuestras sociedades no estaban preparadas, no eran modernas. El Estado que surgió de la Independencia fue el heredero del Estado patrimonial absolutista español y portugués del siglo XVII. En el Estado patrimonial, el príncipe gobierna con sus criados, sus esclavos y su familia; es decir: considera el reino como su propiedad personal. Ahora bien: en toda Europa y en Norteamérica las revoluciones y evoluciones han reemplazado al Estado patrimonial por el Estado moderno, perteneciente a todos. En América Latina, el Estado patrimonial ha seguido existiendo bajo el Estado moderno. Hemos adoptado una filosofía positivista, liberal, hasta socialista, pero, por debajo, el verdadero funcionamiento sigue siendo el del Estado patrimonial. Un poco como en Francia, donde el presidente actúa como propietario del reino. Los privilegios económicos y administrativos de la burocracia mexicana son de origen político. Emanan del monopolio político del partido hegemónico. La modernización de América Latina pasa pues por la democratización política. Para modernizar desde el punto de vista social y económico es necesario modernizar primero el poder político, es decir, es necesario que haya una mayor democracia. No veo otro sistema.

J.F.R. —En su último libro traducido al francés, *Tiempo nublado,* usted habla de la manera en que se ha pervertido el genio autocrítico de Europa. Si he entendido bien, hasta la mitad del siglo XX la crítica era en Europa una actividad purificadora: consistía en eliminar las escorias, en combatir lo que necesitaba ser suprimido, pero para mejorar el conjunto. Desde hace una veintena de años, por el contrario, dice usted, no habría tenido otro fin que destruir a la misma civilización europea.

O.P. —En Europa la crítica fue en un principio la crítica del poder, y fue también una crítica de las ortodoxias. Fue el caso de Voltaire y de Kant. En el siglo XX se produce una especie de gran vacío. Todo eso que era antes crítica de las ortodoxias se transformó más que nada en apología de las utopías. No se trata ya, como en el siglo XVIII, de una crítica de las religiones sino, todo lo contrario, de una apología de las *religiones enmascaradas,* como la religión de la revolución comunista. Esa es, en el fondo, la gran diferencia entre Voltaire y Jean Paul Sartre. En Voltaire hay una crítica total de la ortodoxia, de "la infancia que subsiste en nosotros". En Sartre, por el contrario, hay una nostalgia de la infancia, de la totalidad. Así, la crítica moderna se ha pervertido en elogio de una alienación religiosa enmascarada.

J.F.R. —¿Cree usted, como escribe en el mismo ensayo, que los verdaderos herederos de la batalla crítica secular de la inteligencia europea son a fin de cuentas los disidentes soviéticos?

O.P. —Hay que añadir a ciertos europeos occidentales, como Camus, en cierto momento. Pero, en general, sí: son los escritores soviéticos los que han retomado ese papel. En una palabra, combaten por la libertad espiritual, contra lo que oprime a esa libertad; no combaten en un clima de libertad en favor de soluciones sectarias e intolerantes.

J.F.R. —¿No le parece que desde 1970, y quizá incluso más precisamente después de 1975, apareció en Europa occidental una nueva forma de crítica, que es precisamente la crítica de la falsa crítica? ¿No hemos comenzado a decirnos que no es suficiente que nos matemos a nosotros mismos en favor del comunismo para salvar a la humanidad? ¿Qué piensa de ese movimiento? ¿Lo percibe desde América Latina?

O.P. —La mayor parte de los intelectuales de América Latina siguen siendo buenos herederos del pensamiento teológico del siglo XVII. Ese pensamiento sigue atado a su culto. Idolatra a las ortodoxias políticas del siglo XX. Hay, de todas maneras, escritores que han roto con esta tradición, como Vargas Llosa en Perú, Cabrera Infante en Cuba, lo mismo que muchos otros escritores cubanos que fueron víctimas de Fidel Castro después de haber sido sus amigos. En Chile hay igualmente diversas personalidades originales, como Jorge Edwards, y hay también todo un grupo en México al que juzgo muy notable, alrededor de la revista *Vuelta.*

Pero, en general, hay todavía cierto arcaísmo en la actitud de ciertos intelectuales. En relación con la política, claro. Es un paradoja, ya que son personas movidas además por una especie de antipatía profunda hacia los Estados Unidos. Los Estados Unidos se han vuelto el enemigo. Son el culpable universal. Pero, al mismo tiempo, esas personas —es un fenómeno diferente del de mi generación— están influidas no tanto por el pensamiento norteamericano, ya que no hay verdaderamente pensamiento norteamericano, como por el gusto norteamericano: la literatura, la sensibilidad norteamericanas. En el fondo, recuerdan en muy gran medida a lo que en Estados Unidos se llama los "liberados", que odian a la civilización que los ha alimentado completamente.

J.F.R. —La mutación que se produjo en Europa hace diez años, y más particularmente en Francia, ¿es percibida por los latinoamericanos?

O.P. —Sí, es percibida. Primero alarmó y escandalizó, porque en el fondo muchos escritores, y sobre todo los profesores y periodistas, fueron más o menos directamente influidos, e incluso formados por el debate ideológico francés, como se había desarrollado desde 1945 bajo la dirección del marxismo y de Sartre en particular. Todas esas personas están actualmente alarmadas y entristecidas por el hecho de que Francia haya abandonado esa ideología.

J.F.R. —¿Y no se preguntan por qué lo ha hecho?

O.P. —Sí, se lo preguntan. Comienzan a ser tocados por la duda. No hablan ya del modelo soviético o del modelo cubano. Se quedan callados: les da vergüenza recordar aquéllo pero descargan su furia en los norteamericanos. Ven en los Estados Unidos al culpable universal, al mal. Han transferido todas sus angustias a esa especie de fantasma diabólico en que se han convertido para ellos los Estados Unidos.

J.F.R. —Al analizar la civilización norteamericana usted dice, precisamente, que se trata de la primera civilización sin conciencia histórica. Los Estados Unidos son, según usted, un país que vivió durante mucho tiempo sin pasado y únicamente con un futuro. De esa manera, no descubrió la dimensión histórica: no accedió, dice usted, a la conciencia histórica sino por la puerta de la decadencia, o creyendo entrar en "el periodo de decadencia".

O.P. —Equivocadamente, creo...

J.F.R. —Lo mismo creo yo, por supuesto, pero ¿no es ésa, al fin y al cabo, la conciencia que tienen de sí mismos?

O.P. —Los Estados Unidos son el único país verdaderamente moderno de la historia, el primer país que ha sido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creado de manera deliberada. No es producto de fuerzas históricas oscuras. Es un país creado por una inmigración activa que ha tratado de construir una utopía sobre una tierra virgen. La utopía se encuentra, por definición, fuera de la historia. Pero los Estados Unidos se han encontrado, por la fuerza misma de la historia, en el centro de la historia. Están, desde comienzos de siglo, en el centro de la historia mundial. Han descubierto así que el futuro es utópico; que comienza a volverse presente e incluso pasado. Se han convertido en un país entre otros, un imperio entre otros. Es la gran paradoja de su historia: se han hecho un imperio sin querer ser un imperio. Es lo contrario de lo que ha ocurrido con los romanos, los franceses, los españoles, los ingleses, los chinos. Pero eso será también una gran inferioridad política e histórica ante los otros, sobre todo ante los rusos.

J.F.R. —¿A qué se debe la obsesión de nuestra época: la decadencia? ¿Por qué se aborda tan frecuentemente ese tema?

O.P. —Es una noción muy enigmática. Nadie sabe muy bien lo que quiere decir "decadencia". Los historiadores actuales comienzan incluso a dudar de que la noción sea aplicable al imperio romano. La noción de decadencia proviene, desde mi punto de vista, del gran fracaso de la modernidad. La modernidad, en efecto, como pensaba la gente del siglo XVIII, liberó a los espíritus: destruyó las supersticiones, permitió un progreso económico considerable, pero dejó un vacío extraordinario en las conciencias. Los primeros que hablaron de decadencia fueron espíritus o bien filosóficos, como Nietzsche, que denunciaron el nihilismo de la modernidad, o bien espíritus religiosos. Una vez más nos encontramos, como en el caso de la crítica de los intelectuales contra Occidente, con la desesperación del mundo moderno, que se ha visto desposeído de sus antiguas certezas religiosas, metafísicas, y no sabe con qué reemplazarlas. Es el gran problema de la dificultad de ser libre, de la dificultad de estar solo en el mundo: sin padre y sin dios.

J.F.R. —Pero ¿no se habla también de decadencia en relación con la modernidad misma? Pareciera que la modernidad se ha detenido: que se pulveriza y no puede continuar.

O.P. —Es un tema de moda, esta historia de la modernidad, la "postmodernidad", etc. Debo decir que uno de los primeros que reflexionó sobre ese problema fui yo —pido perdón por decirlo...

J.F.R. —Usted está aquí precisamente por haberlo dicho...

O.P. —... no en el sentido político, sino en la literatura y el arte. Cuando llegué a París, después de la guerra, en 1945 o 1946, me di cuenta de que la escena literaria estaba dominada, por un lado, por los comunistas, como Aragón, y por otro lado por Sartre y los existencialistas, con una isla: Camus, y otra isla: el grupo surrealista. Siempre tuve simpatía por los surrealistas: conservaban intacta la vieja fe subversiva, poética y revolucionaria. Al mismo tiempo, me di cuenta de que el surrealismo, como poética, como aventura artística, estaba agotado. Pero el surrealismo no era lo único que estaba agotado. Toda la idea que habíamos tenido del arte moderno, desde el surrealismo, estaba agotada. Hemos acabado con la idea de arte moderno. En ese sentido, la modernidad terminó hacia 1930, y dio comienzo otra época: la de un arte que no se preocupa por la modernidad. Y en ese sentido —con lo cual volvemos al tema del comienzo: América Latina— pienso que nosotros, los escritores de América Latina, estamos entre los primeros que han comprendido la futilidad de la idea de vanguardia. Sin embargo, el surrealismo, no sólo la poética sino sobre todo la moral, la ética surrealista, han sido decisivas para mí.

J.F.R. —¿No le parece que entre los intelectuales latinoamericanos la modernidad propiamente literaria, la idea de vanguardia en el arte, ha sido reemplazada por su concepción de la modernidad política: su idea de que el escritor es moderno porque es un militante revolucionario?

O.P. —En eso hay también un lado oportunista. La actitud revolucionaria permanente de los intelectuales —porque no son verdaderos revolucionarios— está ligada además, en América Latina, a un problema de carrera: en la universidad y en el periodismo, da respetabilidad. El antiguo establishment era de derecha, el actual es de izquierda. Es determinante para cualquiera que desee hacer una carrera universitaria.

J.F.R. —¿No me decía que notaba un principio de cambio en la dirección contraria?

O.P. —En México hubo una derecha exaltada, religiosa, inteligente, a veces genial y fascinante a veces. Es el caso, por ejemplo, de Vasconcelos. Pero esa derecha desapareció. Ya no tenemos derecha. Lo mismo que en Francia, ya no hay pensamiento de derecha. El pensamiento ha sido monopolizado por la izquierda. Ahora comienza a verse un deshielo, como en Francia, pero muy tímido. Porque en los periódicos, entre los universitarios, ser de izquierda significa no sólo tener ciertas ideas sino tener ciertas relaciones. En México, la izquierda no tiene poder real pero tiene una influencia sin relación con su fuerza real, debido a que tiene casi un monopolio en el mundo de los medios de comunicación, en las universidades y en el medio intelectual. Son actividades subsidiadas por el gobierno. El Estado paternalista mexicano es el gran protector de ese mundo de izquierda.

J.F.R. —¿Y por qué?

O.P.—En el caso de México, creo que es una manera, para el Estado, de defenderse de su gran enemigo, que es el partido conservador. La izquierda sirve de escudo, de fuerza de choque, contra el Partido de Acción Nacional.

J.F.R. —Que, según entiendo, se ha vuelto recientemente un partido creíble.

O.P. —En el norte sobre todo. Es otra cosa muy curiosa: el Partido de Acción Nacional fue fundado por intelectuales católicos de derecha. Las palabras "Acción Nacional" me habían hecho pensar a veces en la influencia de Maurras, pero después me di cuenta de que estaba equivocado. Eran católicos, conservadores pero, sobre todo, demócratas. La generación intelectual se compone de personas que no son intelectuales: gente de la clase media, pragmática, hostil a la omnipresencia del Estado. Sus críticas contra el partido único en el poder, el PRI, son las más escuchadas.

J.F.R. —Hablemos un poco de la India. Su carrera diplomática —que acabó con su dimisión en 1968, provocada por la represión que hubo en México contra los estudiantes que manifestaban— le hizo pasar muchos años en la India. Naturalmente, se interesó usted mucho en la literatura, en el arte, en la filosofía indias y, más allá de la India, en el Oriente, en todas las culturas asiáticas. Creo que hasta tradujo un texto japonés. De manera que hay aun algo que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

agregar a su pluralismo latino-europeo-americano: su conocimiento de Asia. Si es ya bastante raro para los europeos y los norteamericanos, resulta extraordinario en el caso de un latinoamericano.

O.P. —Los latinoamericanos descubrimos el Oriente gracias a los eruditos y los escritores europeos. La cultura europea fue la primera que sintió curiosidad por las otras civilizaciones distintas de ella. En la cultura de la India no encontramos ningún interés por el mundo exterior, y casi ninguno en la cultura china. Los japoneses son quizá los que sienten mayor curiosidad por los otros. Fue también gracias a ustedes, los europeos, como descubrimos nuestras civilizaciones precolombianas. Son los etnólogos y los arqueólogos franceses, ingleses, alemanes, los que en parte han resucitado a la civilización precolombina. Después de destruirla, la han redescubierto.

J.F.R. —¿Cómo ve hoy a Asia?

O.P. —Me acuerdo de la Teoría de Max Weber que intentaba demostrar cómo el capitalismo no era posible en China y en India. Creo que se equivocó. El confucianismo fue un fermento ideológico importante. En todos los países del extremo Oriente en los que se propagó el pensamiento de Confucio: en China, evidentemente, en Japón, en Corea, hay posibilidades de desarrollo; en algunos casos, ya brillantemente realizadas, en otros casos por realizarse. Creo de veras que los factores culturales pueden hacernos comprender el afortunado desarrollo de algunos países asiáticos. Nosotros, en América Latina, nos hemos quedado atrapados en nuestras representaciones mentales. El secreto de este contraste está, quizá, en que somos pueblos constituidos por el pasado europeo. En esta cultura, para decirlo de algún modo, las diferencias intelectuales son algo fundamental. Son las que crean las incompatibilidades. Si uno es protestante no puede ser budista, e incluso debe ser necesariamente anti-budista. Si es capitalista, no puede ser socialista. La civilización de Europa y América Latina descansa en oposiciones de identidad, en exclusiones recíprocas. Por el contrario, China y Japón son sociedades plurales, en donde las oposiciones se resuelven en síntesis provisionales. La sociedad japonesa admite un mundo de aspectos extremadamente rígidos que no han cambiado mucho desde la época de los Shogún. Y, al mismo tiempo, es una sociedad moderna. Nadie piensa que haya a toda costa que eliminar una cosa para tener la otra. Yo no diría que se trata de pragmatismo, ya que el pragmatismo caracteriza sobre todo al pensamiento norteamericano. Yo diría: unión de los opuestos, en la tradición oriental en la que las oposiciones no están estereotipadas. Es lo que ha hecho posible la adopción de las ideas occidentales, sin un cambio profundo de la vieja manera de ser.

J.F.R. —¿Es esto cierto en el caso de la India?

O.P. —No, la India es diferente. Para empezar, se trata de una civilización indo-europea. No me refiero a la parte islámica, sino a la India en el curso de los últimos veinte años: ese continente, asolado desde siempre por el hambre más trágica, ha alcanzado la autosuficiencia alimenticia. En cuanto a sus relaciones con la Unión Soviética: no debemos equivocarnos. Por supuesto, la India está muy cerca de la Unión Soviética en su diplomacia. Pero, por su economía, por todo su funcionamiento, por los profundos lazos entre sociedad y sociedad, está mucho más cerca de Occidente y de los Estados Unidos, a los que debe, por lo demás, su revolución verde. Su relación con la Unión Soviética no es de ningún modo una relación de dependencia y ni siquiera de connivencia ideológica. Es una relación estrictamente geopolítica. Lo que busca la India es protegerse contra Pakistán y China.

J.F.R. —¿Cuál es la diferencia en relación con América Latina?

O.P. —En América Latina, en general, las relaciones no son pragmáticas, ni se fundan en un análisis de los intereses del país y del Estado. Son relaciones dominadas por los prejuicios, por la ideología. En ese sentido, América Latina es una especie de creación atrasada de Europa.

J.F.R. —¿Y la teología de la liberación, ese misterioso fenómeno que tanto nos intriga en Europa, ¿de dónde procede? ¿Cómo lo explica?

O.P. —Como usted sabe, la iglesia ha participado siempre en las luchas políticas de América Latina. Hoy, la condenación de los capitalistas por el clero latinoamericano es la misma que la condenación de los usureros por los teólogos de la Edad Media. No han entendido todavía, lo que por cierto haría reir mucho a Marx, que el capitalismo moderno no es del todo asimilable a la usura. Quieren sacar a los pobres de la miseria pero, al mismo tiempo, rechazan las condiciones de una economía de expansión.

J.F.R. —¿Qué conclusión extrae de su itinerario personal, y cómo lo explica?

O.P. —Creo que puedo hablar en nombre de la generación de los años treinta, que pasó a la vez por el fascismo, el marxismo y la revolución. Estuve en España en los años treinta. Cuando regresé a México, en 1940, el mundo literario latinoamericano estaba dominado por poetas favorables al comunismo, como Neruda y Vallejo. Yo tuve entonces la suerte de conocer a Víctor Serge, quien me abrió los ojos, o comenzó a abrírmelos, sobre la realidad soviética. Después partí a los Estados Unidos, donde frecuenté el medio de la *Partisan Review*. Apenas pasada la guerra, me fui a París. Como le he dicho ya, ahí estaban, por un lado, Sartre, por otro lado, Breton. Tuve, creo, el acierto de ver que el verdadero pensamiento político, la autenticidad, el realismo, estaban del lado del poeta, André Breton, lo mismo que la moral. Percibí muy pronto en Sartre al intelectual delirante. Era el filósofo, en realidad, no el poeta, el que fabricaba monstruos contra la razón. ¿Cómo es la frase de Goya?

J.F.R. —"El sueño de la razón produce monstruos".

O.P. —Es curioso: cuando era adolescente, uno de los escritores que más veneraba era Paul Valéry. Después quedó más o menos en la sombra. Lo he releído hace poco, y encuentro que el verdadero gran filósofo francés de nuestra época no es Sartre: es Valéry, como lo revela, sobre todo, la publicación póstuma de los *Cahiers*. Cuando estuve de nuevo en Francia, después de 1950, un nuevo cambio cultural se había producido, no sólo en Francia, por lo demás, sino en muchas partes del mundo: la toma del poder por los profesores y la preeminencia de los críticos sobre los creadores. Los teóricos han llegado a expulsar a los poetas y a los novelistas. Pienso que la revolución cultural de la que usted ha hablado al principio no estaría completa si, además de la rectificación ideológica, no hay también un regreso a la imaginación. Hay que devolverle a la imaginación la función que le ha sido usurpada por los profesores y los teóricos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DANIEL BELL

GUTENBERG Y LA COMPUTADORA

EL FUTURO DEL LIBRO

Traducción de Aurelio Asiain

¿Por qué defender el libro? Si fuera solamente por razones de antigüedad o sentimentales, apenas se justificaría el esfuerzo. Pero el libro —como formato, sí— es constitutivo de la cultura y sin cultura nuestra vida no pasaría de ser una vida animal, ignorante, utilitaria. Comenzaré como un sociólogo, haciendo algunas distinciones y estableciendo categorías para ver qué es lo que está en juego. Hay cinco aspectos del libro —estoy siendo arbitrario pero confío en justificar ese número— que nos importan actualmente.

Primero, el libro como dispositivo práctico: un medio para organizar información en forma conveniente.

Segundo, el libro como modo de aprendizaje, de adquisición de conocimientos. Nótese que distingo entre información y conocimiento. Volveré sobre este tema, que será uno de los ejes de mi argumentación.

Tercero, el libro como texto de entretenimiento, placer e imaginación. En este caso, el centro de atención está en el lenguaje: los sonidos y los colores, los ritmos y sinuosidades del lenguaje, los tropos y las figuras que, por yuxtaposición de términos, hacen que la imaginación se remonte y nos comprometa activamente como lectores. Las primeras palabras que recordamos de la infancia son las que dicen: "Cuéntame un cuento", "Léeme un libro".

Cuarto, el libro como objeto estético. Los placeres de la artesanía: la tipografía, la disposición de la página, las ilustraciones, la encuadernación, pruebas del arte del diseñador y del cuidado del artesano.

Y quinto, el libro como objeto "de colección" que satisface las ganas de acumular, el deseo de tener un lugar en sociedad o la simple urgencia infantil de reunir objetos que sean "míos".

Podemos desechar rápidamente algunas de estas tonterías. Hace poco leí en una revista aérea —¿dónde, si no?— un anuncio sobre las extraordinarias ganancias que pueden obtenerse coleccionando libros. El director de una firma de valuadores de libros aconseja, en una cita, al principiante:

> ...si quiere divertirse un poco, coleccione primeras ediciones de autores modernos que le parezca que serán reconocidos por la posteridad. Trate de tener la firma del autor en los libros: no es tan difícil, ahora que hay giras publicitarias programadas por los editores. El valor aumenta si hay una dedicatoria o un pensamiento.
>
> Si decide leer el libro (¡Dios no lo quiera!), quítele primero el forro; así, por una parte, lo conservará en buen estado —lo que aumentará considerablemente su valor— y, por la otra, evitará dejar sus huellas digitales: se imprimen en los forros brillantes, no en las pastas opacas. Quíteselo, pues.

Como objeto de colección, podemos abandonar el libro a las tonterías del mercado.[1]

Recuerdo, por lo demás, una anécdota sobre Gershom Scholem, una gran autoridad en misticismo judío y un Maestro del Libro él mismo. Un día, hurgando en una librería de Jerusalén, Scholem encontró un volumen extraordinariamente raro de la *cábala* luriánica, que es un tema muy incómodo para muchos de los ortodoxos. Le preguntó el precio al librero: la cifra resultó asombrosamente baja. Como lo apenaba la idea de estarse aprovechando del hombre, Scholem dijo: "¿Se da cuenta de lo que es este libro, de lo raro que es?" El librero vio el libro y se encogió de hombros. "Algunos libros son una lectura excelente, otros no: el precio es el mismo". (Sólo en las librerías de viejo se aplica a veces el principio del valor de uso antes que el del valor de cambio.) Podemos abandonar las rarezas, expuestas a las tonterías del mercado, que a veces son modificadas por el buen gusto de los compradores de antigüedades.

Cuando se ve un libro como obra de arte antes que como formato práctico, la tensión entre la artesanía y la mecanización se convierte en un problema estético. Al hablar de la "vil fabricación", Ruskin oponía a la honorable artesanía, en la que el artista controla su obra con sus propias manos, toda fabricación, porque en ésta los productos son abandonados a una automatización que remeda y, por lo mismo, falsifica el trabajo de las manos.[2]

Por supuesto, a esta visión puede contraponerse el culto a la máquina difundido por la Bauhaus, de Gropius a Moholy

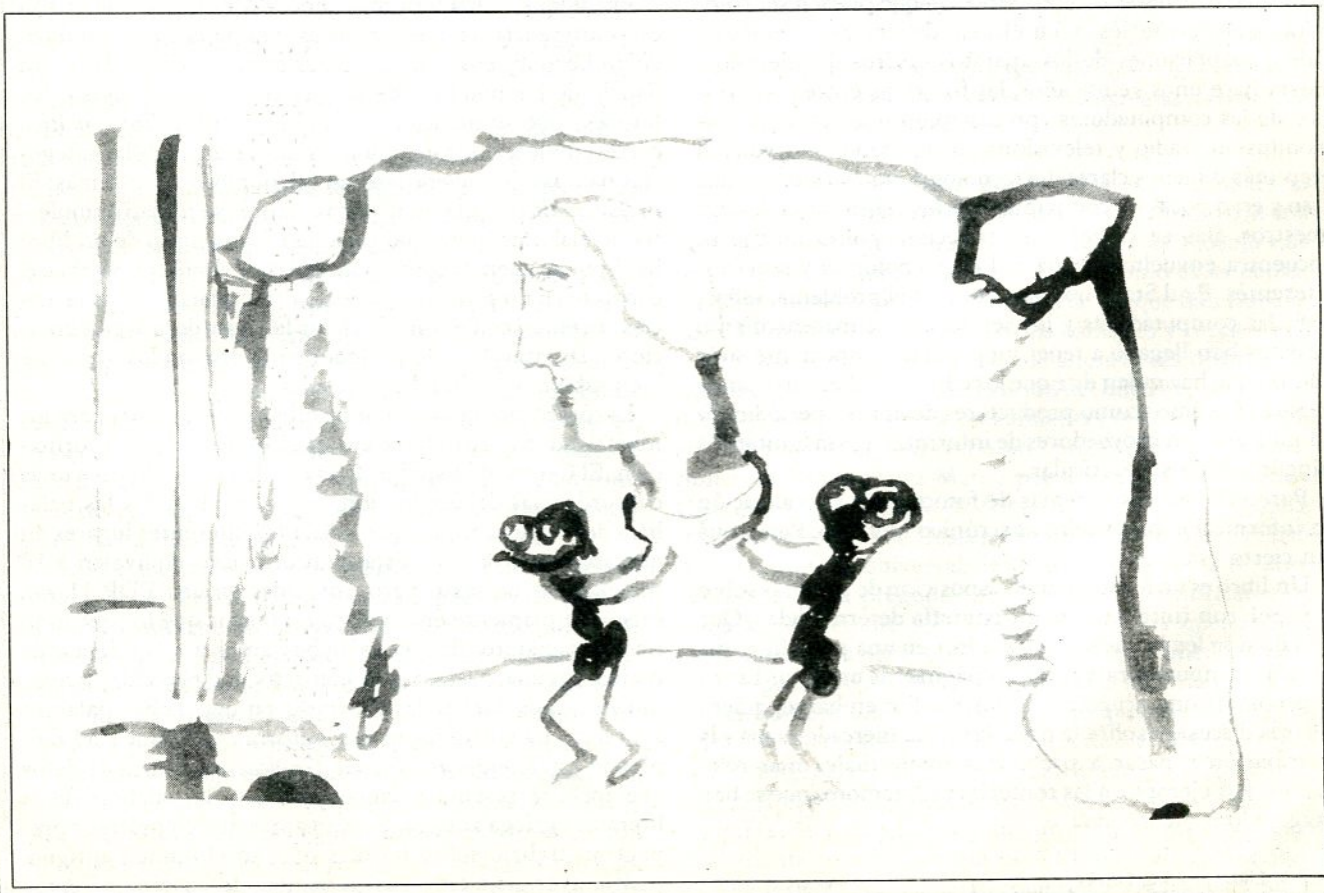
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Nagy, y su insistencia en la calidad funcional y de fabricación de unos productos en los que la elegancia se define por el brillo del metal o por la austera línea geométrica. No me propongo repasar aquí la recurrente batalla entre antiguos y modernos, así que dejo de lado el destino del libro como objeto estético: como la impresión o la buena alfarería, seguirán apreciándose el diseño y el gusto en la historia del arte y la artesanía.

Mi tema es el libro en relación con la información y el conocimiento: los temores sobre el libro en la era de las computadoras y el problema de cuáles de ellos pueden justificarse y cuáles son tonterías.

El libro es, en muchos sentidos, una clase de artículo preindustrial, artesanal, manual, aun cuando un único *best-seller* pueda vender un millón o más de ejemplares. La industria produce más o menos cuarenta mil títulos comerciales cada año, sin contar libros de texto, libros escolares especializados, monografías técnicas y científicas, libros de referencia, tratados religiosos, libros de juegos y pasatiempos y otros. Los libros se venden a través del correo, en librerías de viejo, cadenas de librerías, supermercados, papelerías, librerías religiosas. Puede que lo más parecido a un libro sea, en este sentido, un zapato. Hay zapatos para hombres, mujeres y niños, todos en diversas tallas; hay botas y alpargatas, diseños refinados y caros lo mismo que sencillas sandalias producidas en serie. Una tienda necesita llevar un enorme inventario y cada comprador tiene que ser atendido por separado según su talla, su gusto y el fin a que destina su compra.

¿Por qué hago esta grosera comparación? Porque hay quien supone que el futuro del libro puede ser el del zapato, si algún día se vuelve factible la idea del "auto-zapato". El "auto-zapato" es el sueño de Michael Dertouzos, quien dirige el laboratorio de Ciencias de la Computación del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Según él, el prototipo del auto-zapato, tal como lo ha imaginado y hasta diseñado, es una muestra de la forma en que los zapatos y otros artículos semejantes podrían producirse en el futuro.[3] En ese resplandeciente nuevo mundo, el cliente entra en una tienda de auto-zapatos. En una de las paredes hay distintos bancos de imágenes. En el banco superior hay imágenes de materiales: cuero, vinilo, piel de ante y demás. Un segundo banco muestra diferentes colores a lo largo del espectro, puros o en combinación. En el tercero, diferentes estilos: zapatos abiertos, zandalias, choclos, etc. El cliente coloca su pie sobre una placa de metal y una imagen holográfica traza el contorno exacto en tres dimensiones. Acto seguido, comienza a apretar botones de una consola que tiene al lado para indicar las diferentes combinaciones de materiales, colores y estilos que desea. Las imágenes se proyectan sobre el pie. Cuando por fin está satisfecho, el cliente marca los números de la consola en una cinta, tira de una palanca y, en unos cuantos minutos, recibe un zapato mandado a hacer, a su gusto y con forma exacta. No hace falta tener un enorme inventario de estilos y tallas diferentes, ni es necesario un empleado que vaya y venga y se agache para tratar de satisfacer los caprichos del cliente. El auto-zapato viene a ser un sencillo sistema de producción automatizada; acabará con el costoso sistema de producción masiva de innumera-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bles modelos que satisfagan las necesidades y los gustos usuales de los clientes.

¿Y por qué no un "auto-libro"? En principio, contamos con la tecnología necesaria. Podría haber un sistema de ediciones por pedido, en el que bastaría enviar una orden por una red de computadoras para que el "libro" fuera despachado, en una ráfaga de impresión por cable, hasta una terminal copiadora. Un libro de cuatrocientas páginas se despacharía en, digamos, cuatro minutos —por el precio correspondiente. Pero seamos más realistas: podríamos tener "libros" en discos flexibles de computadora, o "grabados" en un circuito integrado o una tarjeta de laser, y proyectar una página en una pantalla LED.* Por supuesto, pueden almacenarse enciclopedias en sistemas de información recuperables y localizar determinados artículos o secciones de información en una pantalla.

En cuanto a la producción, los autores pueden entregar (y ya hay algunos que lo hacen) una copia de su original en un disco o una cinta magnética que serán leídos por una máquina, o bien una copia que, con una clave que determine el diseño y la tipografía apropiada, será leída por una cámara; y todo esto puede hacerse con un sistema de producción computarizada. (El primer autor que entregó un original a máquina de un libro, según está registrado, fue Mark Twain. No se sabe quién puede reclamar haber sido el primero en entregar una cinta.)

Esta combinación de sistemas de producción con sistemas de ordenación y localización computarizados es la base de la edición electrónica, en la que la "información" se encuentra disponible, a través de diferentes vendedores, para los particulares con receptores —que pueden ser computadoras personales o, en el caso de ciertos sistemas de video, adaptaciones de los aparatos caseros de televisión. Hasta hace unos veinte años, las fronteras entre los servicios de las computadoras (procesamiento de datos), la radiodifusión (radio y televisión), los teléfonos y la edición eran más o menos claras. La tecnología era distinta en cada caso y eran pocas las compañías que los cubrieran todos. En nuestros días se cruzan y se conectan, y uno mismo se encuentra envuelto en una red de tecnologías y servicios diferentes. Paul Starr, que ha estudiado el problema, señala que "las computadoras y los servicios de almacenamiento de datos han llegado a tener un papel tan importante en la edición que hay quien dice que los editores deberían dejar de verse a sí mismos como productores de libros y periódicos y admitir que son proveedores de información, sin limitarse a ningún medio en particular..."

Parecería que los sistemas de fotocopiado y localización de información han vuelto anacrónico todo eso. Pero ¿qué tan cierto es?

Un libro es un formato: una disposición de palabras sobre el papel, con tinta y con una tipografía determinada. ¿Qué más da si se lee lo que se necesita leer en una pantalla o una cinta de computadora, y no en las páginas de un libro? Ese es el problema que ocupa a la industria. Sin embargo, quiero dejar la discusión sobre la producción, la mercadotecnia y la distribución y pasar a problemas intelectuales más relevantes; por ejemplo, a las tonterías y los temores que se han exagerado u oscurecido.

* LED: Light Emiting Diodo.

Antes que nada: ¿de qué estamos hablando? Veamos lo que escribe el miembro de un comité de consultores en una carta a John Cole, director de un estudio de la Biblioteca del Congreso sobre el futuro del libro:

> Estoy de veras encantado con los libros... Nunca había estado tan convencido como ahora de que son el medio para comunicar información más efectivo que puede desarrollarse. Nuestra era vive una explosión de conocimiento. ¡Hay tanto que conocer!.

Pero el error no puede ser más grande: nuestro escritor confunde información y conocimiento, que son dos cosas distintas. La información se refiere a noticias, hechos, estadísticas, reportes, legislaciones, reglamentos de impuestos, decisiones jurídicas, resoluciones y cosas por el estilo; no puede ser más obvio que ha habido una "explosión" de todo eso, no sólo porque las organizaciones se han multiplicado sino porque a través de los periódicos, la televisión y las revistas especializadas estamos pendientes todos los días de todos los países (y las guerras entre ellos), las distintas organizaciones políticas del mundo (y sus facciones) y la economía mundial. Lo cual no es necesariamente conocimiento (y lo más común es que no lo sea). El conocimiento se refiere a la interpretación en un contexto, la exégesis, la relación y la conceptualización: lo que forma una argumentación. Del conocimiento resultan las teorías: esfuerzos por establecer relaciones o conexiones especialmente pertinentes entre los hechos, los datos y el resto de la información en una forma coherente, y por explicar las razones de tales generalizaciones.

Puede que la manera más sencilla de sugerir cuáles son estas diferencias (no de definirlas) sea pensar en los índices de un libro. El *índice de nombres* es una serie de datos, un listado de los nombres de las personas (o los países o los lugares) que se mencionan en el libro. El *índice temático* corresponde a la información; es una relación de las categorías bajo las que se encuentran los nombres y los temas. El *índice analítico* (que muy pocos autores se toman la molestia de elaborar, pero que cualquier lector serio de un libro hará por su cuenta) corresponde al conocimiento; establece, con base en un proyecto intelectual, las relaciones y referencias cruzadas, con el fin de aclarar la lógica de la argumentación o la naturaleza de los fenómenos analizados. Bastante bien sabemos lo difícil que resulta.

La computadora es una herramienta maravillosa para los investigadores, cuando se aplica al manejo de la información. El Centro de Estudios Clásicos de Harvard posee unas concordancias del anglosajón, un índice de todas las palabras del inglés antiguo que señala los diferentes lugares en que aparece cada una. Estas concordancias equivalen a 10 mil páginas de texto pero, colocadas en una PDP 11/44, caben limpiamente en un disco no mayor que los que usan nuestros aparatos de música. Si buscamos una referencia de cocina, comida, pesca o cualquier actividad parecida, la computadora nos dará todas las frases en que dichas palabras aparecen. La Universidad de California en Irvine está reuniendo un *Thesaurus Linguae Graecae:* un banco de datos que incluirá sesenta y cinco millones de palabras de la literatura griega antigua. Supongamos que un profesor prepara un trabajo sobre las mascotas en el mundo antiguo: podría averiguar cada uso particular de "perro" o "gato"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(para lo cual tendría que saber qué animales se usaban como mascotas, por supuesto) y podría hasta escribir un trabajo escolar sobre el uso de la palabra "perro" en Homero, Platón, Aristóteles y los escépticos.

El problema intelectual aparece apenas nos preguntamos qué es lo que tratamos de encontrar, y por qué. Alguna elección tuvimos que hacer para empezar, y debió de estar de acuerdo con ciertos propósitos intelectuales o prácticos; de lo contrario, no haremos otra cosa que meter en la computadora la Biblioteca de Babel de Borges, en la que cualquier palabra alguna vez proferida tiene un lugar en el "banco de datos" de los interminables anaqueles, o discos, de proferencias. Un modelo interesante de investigación computarizada es el sistema *Lexis* (manejado por la Corporación Mead), que se emplea en investigaciones jurídicas. Todas las decisiones tomadas en los juicios de las diferentes cortes de todo el país se han metido en el sistema, que constantemente es puesto al día. Gracias a un sistema de claves, el investigador que busque precedentes o reglas aplicables a su propio caso puede revisar las decisiones o los párrafos de decisiones que le parezcan pertinentes. Puede operar el sistema como si volviera las páginas de un libro, hacia atrás o hacia adelante, sólo que guiado en este caso por las claves, su hilo de Ariadna, entre las versiones diferentes o conflictivas del problema que le interesa. Pero el sistema *Lexis* debe su relativa fortuna a que su universo es limitado, tiene reglas explícitas para relacionar las claves y, por supuesto, la localización de precedentes o reglas implica una retribución que justifica lo que cuesta mantener el sistema. Universos limitados como los del anglo-sajón o el mundo antiguo griego justificarían esfuerzos semejantes. Pero todos estos casos pertenecen muy claramente al reino de la información. Habría que seguir un proceso muy diferente de investigación y selección si nos propusiéramos relacionar materiales de una cultura con los de otra, lo que resultaría mucho más costoso y, a fin de cuentas, carecería de sentido —a menos que todos los libros, documentos, actas de matrimonio, títulos de propiedad, contratos y obras literarias estuvieran computarizados.

Otra manera de ver el problema es preguntarnos *cómo* leemos. Podemos hacerlo por encima o, por el contrario, "minando" el texto (con lápiz o marcador), "hablando" con él (San Agustín recuerda con asombro que, cuando se atrevió a entrar en el estudio de San Ambrosio, lo sorprendió leyendo *en silencio*, lo que era del todo nuevo para la época), o repensándolo y parafraseándolo. Es en este contexto donde podemos empezar a determinar el papel de las computadoras y los medios de reproducción óptica, electrónica y electrostática más recientes.

Si lo que buscamos es *información*, tal como la hemos definido, el libro resulta obsoleto. La capacidad de almacenamiento de una memoria óptica (en un disco de laser) o de computadora, la rapidez con que se obtienen los datos y la facilidad para revisarlos hacen que los nuevos medios sean preferibles. Los investigadores —sociólogos, médicos o ingenieros— podemos tomar un libro de actas de una comunidad, los datos de una encuesta de opinión, investigaciones de mercado, material de censos, datos sobre la salud y decisiones jurídicas, "actualizarlo" todo rápidamente y, con diagramas de computadora, convertir en muy poco tiempo los datos digitalizados en gráficas, listados verticales o alguna otra representación visual. Todo lo cual puede después "manipularse" para volver a analizar los datos previos a la luz del nuevo material y establecer series o marcos temporales que permitan considerar más profundamente la naturaleza de nuestros materiales o descubrimientos.

Pero si leemos para reflexionar, "hablar" con la obra, construir una argumentación o interpretar un pasaje, parece más bien que el formato del libro, con sus márgenes y su comodidad, puede ser un medio mejor. Así lo ha escrito Jerome Lettvin (profesor de Comunicación, Fisiología y Bioingeniería en el Departamento de Ciencias de la Computación, Biología e Ingeniería Eléctrica del Instituto Tecnológico de Massachusetts):

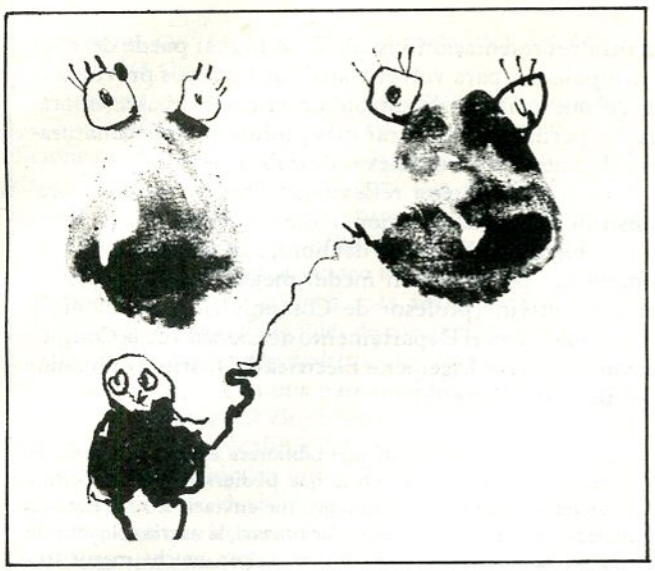
> ...si estuviera al mando de una biblioteca electrónica como la Biblioteca del Congreso, en la que pudiera con sólo oprimir unas teclas ver tal y cual libro que me enviaría a otros libros o artículos con los que tuviera relación, etc., la usaría sólo muy de vez en cuando. En cambio, recurriría con mucha mayor frecuencia a una biblioteca en la que buscar un libro me llevara a toparme con otro en el estante de al lado, inesperadamente, y que en realidad me interesa mil veces más...
>
> Hay en esto la idea de un contexto ambiental cuyo valor informativo es riquísimo pero que se define muy vagamente. Ahora, sin embargo, con la aplicación usual de las computadoras, ese contexto ambiental ha sido expulsado del sistema. En otras palabras: se supone que somos como las máquinas que manejamos, orientados hacia un objetivo específico según una lógica específica y, de una manera particular, con una idea perfectamente clara de los datos que tendremos.
>
> Hojear un libro se parece muy poco a mirar una pantalla en la que un texto pasa rápidamente. Tengo desde hace mucho tiempo la convicción de que percibir es una cosa activa y no pasiva. Porque movemos los ojos para percibir, movemos las manos para seguir adelante y nos movemos, nadie lo ignora, para mirar. No quiero parecerme a ninguna de las cosas que me gustaría tener sometidas a mí...

El autor de un libro llamado *Turing's Man* compara al investigador con una pluma y al científico y filósofo con una terminal de computadora: "El científico y el filósofo que trabajen con herramientas electrónicas como éstas pensarán de maneras muy diferentes a las de los que han trabajado con papel y lápiz en escritorios comunes y corrientes".

Pero ¿de veras será así? Lo que anuncia esa complicada exageración es una nueva definición del hombre, no como el *homo faber* que emplea herramientas o el *homo pictor*, animal simbólico, sino como un "procesador de información": un hombre cuya Mente puede cifrarse en códigos y algoritmos. En el siglo XVII la Metodología designaba, según la definición de Descartes, a la disciplina que establecería un método universal (las matemáticas) para responder a cualquier pregunta en una forma científicamente congruente. Leibniz soñó con una máquina que, apenas programada una pregunta cualquiera, daría inmediatamente la respuesta. Un siglo más tarde, De la Mettrie proclamó que el hombre *era* una máquina (aunque murió de gota, quizá por una sobrecarga). Ahora vemos al hombre como una inteligencia artificial: un instrumento programable. Ese es el meollo del problema, el corazón de las tinieblas.

Detrás de todo esto hay un problema epistemológico fundamental, que ha sacudido a la filosofía en años recientes. Me refiero a los esfuerzos que se han hecho en el siglo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



XX —pienso sobre todo en Frege, Russell y Carnap— para establecer significados sin ambigüedad por medio de lenguajes artificiales. Me bastará con señalar que después de Quine y el último Wittgenstein es difícil sostener el argumento de que las palabras *representan* cosas y hay, por tanto, una "teoría de la correspondencia" de la verdad. Poco más o menos, puede decirse esto de la información. Podemos tener incluso diccionarios de imágenes, como los de inglés-japonés, en los que a una imagen de una cosa corresponde una palabra en cada idioma; aun en este caso, se necesita un contexto común de conocimientos, de lo contrario, un cristal en un marco puede "significar" una pantalla de televisión para un occidental y un simple espejo para un bosquimano.

En el contexto del conocimiento —en los juicios, evaluaciones e interpretaciones— las palabras sirven de guías a la conducta y la acción. Los significados dependen del uso; los términos están inscritos en la cultura; las acciones se rigen por reglas que se derivan de una convención. "Construimos" la realidad a través de los diferentes prismas que empleamos.

Una computadora opera computacional y secuencialmente. Todo funciona según las reglas de un sistema formal, reglas que son finitas (de lo contrario, la computadora seguiría zumbando por toda la eternidad). Para resolver un problema, buscamos un algoritmo: una regla de decisiones que nos indica el mejor camino.

Está claro que no podemos vivir en contra de estas posibilidades, siempre que podamos definir claramente un problema, establecer los parámetros, estudiar las combinaciones y permutaciones posibles y trazar "el mejor de los caminos": la solución óptima. Fue el sueño de Pascal, la idea de un universo laplaceano. Si el mundo fuera un "juego de lógica", la reducción del pensamiento a las operaciones de la computación sería una meta posible. Pero el problema no es sólo "el mundo" (ni si hay un orden constitutivo de sus conexiones internas) sino el lenguaje que usamos, con imperfección, para describir y entender el mundo —natural, social y personal.

Para empezar, tenemos el problema de la formalización. El lenguaje natural se crea y se re-elabora por el uso y el esfuerzo por establecer reglas fundamentales —de homologías, digamos—, de modo que podemos tener un algoritmo para clasificar frases correctamente desarrolladas perdidas en el desorden del lenguaje natural. Un seguidor de Fowler entendería de inmediato la razón. Veámoslo en el problema de la *silépsis* y el *zeugma,* dos figuras de lenguaje que frecuentemente se confunden entre sí:

Silepsis: Mi hermano anda en las nubes y tropezando; Perdió el sombrero y la cabeza.

Zeugma: Con ojos y corazón llorosos; Mueran los chicos y la carga (Shakespeare, *Henry V*).

La silepsis es gramaticalmente correcta (aunque sea jalada de los pelos) pero requiere que una sola palabra se entienda *en un sentido distinto en cada caso.* En el zeugma, lo que ocurre es que la palabra tiene sentido en un caso pero no en otro; para que el sentido sea claro se necesita una palabra adicional: "Mueran los chicos y *destrúyase* la carga".

A fin de cuentas, se trata de la relación de la sintaxis con la semántica, del orden de las palabras con el sentido. Para escribir modelos de homología, necesitamos una sintaxis común. Aun así, un algoritmo no puede dar con la naturaleza del idioma. Por ejemplo: (a) Ella lo condujo a la escuela; (b) Ella lo condujo a beber. Sintácticamente, son oraciones homólogas; semánticamente, son del todo diferentes.

Pero los problemas fundamentales no radican en las complejidades técnicas de la gramática, por formidables que sean, sino en la naturaleza del pensamiento y el "reduccionismo" que la moda de las computadoras viene a introducir. Podemos seguir, en este caso, una distinción de John Dewey (en su *Art as experience*). Dewey era un admirador de la ciencia y pensaba que sus métodos y formas de interrogar eran uno de los grandes logros de la inteligencia. Pero Dewey distinguía *expresión* y *declaración.* La ciencia declara significados, el arte los expresa. Las declaraciones manifiestan las condiciones bajo las cuales puede adquirirse el conocimiento o la experiencia. Pero "lo poético, en cuanto se distingue de lo prosaico; lo estético, en cuanto se distingue de la ciencia; la expresión, en cuanto se distingue de la declaración, hacen algo distinto de conducirnos a una experiencia, *constituyen* una". (El subrayado es mío.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La expresión poética es un pensamiento que emplea tropos. No se trata de señalar cosas sino de expandir la imaginación por medio de metáforas y metonimias, de parábolas y alegorías. Todo lo contrario de ese helado remedo del pensamiento a que reduce el lenguaje la ideología. El cetro y la corona invocan el sentido de la historia y la destrucción de las apariencias; el Kremlim y la Casa Blanca, la cansada retórica del cliché político. Pensar por las sendas de la "herramienta electrónica" tiene el riesgo de contraer los vasos sanguíneos del pensamiento; el libro le permite a la mente remontarse.

Por otra parte, podemos volver a Kant, que trajo la metafísica al mundo, y a sus atributos de la Mente y sus categorías. Para Kant, lo que conocemos está en función de las categorías y conceptos que establecemos: percibimos hechos pero creamos relaciones, seleccionando entre el fresco rumor de la confusión los aspectos del mundo que queremos entender. Pero detrás de todos ellos, en los nóumenos que no podemos penetrar, está lo que Kant llamó "el misterio de la síntesis". ¿Cómo juntamos, y por qué, los diversos componentes de lo que logramos desembrollar del mundo? La capacidad creadora del hombre comienza con el prefijo que sopla donde quiere, *re*. Lo que nos distingue de otras especies es nuestra capacidad de re-organizar, retrazar, re-ordenar nuestras experiencias y re-diseñar nuestro mundo. Pero el arte y los actos siguen siendo un misterio.

El mundo tiene una doble historia: hay un orden lógico en un desorden fáctico. Pero no hay un solo orden lógico. A lo largo de un solo día experimentamos, literalmente, millones de "paquetes" de experiencia, oímos y leemos de miles de acontecimientos, nos encontramos y hablamos con cientos de personas, pero terminamos seleccionando una pequeña porción que nos parece "importante" y la agrupamos, en la memoria, como parte de lo que vale la pena recordar. Es la teoría la que decide lo que observamos, escribió Einstein. "No hay un método inductivo que pueda hacernos llegar a los conceptos fundamentales de la física". Lo que complica nuestra comprensión es que nuestra imagen del mundo proviene de unas bases de experiencia limitadas; además, las leyes de la física contradicen nuestros movimientos cotidianos en el mundo y se derivan de un salto que no es el salto de la fe sino el de la imaginación. Nos resulta difícil comprender la noción de relatividad espacial y su negación del mundo newtoniano (o, más precisamente, su restricción del mundo newtoniano a un determinado nivel de relaciones) por nuestra visión de un tiempo universal, común a todos los observadores, y de los acontecimientos en el espacio como un todo, ideas que se derivan de nuestra experiencia cotidiana de observar el desarrollo de los acontecimientos. La idea de un tiempo que se dilata, de que no hay una unidad "absoluta" para medir el tiempo, carece de sentido en un mundo ordenado por Cronos y su vara de medir. Despojados de cualquier evidencia de que nuestros conceptos tengan una conexión con las experiencias correspondientes, hemos comenzado también, como señaló Gerald Holton, a ver la precariedad de la construcción de la teoría. O como lo apuntó Einstein, con mucha más gracia (en su ensayo sobre el espacio-tiempo de la antigua *Enciclopedia Británica*), citando una parábola talmúdica: ¿quién descubrió primero el agua? No lo sabemos. Pero no fue el pez.

Cómo nos mantenemos "fuera de nosotros mismos" hasta alcanzar la distancia estética e intelectual necesaria que nos permite reordenar y re-trazar nuestros mundos, es un acto creador que no acabamos de entender. Es en éste donde la imaginación y la ciencia (una definición sencilla del conocimiento) se reúnen.

Notas

[1] Por supuesto, los conocedores saben que las primeras ediciones han cedido su lugar, como objetos de colección, a las pruebas de imprenta encuadernadas, especialmente si tienen las correcciones del autor xerografiadas en las páginas; y valen más si *éstas* están firmadas por el autor.

[2] Sólo hasta un año tan reciente como 1927 —lo llamo reciente porque pertenece a mi periodo de vida— un gran diseñador de libros admitiría los modernos métodos de impresión en el canon del "libro". Esto escribió Stanley Morison sobre la Nonesuch Press:

> Haciendo un uso consciente, no meramente comercial, de los nuevos métodos, el señor Meynell ha logrado convencernos a muchos de nosotros de que el futuro de las impresiones finas está en manos de quienes estén preparados para seguirlo y emplear la maquinaria moderna.... Hasta que surgió la Nonesuch Press, la composición mecánica se identificaba casi sin lugar a dudas con la comercialización vulgar. El uso que le ha dado uno de los tipógrafos modernos más competentes ha dado por resultado, como dije, la producción de obras de arte muy finas a muy bajo costo y ha hecho crecer el interés por la tipografía entre un público mucho más numeroso que el de las obras de las imprentas privadas victorianas.
>
> Stanley Morison, *A Review of Recent Typography* (Londres), reimpreso en el *Nonesuch Prospectus* (1927), p. 20.

[3] En *The Computer Age* (edición de M. Dertouzos y Joel Moses), Cambridge, M.I.T. Press, 1979.

[4] El ensayo de Turing de 1936, hay que señalarlo, tiene un doble filo. Por un lado, buscaba responder a la "tercera pregunta" de Hilbert. En 1928, el gran matemático alemán David Hilbert, en su esfuerzo por lograr la formalización total de las matemáticas, planteó tres preguntas: ¿Podrían las matemáticas ser *completas*, de modo que cualquier declaración pudiera en todo caso probarse o rechazarse? ¿Podría mostrarse que son *consistentes*, en el sentido de que los pasos válidos de operación no pudieran emplearse para conclusiones falsas? Y ¿eran las matemáticas *decidibles?*; específicamente, ¿había un método definitivo que pudiera, en principio, aplicarse a cualquier aserción y que condujera a una decisión correcta sobre la verdad o falsedad de dicho aserto?

Poco después, el joven matemático checo Kurt Godel demostró que era imposible probar las dos primeras proposiciones, incluso si eran ciertas, con lo que echó por tierra las esperanzas de una completa formalización de las matemáticas. Turing se ocupó de la tercera cuestión. Construyó una "máquina" que podía "leer" cualquier "cuadro de conducta" de un juego finito y computar todas las posibles combinaciones de respuestas a derivaciones del número original. Estas eran "números computables": cualquier número real (racional o irracional, como $\sqrt{2}$, cuyos decimales forman una secuencia interminable y sin repeticiones) definido por un juego determinado de reglas. La "máquina" podía alcanzar cualquier número generado por operaciones matemáticas, cualquier número que surgiera en las matemáticas de la computación. Pero la "máquina" de Turing también mostró que tenía un límite. Un número no computable sería un ejemplo de un problema insoluble, de modo que no podía haber un método definitivo para resolver todos los problemas matemáticos. De modo que la respuesta a la tercera pregunta de Hilbert era "no".

Por otro lado, Turing había encontrado un "medio matemático", es decir sin intervención humana, para resolver en principio cualquier problema de computación al que se hubiera llegado con las matemáticas. Como escribió su biógrafo, Andrew Hodges, Turing "había probado que no existía ninguna 'máquina milagrosa' que pudiera resolver todos los problemas matemáticos, pero al mismo tiempo había descubierto algo casi igual de milagroso: la idea de una máquina universal que desempeñaría el trabajo de cualquier máquina".

Puede verse una discusión precisa de la obra de Turing en *Alan Turing: The Enigma* (Nueva York, 1936), de Andrew Hodges, especialmente las páginas 91-110. No hay que confundir este libro con el de J. David Bolter, *Turing's man: Western Culture in the Computer Age* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984), obra superficial que clama extravagantemente acerca de los efectos de las computadoras en las formas de pensamiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Enrique Fierro

Poema

Despues del silencio

que desdigan lo que dicen que negándose nos digan
desde **el silencio anterior a la creación de las cosas**
papalote pandorga ni sierpe ni dragón: tarasca
leer el acto de ver ver el acto de leer ver el
nicho del silencio silenciar el pozo de ver el tiempo en el
espacio de tiempo lugar de palabras que es el árbol del azar y las
causas del fondo del cielo que es el fondo del tiempo sólo se
hace lo que se dice sólo se dice lo que se hace callar antes
de hablar hablar callar después de haber hablado
(la letra que está primera / en el nombre de esta pintura /
es la llave con que ventura / tiene cerrada la postrera)
papeles que son que siempre serán y que se vuelven sobre sí
mismos para dejar de ser: tacha tachadura que es negación de
la negación: el papel se vuelve cometa la cometa se
vuelve texto el texto se vuelve voz la voz se vuelve
silencio el silencio se vuelve vuelo el vuelo se vuelve
luz la luz se vuelve penumbra la penumbra se vuelve
papel el papel se vuelve papeles los papeles se vuelven
palabras que desdicen lo que digan que negándose nos
dicen

lugares comunes (sin escalas cromáticas) con amor por los
rincones perdidos del instante y de la historia intrépidos
caña e hilo de coser que construyen que turban y transforman
familiares invisibles ardientes y humildes sitios parajes
claroscuros que ¿anuncian? la ausencia del sol y los pájaros
cantores cometa que no se sube en el aire: papalote papelote
mariposa disecada movemos la mano en un cuarto oscuro e
innombrable aparecemos a través de un papel ahumado
¿traslucidez? nada se declara se manifiesta pero todo
lo adivinamos lo vislumbramos **clara vía** claraboya **claire-voie**
¿perdimos el hilo del discurso curso recurso y arribamos al
hilo de la muerte término de la vida? después del silencio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a quién nos enfrentamos ¿a nadie nos enfrentamos se acabaron las batallas? de un lado la canalla del otro la libertad: el paracleto **(en vano se afanan pintores y poetas para inventar un material en que el espíritu pueda trabajar)** después del silencio y al hilo del viento sigue la pelea de los papeles bastos ásperos quebrados bramantes hasta llegar sin versiones ni traducciones a las sombras y los ecos de la frase primera (sagrado vínculo entre los antípodas) donde el hombre irrepetible se repite y con papeles y con hilos y con cañas hace cosas como huecos como cajas como qué: un profundo silencio nos invita y se esconde por concavidades y espesores (tiniebla en la tiniebla) en el lugar secreto de la solución del enigma

SOBRE NELSON RAMOS

Nelson Ramos nace en Uruguay en 1932.

Ingresa en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Montevideo en el año 1951, estudiando con Vicente Martín. En el año 1959 viaja a Río de Janeiro en usufructo de una beca otorgada por ITAMARATI, estudiando técnicas del grabado con los profesores Iberé Camargo y Johnny Friedlaender en el Museo de Arte Moderno. Posteriormente se radica en Sao Paulo dedicándose al dibujo textil, y colabora como ilustrador en los diarios *O Estado de Sao Paulo* y *Diario de Sao Paulo*. En el año 1962 viaja a Europa usufructuando una beca otorgada por el Ministerio de Cultura del Uruguay, permaneciendo hasta el año 1963 en España, Italia y Francia. Fue profesor de dibujo y pintura en la Escuela de Artes Aplicadas del Uruguay entre los años 1967 y 1977. En el año 1971 crea el "Centro de Expresión Artística", taller de arte que dirige actualmente. En el año 1981 es invitado por el College of Art and Design, de Minneapolis, EE.UU., para dictar cursos de dibujo y pintura. Simultáneamente es llamado a dar conferencias en varias universidades de las ciudades de Saint Paul, Minneapolis y Northfield.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ALBERTO LAISECA

LOS SANTOS

En aquella ciudad sólo estaban autorizados a residir los santos. Por una extraña misericordia del Gobierno de ese país, todos los hombres en estado de santidad podían habitar en el mencionado sitio —beca estatal mediante— y dedicarse a su tarea específica.

No era obligatorio haber nacido en la nación para gozar de tal beneficio. El Gobierno, a través de sus embajadas dispersas por el mundo, pagaba el viaje a los extranjeros que lo desearan.

Se calificó de misericordiosa la obra del Gobierno; pero quién sabe: tal vez fuera un helado acto implacable, pues muchas acciones que se creen bondades o clemencias sólo son resultantes de una crueldad tan terrible como sólo el hombre puede llegar a tener, en tanto que la naturaleza, aparentemente inexorable y despiadada, suele ser magnánima —mucho más de lo que el ser humano imagina y merece.

Hubo quienes se dedicaron con exclusividad a rezar (a la divinidad que fuera: Buda, Cristo o la planta Tulasi; al Estado le era indiferente). Abundaban los ascetas de todo tipo: yoguis, monjes de sectas extrañísimas, etc. Durante treinta y dos años cuatro hombres vivieron en lo alto de sendos postes. La comida les era subida en cestas, por los discípulos, mediante cuerdas.

La adoración de la planta Tulasi, a la que se hizo referencia, y que practicaban muchos miembros de la ciudad de los santos, consiste en lo siguiente: un hindú toma un puñado de tierra donde en forma previa introdujo una semilla de dicha planta. Aferra bien los terrones con el puño y lo ata con géneros para que no pueda abrirse en un descuido. Se sienta en el pasto y de allí ya no se mueve en lo que le resta de vida. Con un vaso riega la semilla encerrada en su mano y queda inmóvil, con el brazo extendido, esperando que la planta nazca. Así: horas y horas, días y días, años y años. Un discípulo se encarga de traerle alimentos.

Con el paso del tiempo la semilla echa un brote y raíces. Empieza a crecer e invade la mano —rodea, penetra— y parte del brazo. El organismo del hombre se defiende secando la extremidad, que luego será parte del vegetal. Las raíces crecen, poderosas, bajan hasta la tierra y se hunden en ella. Con los años llega a transformarse en una planta inmensa. El hombre sigue vivo y a su sombra, incrustado, orándole.

Durante varios años residió en la ciudad un literato, que se dedicó a escribir su obra única: la novela atonal. No había en ésta argumento ni ilación del tipo que fuera. Resultaba muy semejante a las construcciones de Arnold Schoemberg. Tocaba en ella, mediante escritura discontinua, todos los temas humanos y divinos, magia, teología, gramática, distintos idiomas, historia, geografía, música, pintura, etc. Era una suerte de compendio enciclopédico-poético, y a la vez incomprensible, de todo el saber humano. Había escritas ya, a máquina, cinco mil páginas. Consideraría terminado su trabajo cuando llegara al millón.

Otro escritor se consagró a *Las torturas y los goces;* tal el título del libro, fruto de su invención. Estaba dividido en dos columnas. Para cada tortura buscaba un gozo, equivalente en intensidad, que sirviera de contrapeso. Los dos platillos de la balanza. Cuando le faltaban datos sobre suplicios reales, los inventaba. Igual era el procedimiento con los placeres.

Debemos mencionar a un recopilador de hechos insólitos. Estaban destinados a figurar en su obra absolutamente todos los raros e increíbles sucesos que en el mundo han sido. Luego de media docena de lustros (comienzo del camino) reunió tres tomos de materiales, cada uno extenso como la Biblia. Nada más que la especialidad *Muertes extrañas* abarcaría dieciséis volúmenes, según calculaba.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una parte de la población dedicábase a la magia por la magia misma, sin intenciones de aplicarla jamás. Era su propósito acumular el mayor poder posible, y ser capaces de efectuar los más grandes milagros; pero como una cosa cerrada, en sí misma. Llegaban a la muerte con total, definitivo renunciamiento a la acción.

Teníamos allí a los buscadores de la piedra filosofal y a los de la cuadratura del círculo (aun sabiendo de antemano que ésta no existe, y sin importarles tal hecho).

Otros hombres aplicábanse al aprendizaje de todos los idiomas de la Tierra (incluyendo dialectos africanos y chinos). No sólo lenguas vivas sino las muertas, tales como el egipcio, el etrusco y el babilónico.

Un habitante se propuso leer exclusivamente diccionarios: toda la Enciclopedia Británica y los cien tomos de la Espasa Calpe. Suponiendo que alguna vez terminara, en el acto empezaría a leerlos de nuevo. Tomar notas, escribir memorias, construir archivos (todo relacionado con lo mismo) era su tarea suplementaria.

La ciudad de los santos estaba custodiada por un guardián, encargado del cumplimiento de las reglas dadas por el Gobierno. En cierta ocasión llegó un visitante extranjero ante el cuidador para que éste lo interiorizara en la vida y actividad de tan extraños ciudadanos.

Dijo el hombre de armas al recién llegado: "Podrá ver aquí a un joven que está a punto de recibirse de médico. Luego se especializará en psiquiatría, psicología y psicoanálisis. Para cuando haya terminado esta primera parte se propone entrar en ingeniería electrónica. Ya recibido ha de seguir con abogacía, agronomía, veterinaria, etc. Toda una vida dedicada al estudio.

Hay un ciudadano que consagró su existencia a levantar la Gran Muralla china. El solo, sin ayuda. Lo único que hace el Superior Gobierno es llevarle los ladrillos, la arena, la cal y el cemento hasta el campo donde la construye. Los trabajos están bastante avanzados: la Muralla es tan alta y ancha como la verdadera. Cuenta con torres de vigilancia, refugios para los inexistentes guardias, etc. Ya tiene doscientos metros de largo. Para completarla faltan sólo tres mil kilómetros.

Tenemos también al constructor de los Jardines Colgantes, y al de los muros de Babilonia.

Si tiene un poco de paciencia le mostraré al hombre que edifica la Gran Pirámide, con todos sus corredores, pasadizos secretos, Cámara del Rey, Cámara de la Reina, etc. Como una persona no puede mover bloques de piedra tan pesados, él utiliza ladrillos. Hace diez años que se aplica: va por el equivalente a la cuarta hilada.

Noto una diferencia con los constructores del pasado. Ellos eran muchos y terminaron sus trabajos. Estos, en cambio, actúan solos y saben de antemano que la tarea jamás será finalizada.

Un hombre intenta aprender de memoria la tabla de logaritmos. Y no se vaya a pensar que es uno de esos seres humanos con retentiva fuera de lo común. Muy lejos de ello: le cuesta muchísimo aprender. Luego que ha logrado memorizar una parte la tiene que repasar de continuo. Cada tanto avanza otro poco. A veces sufre surmenage y debe parar sus estudios por un año o cosa así. Se fortalece con vitaminas e inyecciones y retoma su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trabajo. Cuando lo hace, como es natural, lo ha olvidado todo y no le queda otro remedio que empezar nuevamente.

Lo que une a estos santos, lo que todos tienen en común, es la voluntad de servir hasta más allá del deber, hasta la inmolación. La vocación de servicio por el servicio mismo, sin patria ni causa ni razón terrenal alguna que la justifique. Todos ellos han caído en una de las tentaciones más difíciles de reprimir: la abdicación, hasta sus últimas consecuencias, de todo rasgo humano.

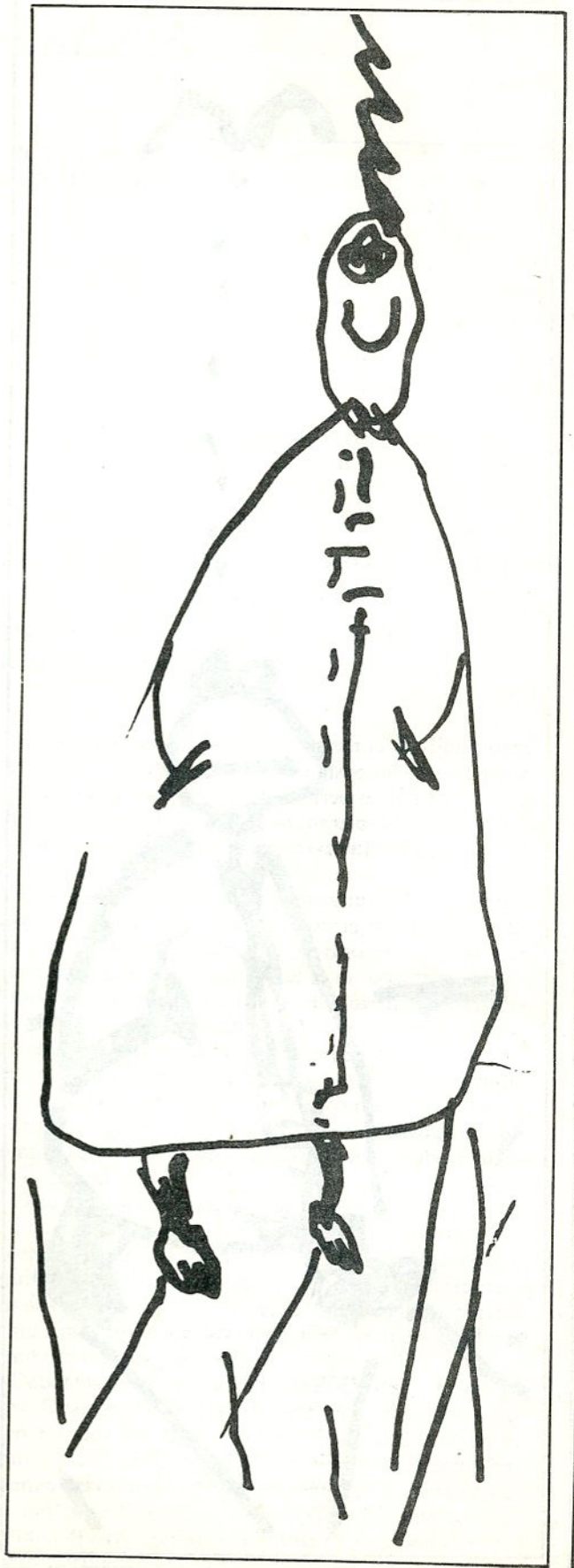
Desde hace veinte años alguien recopila cuanto acto de amor físico ha existido: lujurias de Mesalina, bacanales romanas, las aventuras de Paulina Bonaparte, Sade, Don Juan Tenorio (Casanova), etc. El mismo jamás durmió con una mujer y no piensa hacerlo. Morirá virgen. Hay otro que se limita a escuchar música: todos los discos (de pasta y long play) que se hayan grabado en el mundo, más todas las cintas magnéticas con música electrónica, concreta, experimental. Cuando lo haya oído todo, recién dará su tarea por terminada''.

''¿Y cuáles son los propósitos del Gobierno para con esta gente?''

''Nadie lo sabe. Ni siquiera yo, que soy el guardián. Tal vez maquine reunirlos a todos para luego matarlos arrojando una bomba atómica. No dejaría de ser una pena, pues entre ellos existen mentes prodigiosas, verdaderos sabios. O quizá me equivoque y las intenciones del Estado sean opuestas a las que imagino. Tal vez ellos (quienes mandan) estén de acuerdo con lo que aquí se hace. Los habitantes de esta ciudad se encuentran en el límite de lo que puede llegar a ser el hombre. Más allá: la nada, con todos sus abismos. O ellos son el abismo, mejor dicho. Aunque no quiero tomar partido. Son indudablemente santos; pero santos de verdad: lo digo sin ironía. Resultan más peligrosos que la dinamita, las armas nucleares y bacteriológicas y la guerra de gases. Todos juntos pueden destruir la Tierra con facilidad. Es como acumular plutonio: tarde o temprano se alcanza la masa crítica. Muchas veces me pregunto por qué (o para qué) el Gobierno los agrupa.

Pero, en fin, prosigo informándolo: contamos con una multitud de ayunadores. Entre los que no lo son hay sin embargo gente que ni siquiera come vegetales. Sostienen: 'Los vegetarianos son unos asesinos tan grandes como los que devoran vacas'. Ellos no matan cosa alguna viviente. Caminan muy poco por miedo a pisar un insecto. Cuando no tienen más remedio que moverse, lo hacen tomando miles de precauciones. Van abriéndose camino con grandes escobas, con las que barren. Sin ellas no se atreverían a dar un paso. Se alimentan de raíces de árboles caídos, pasto seco y otros restos. Como sólo comen lo muerto se encuentran en avanzado estado de desnutrición —y contradicción (cada vez que las defensas automáticas de sus cuerpos eliminan millones de microbios, en su esfuerzo por mantenerlos con vida). Si dejan las cosas como están, la carnicería de microbios continúa. Si se suicidan, matan un ser vivo.

Hay un hombre que hace cuarenta años se propuso escribir todos los números: 0, 1, 2, 3, 4, etc., hasta el



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

infinito. Ya lleva ochenta gordos tomos. Forma una biblioteca con eso.

Otro está fabricando un diccionario, sin consultar los ya existentes y sacándolo de sí mismo. Procede como si ese instrumento —para crear el cual trabajaron miles de hombres— aún no se hubiera inventado. Tiene largas listas de palabras y procede a ordenarlas. Cada tanto verifica si alguna no está repetida. Es un trabajo infernal y, como todos los que se realizan en esta ciudad, para toda la vida.

No podía faltar un matrimonio, que vive en extrema pobreza pese a recibir bastante dinero de los dirigentes. Se privan de alimentos, visten harapos, no tienen hijos ni reparan la casa —que se viene abajo— para no gastar. Destinan hasta la última pelucona a la compra de dinamita. Son jóvenes. Cuando dentro de cincuenta años hayan juntado suficiente explosivo, lo harán detonar en un erial. Su objetivo es alcanzar a reunir el equivalente a una bomba de hidrógeno.

Aquí también tenemos a uno de los más interesantes personajes: un hacedor de desiertos. Yo diría que su tarea es muy simbólica. Trabaja como un esclavo carpiendo grandes extensiones de terreno, desde que amanece hasta las primeras sombras del ocaso. Destruye la maleza pero también las flores. Por otro lado, no se propone desarraigar las plantas como paso previo a la siembra. Hiere a conciencia y en profundidad, tratando de eliminar hasta la última semilla. Si encuentra un árbol inmenso, lo arranca. Si tropieza con una plantación de maíz o trigo, deja ese sitio como si lo hubiese atacado una gigantesca langosta de pecho de hierro y rostro humano. Los colonos perjudicados odian al carpidor. Se asegura que el Gobierno los indemniza; no sé si ello es verdad, pero aunque así fuera igual abominarían de él pues aman a sus plantas.

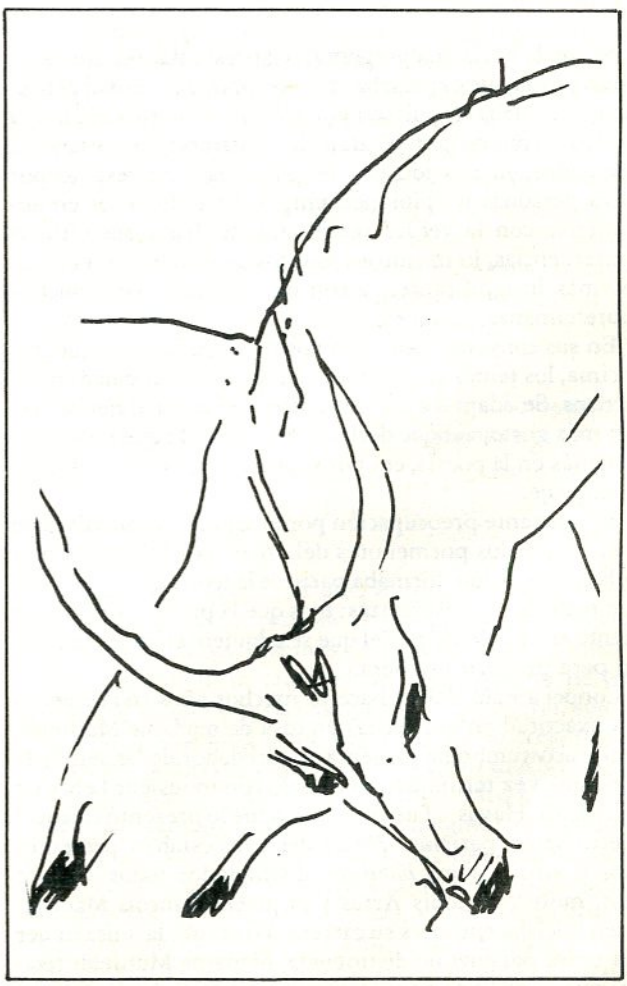
En quince años transformó en baldío una extensión de cuatrocientos metros de ancho por un kilómetro de largo. Su objetivo es dejar estéril toda la Tierra.

Constantemente se ve obligado a efectuar patrullajes sobre lo ya removido, pues, las semillas transportadas por los pájaros y el viento, vuelven —con una convicción tan fuerte que ni siquiera es un desafío— a cubrir todo de verde''.

Poco a poco, el guardián y el extranjero habían ido acercándose hasta un siniestro páramo, iluminado por fosforescencias violetas. En lontananza podía verse a un hombre destruyendo plantas. El guardián no le prestó atención. Dijo, en cambio, mirando un punto de aquella tundra de artificio:

''Yo le aseguro que llenar una biblioteca con números o construir la Gran Muralla china es un estímulo difícil de resistir. El error consiste en tomar a estos hombres como excepciones. Es tarea común a los humanos, sólo que tales trabajos por lo general son parciales e invisibles. Le hablé de lo poderoso de la tentación. Aun así dominarla no resulta irrealizable: basta rechazar el espejismo desértico para que la arena deje de crecer a costa de la tierra. Sin trabajo interior el hombre se convierte en santo automáticamente. No porque esto sea lo natural, sino a causa de que hoy el mundo está lleno de incentivos y catalizadores en esa dirección. A veces desearía que los megatones nos borrasen del mapa. Son momentos de cansancio, cuando el Anti-ser logra tomarme por sorpresa. Demasiado bien sé que éste es también un deseo beato, de esos que canonizan al instante y, en realidad, la propuesta final.

Es muy raro, casi imposible, pero a veces sucede que un venerable, ya harto, abandona la ciudad sin propósito de enmienda, busca una mujer y siembra el suelo. Son los que aún no alcanzaron a superar los diez años de santidad, pues a medida que se sobrepasa tal período la ruptura es cada vez más improbable; luego de ese lapso en el cerebro humano tiene lugar un extraño fenómeno parecido a las cifras que se repiten en una división inexacta. Yo lo llamaría el umbral del número plúmbleo, para diferenciarlo del áureo. Pero también están los otros, como le dije: los que desisten. Puede tratarse por ejemplo de un atonalista, de un asceta carnal, de un orante, de un estudioso de idiomas o de quien acapara carreras universitarias. Tal vez cierto día deje la ciudad el buscador de la piedra filosofal o el de la cuadratura del círculo. Hasta el que construye diccionarios quizá tenga salvación. En tanto que jamás, nunca, podrán irse aquellos que atentaron contra la tierra. El carpidor —ello es absolutamente seguro— permanecerá con nosotros para siempre''.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dorothy Bussy

Recuerdos de Paul Valery

Traducción de Ulalume González de León

Estos recuerdos de Paul Valéry —apenas unos cuantos— no corresponden tal vez a las ideas que nos hacemos del personaje o del profundo pensador que él fue sin duda; pero revelan acaso un aspecto suyo que refleja, por ligero y superficial que pudiera parecer, sus características fundamentales y sus más profundas convicciones.

Se sentía a gusto en nuestra compañía (quizá en la de todo el mundo) y solía mostrarse contento, natural, y siempre espontáneo; lejos de ocultar sus humores, daba libre curso sin afectación alguna a sus fantasías y sus extravagancias.

Si uno le hacía una pregunta, se apresuraba a contestarla, y uno sentía que expresaba en su respuesta la verdad desnuda, que actuaba impulsado por sólo un auténtico amor a la verdad —nunca por el afán de mostrarse interesante o respetable, ni movido por ninguna clase de respeto por otras personas u opiniones; empeñaba todo el ser en enfrentarse con la verdad resueltamente, hasta sus últimas consecuencias, lo mismo en asuntos de importancia que en los más insignificantes, y con una valentía para muchos sobrehumana.

En sus conversaciones con nosotros trataba, aunque por encima, los temas que discute con mayor profundidad en sus escritos. Se adaptaba a sus oyentes, y el tema al que volvía con más gusto, aunque declarara bromeando que no pensaba jamás en la poesía, era por supuesto la poesía cuando no el lenguaje.

Su constante preocupación por el aspecto *técnico* del arte poético, por los pormenores del *oficio*, por la importancia de la composición, formaba parte de la teoría que constituye el meollo de sus enseñanzas: más que la propia obra, lo que cuenta es el *método* por el que se adquiere el poder necesario para producir esa obra.

Conocí a Paul Valéry hace ya muchos años (no recuerdo con exactitud en qué fecha) en casa de madame Muhfeldt, donde acostumbraba presentarse alrededor de las seis de la tarde una vez terminado su trabajo con monsieur Lebey en la "Agence Havas". Fue Gide quien me lo presentó en aquel selecto salón parisino. Aquel día sólo estaban presentes unos cuatro o cinco *habitués*, distinguidos todos —entre ellos, monsieur Louis Artus y el joven Francois Mauriac, quien iniciaba entonces su carrera. Yo era allí la unica mujer y la única persona no distinguida. Madame Muhfeldt recibía, como una linda morsa, recostada en su diván. Valéry fue el último en llegar. Para el gran público, no pasaba entonces de ser un nombre en torno al cual iba ya creciendo una misteriosa leyenda —prueba de la estima extraordinaria en que ya lo tenía un grupo de sus más importantes contemporáneos.

Es cierto que dos pequeñas obras suyas —*Introduction a la méthode de Léonard de Vinci* y *Une soirée avec Monsieur Teste*— tenían ya unos veinte años de publicadas, pero eran muy breves y muy abstrusas; así, cuando *Charmes* y *La jeune parque* le dieron la reputación que le permitiría aspirar a la Academia Francesa, la mayoría de los cuarenta inmortales conocían apenas el nombre del nuevo candidato y estaban lejos de haber leído sus obras.

* * *

La primera impresión que tuve de Valéry data de aquella velada: sin ser una figura conspicua, poseía una elegancia en nada ostentosa, una total naturalidad, gracia y distinción. En cuanto entró en la sala se puso a platicar, y todo el mundo lo escuchó. No había nada de arrogante en su tono. Recuerdo que nos habló de una conferencia a la que había asistido en la Universidad de Montpellier. El conferencista, un médico, explicaba alguna oscura enfermedad mortal. Junto a él, sobre el estrado, hacía las veces de ilustración viviente, desnudo hasta la cintura, un pobre hombre que aquel mal aquejaba. Quien haya oído a Valéry cuando describió la tristeza del condenado ante la pública enumeración de sus síntomas y la indiferencia del profesor, no podría acusarlo de inhumano.

Por aquella época vivía yo en el sur de Francia, casi frente a la casa de uno de los cuarenta inmortales tan poco familiarizados con la obra del nuevo candidato a la Academia; sin

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

embargo, a la primera visita que Valéry le hizo, ya en calidad de académico, siguieron varias más. Tras algunas de esas incursiones a la residencia de enfrente, Valéry abandonaba a su importante anfitrión para pasar en nuestra compañía una tarde menos oficial. Hasta llegó a visitarnos durante toda una semana sin cruzar la calle en busca de su colega; pero cuando más disfrutamos de su conversación fue durante los cuatro o cinco días que dedicó a posar para el retrato que hizo de él mi marido. Fue entonces cuando tuve la idea, y la oportunidad, de tomar algunas notas de lo que decía —notas tan directas como incompletas y faltas de hilación.

* * *

Valéry ocupa un sillón frente al pintor, y yo me coloco junto a éste de modo que su modelo tenga con quien charlar y se sienta a gusto. Mi tarea no resulta difícil. La más mínima interjección, una simple muestra de interés —por lo demás, nunca fingida—, bastan para echarlo a andar. No trata siquiera de *posar*. Simon lo capta *au vol*. El lía y fuma interminables cigarrillos. No está precisamente nervioso o intranquilo; se mueve, eso es todo, es "d'une extreme mobilité" como dice Simon. Sus expresiones se suceden, fluyendo rápida y suavemente, como en un rostro casi líquido. Divaga en una especie de monólogo; su risa es discreta; pestañea, o abre de par en par los ojos de improviso —*bebe* luz; luego los cierra, o sólo cierra uno de ellos. Sus grandes ojos azul oscuro no penetran (como los de Gide): absorben. Rara vez mira hacia afuera, hacia algún objeto, a menos que lo haga en forma deliberada; parece estar contemplando su propio pensamiento. Lanza a menudo un desdeñoso "¡puf!". Su comentario favorito es: "Et puis, je m en fous!" ("Después de todo, me importa un bledo").

Janie está sentada a la mesa, a sus espaldas. Le he rogado que también tome notas mientras él habla; pero le daría vergüenza que la sorprendieran en ésas. De vez en cuando, él cita algunos versos, y en ocasiones se vuelve hacia ella para que lo ayude con alguna palabra o línea olvidadas; y Janie suele responder tan correctamente, que él exclama: "¡Qué maravilla!... Es como si tuviera a mano mis libros" —pero a veces, adrede, trata de ponerla en aprietos.

"¿El tema de *La jeune parque?*", dijo un día. "Es la fisiología y la psicología de una muchacha, de alguien como Janie, por ejemplo".

Hoy, ya no se a propósito de qué, se puso a hablar de Victor Hugo: "Hugo escribe versos de lo más hermosos. Tiene momentos de una belleza y de una fuerza incomparables. De un incomparable virtuosismo". Y recitó entonces las últimas líneas del gran poema sobre la muerte de Théophile Gautier incluido en *Toute la lyre*.

Por lo común, articula tan mal que es difícil seguirlo; parece que tiene la boca llena de papas. Pero cuando recita o lee, lo hace con toda claridad. Tiene una voz profunda, sonora, envolvente, y habla sin levantarla, y sin énfasis —no le gustan los lectores "que buscan el efecto".

Citado aquel pasaje, lo comentó y se detuvo en algunos versos en especial:

...et ce gran siècle avec tous ses rayons
Entre en cette ombre immense où, pâles, nous fuyons.

[... y este gran siglo con todas sus luces/ entra en la inmensa sombra en que, pálidos, huimos.]

Estas líneas, dijo, producen un efecto de sombrío terror, no tanto por el sentido de las palabras en sí como por el uso audaz de sus vocales aliteradas, que se extiende sostenidamente, y la extraña secuencia entrecortada del hemistiquio final. Luego, en los dos versos siguientes, se juntan consonantes abruptas, casi cacofónicas:

Le dur faucheur avec sa large lame avance
Pensif et pas à pas vers le reste du blé...
[El duro segador con su ancha hoja avanza/pensativo y paso a paso hacia el resto del trigo...]

Apenas un epíteto; y por la sola fuerza del sonido y del ritmo el lento, pesado, inexorable paso del segador avanza hacia nosotros. La lectura de Valéry era una lección incomparable de elocución y nos revelaba las inagotables posibilidades del alejandrino francés.

"¡Ah, qué hermoso! Es absurdo negarlo; era un gran tipo. Lo que lo echó a perder fue su época. Si hubiera surgido cuarenta años más tarde —hacia 1860, digamos— habría sido mucho mejor poeta; sin ese romanticismo, esa retórica; más atento a la música que al énfasis oratorio. Es divertido lo que de él dice Cocteau: 'Victor Hugo es un loco que se creyó Victor Hugo'. Pero no era nada tonto, como lo pretenden los imbéciles. A veces *se hacía* el tonto, pero no lo era". Nos dio después una idea del tema de *Le mot*, y dijo: "Esto no es poesía, por supuesto. ¡Pero qué prodigioso, qué fabuloso virtuosismo! Un verdadero dominio del oficio". Citó otro verso de Hugo, ya no recuerdo cuál, para señalar la notable acumulación de las "a"; y acabó recordando dos versos de *Les fenêtres* de Mallarmé:

Ivre, il vit, oubliant l' horreur des saintes huiles,
les tisanes, l' horloge, et le lit infligé...
[Ebrio, vive olvidando el horror de los santos óleos/ las tisanas, el reloj y el lecho infligido...]

"¡Cuántas 'i'!", exclamó. Y luego: "Hace mucho tiempo que no digo tantos poemas. Nunca, jamás, pienso en la poesía".

* * *

Otra vez, no recuerdo por qué, le pregunté si había leído *Paradise Lost*. "No", respondió. "Es muy difícil, ¿verdad? Soy muy perezoso. Además, leo poco. No me atrevería nunca a confesar la cantidad de libros que no he leído jamás". Y añadió con risa simpática: "En general, sólo leo los libros que prologo. Aunque usted no lo crea, no leí a Racine hasta 1910. Confieso que me costó mucho hacerlo: ¡ni una imagen! Producir efectos sin efectos es de lo más difícil. En cambio Corneille, ¡qué magnífico escritor! ¡Y Bossuet!... Es sin duda el mejor, el más grande de los escritores franceses". Esto era algo que repetía continuamente y con enorme fervor. "Leí, en cambio, libros que nadie ha leído. Tecnológicos. Eso sí me interesa. Yo no leo para enterarme de lo que siente el señor que hace un libro. Me importa muy poco lo que sienta el vecino. Tengo, claro,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sentimientos propios. Lo que del vecino me importa son los *medios* que utiliza".

"Riqueza significa posibilidad. Un rico dice: 'Si quiero hacer tal cosa, *puedo* hacerla'. Y eso es lo único que importa, que interesa: no el *hacer* cosas sino el *poder* hacerlas. Ese *poder*."

"Sólo me intereso por la teoría del arte. En cuanto a las obras... (*je m'en fous!*)."

* * *

En una de sus visitas habló mucho de un tema que desarrolla ampliamente en sus escritos: la diferencia entre música y poesía, entre el poeta y el músico:

"La música está hecha; la poesía, en cambio, no existe. El músico cuenta con sus notas, sus timbres, etc. El poeta sólo tiene el lenguaje, las palabras. Y el lenguaje es algo que sirve, es algo práctico y, por lo tanto, antipoético. El músico se siente apoyado por su arte; el poeta debe luchar continuamente contra su instrumento.

"Intenté, en otros tiempos, escribir una obra sobre el lenguaje. Y fracasé: la cosa es demasiado difícil. Habría que ser matemático, pero los matemáticos no tienen ningún sentido del lenguaje. Se necesitaría un cerebro como el de Laplace. Yo hice lo que pude, pero no tengo las fuerzas necesarias. No estás hecho para eso, me dije.

"Abundan los libros sobre el lenguaje. Los hay excelentes, pero pasan por alto demasiadas cosas. Los griegos dividieron el lenguaje en dos partes: la lógica formal (no conocían otra) y la retórica (el término es impropio), es decir todo aquello que es figura, metáfora, la parte por el todo, etc. Aunque de manera insignificante, abrieron con todo un camino.

"A mí, el tema me interesa en relación con el cerebro. Está íntimamente ligado con las funciones cerebrales. Pero había que comenzar por inventar un lenguaje, símbolos, por así decirlo matemáticos. Tengo una enormidad de apuntes sobre el tema. Le dediqué mucho tiempo.

"Pero hay una parte de la literatura de la que rara vez se han ocupado y que, tratada con mejor voluntad, resultaría sin duda reveladora. Se trata de la composición. No se *componen* poemas —me refiero, claro, a poemas largos, de por lo menos unos cien versos. Y no habla de *crescendos*, subidas y bajadas, etc., porque todo eso es muy elemental..."

"¿Piensa usted en una fuga, por ejemplo?

"¿Sí, justamente. Me refiero a la composición de las partes. Nadie la emprende. Tampoco en prosa, dicho sea de paso. Habría que reflexionar acerca del asunto, estudiarlo a fondo y detenidamente. Pero algo así exige, como todo, una larga preparación de lo que tendría una ejecución muy rápida".

* * *

Un día corrió hacia afuera la ménsula en que se apoyaba la tabla de escribir de mi secreter. Era una pieza de madera, recta, angosta y delgada. "Es de lo más voluptuosa", comentó riendo. Luego, con mucho cuidado, colocó encima de ella, en precario equilibrio, una tacita de porcelana que había estado usando como cenicero (mi "ánfora cineraria", dijo, y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

recitó casi completo el soneto de Mallarmé). Añadió en seguida: "No se preocupen, no la voy a romper. Además soy un especialista en la reparación de cosas rotas. Es mi fuerte; es un trabajo muy divertido y muy... filosófico: la transformación de lo que hemos roto en lo que nos gustaría no haber roto".

No perdía nunca la menor oportunidad de sacar a relucir la filosofía, la psicología, etc. A propósito de *Variété*, el libro de ensayos que acababa de publicar, dijo que probablemente seguiría produciendo, bajo el mismo título, varios volúmenes más en los que iría dando a la obra giros ligeramente diferentes. El próximo sería "más o menos filosófico —si es que puede usarse este epíteto *obsceno*".

Siguió con la evocación del poeta Emmanuel Signoret, que hacia el final de su carrera solía encontrarse embotado por el alcohol (bebió hasta consumirse —por desgracia, ya que tenía indiscutibles dones). Un día, alguien habló de psicología en su presencia. Signoret estaba en Babia y no había captado del todo lo dicho, pero respondió ásperamente: "¡La psicología, la fotografía, la teología! ... ¡Uf!... ¡Puro cuento!" —lo cual, según Valéry, expresaba la única actitud correcta que uno puede adoptar ante esos temas.

* * *

"¿Le parece a usted bueno el libro de Thibaudet sobre Mallarmé?", le preguntamos. "Bueno y malo", respondió. "Habla de demasiadas cosas. Bergson, etc., etc..." Y después, con una risa ahogada: "Thibaudet, ¡el Profesor Ebrio, ebrio de libros!. Se parece al *Bateau ivre:*

Comme je descendais des livres impassibles
Je ne me sentis plus guidé par les bouquins

[Parodia de los versos de Rimbaud: "Comme je descendis *des fleuves* impassibles/ Je ne me sentis plus guidé par les haleurs": "Mientras descendía por ríos impasibles/ Sentí que ya no me guiaban los sirgadores" —Valéry reemplaza "ríos" por "libros" y "sirgadores" por "bouquins", término familiar para decir "libro" o "libro viejo"]

"En cuanto al libro que escribió sobre mí, es un desastre. Quiere, a toda costa, convertirme en una especie de segundo Bergson. Aprecio mucho a Bergson. Me entiendo muy bien con él y hay entre nosotros muchos puntos de contacto, pero mi pensamiento difiere totalmente del suyo. Estoy muy lejos de dar al instinto la importancia que él le atribuye. El impulso vital, etc... son puras palabras que no quieren decir nada. Y Thibaudet, en su libro sobre mí, se funda en *una sola palabra* de la *Jeune parque*". Valéry citó entonces el verso alusivo al acto de irse a dormir.

...la devineresse
Intérieure s'use et se désinteresse
[...la adivina/interior se desgasta y se desinteresa]

"Dice que hablé de 'desinteresarse" en un sentido bergsoniano, cuando en realidad doy al término, que es de lo más sencillo, su sentido más común".

Habló a continuación de la importancia que tiene para el escritor su lector imaginario. "Es obvio que uno escribe para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que alguien lo lea. ¿El público? Sí. ¿Pero qué público? Un público escogido. Y cuanto más lo piensa uno, más va reduciéndose ese público y parece, al final, que sólo queda de él una persona que sí comprende. Entonces, lo que uno escribe es una carta. De allí que las cartas sean de una importancia capital en la obra de un autor. Además, hay momentos en los que uno se siente el único capaz de comprender su propio pensamiento, y se dice: ¿para qué, entonces, expresarlo por escrito?

"Hay dos clases de lectores; el lector pasivo y el lector activo. El lector pasivo recibe y acepta. El activo se detiene ante cada frase y hace alguna objeción. Trata de descubrir qué impulsó al autor a decir en su libro *tal o tal* cosa. El autor debe prever las objeciones que otro puede hacerle. Además, desde un libro, ya no es posible actuar: uno está siempre ausente de ese duelo con el lector.

"Yo era muy mal alumno —sí, en Montpellier. No pude nunca aprender griego. Era un compañero de clase el que me hacía mis versiones del griego. Y siempre me castigaban por ello. El profesor de retórica era un imbécil. Hace poco, un profesor del liceo me escribió para decirme que había colgado mi fotografía en la sala de estudios. Le respondí por carta: "Pero, señor, ¿cómo puede ocurrírsele algo así? Está usted loco. Fui muy mal alumno y me jacto de haberlo sido".

Fue en la primavera de 1925 cuando me confesó: "Eternamente estoy cansado. Pasé un invierno horrible. Tuve todos los contratiempos imaginables, y de toda clase. ¡Ah! ... me siento por los suelos, lo mismo moral que físicamente.

"No he tenido tiempo de hacer nada. Pierdo el tiempo en puras idioteces —como integrar Comités que otorgan Premios Literarios. ¡Es absurdo! Además soy mal juez en materia de literatura. ¿Cómo dar un juicio si *no creo en ella?* Cuando uno lee una novela, piensa a cada frase: podría haber sido dicho de otro modo; no hay razón alguna para que así no sea. Entonces, ¿cómo interesarse en una lectura?"

Pero hay novelas que han hecho época; hay razones para *creer* en las novelas —objeté yo pensando en *Werther, La nouvelle Heloïse* y otras obras semejantes. Valéry, sin embargo. estaba pensando en otra cosa: la credibilidad de las obras.

"¡Hay que creer!", y lanzó una carcajada. "Así se justifican todas las religiones".

* * *

¿Barrès?... No, no acaba de gustarme", decía; y uno comprendía lo sobreentendido por aquella frase, pese a su extrema cortesía, antes de que él añadiera: "Pertenece a la raza de los grandes charlatanes. El, madame de Noailles, Rostand, D'Annunzio... Ha habido en nuestra época cuatro o cinco por el estilo; les gusta jugar con cosas como la muerte, Juana de Arco, Jesucristo... ¡No es muy decente que se diga!

"¿Claudel? Sí, es un gran poeta, un gran poeta. Pero sin elegancia ni economía. Usa una grúa para levantar *un cigarrillo*" —y lo decía liando el que iba a fumarse con un simple y elegante movimiento de los dedos.

Poco antes de una de sus visitas yo había estado discutiendo *Le cimetiere marin* con el poeta inglés B. T., y le conté que éste había hecho objeciones a tres versos de un poema en particular:

Comme le fruit se fond en jouissance,
Comme en délice il change son absence
Dans une bouche où sa forme se meurt...
[Como la fruta se disuelve en goce, / como en delicia transforma su ausencia/ en una boca en que su forma muere...]

"¿Eso dijo?", respondió. "Pues son los únicos versos buenos del *Cimetiere marin*. Sí, la verdad es que no son nada malos. ¡Ah!, si hubiera escrito siempre así, mis cosas resultarían bastante aceptables. No doy nada por el resto de mi obra, pero me siento bastante satisfecho con esos tres versos. Si esos no le gustaron, apuesto a que tampoco le gustó

Le changement des rives en rumeur
[el cambiarse en rumor de las orillas]

"Justamente; me hizo toda una escena a propósito de ese verso."

"Sí, es bastante difícil. Muy elíptico. Significa, sencillamente, que las olas hacen ruido en el aire. Escribí *Le cimetiere marin* porque quería hacer versos de diez sílabas. Es una forma que se ha usado poco en francés. Es fácil caer en lo vulgar, sobre todo cuando el verso se divide en 5 y 5. Los versos del *Cimetiere* son de 6 y 4 sílabas o de 4 y 6. Hay uno solo de 5 y 5. [*Apres tant d'orgueil, apres tant d'étranges...* —N. del T.] La Fontaine tiene versos malísimos de 5 y 5. En Victor Hugo hay muy pocos. En Baudelaire algunos... en *La mort des amants,* por ejemplo:

Nous aurons des lits pleins d'odeurs légères
[Tendremos lechos llenos de ligeros olores]

Eso no da buenos resultados. El *Cimetiére* se atiene, en el fondo, al verso de Dante:

Per me si va nella città dolente...
Ce toit tranquille où marchent des colombes...

"Una vez, por divertirme, escribí ese poema en alejandrinos, añadiendo dos sílabas a cada verso:

Ce toit tranquille et pur où marchent des colombes...

Después le corté el pelo.

"No puedo jactarme, en cambio, de haber acabado con el verso libre."

* * *

Una vez se quejó de que le reprocharan el tiempo que perdía tomando el té con damas de la sociedad. Declaró entonces que prefería la compañía de mujeres agradables a la de intelectuales de tercera.

* * *

Tras una controversia sobre asuntos religiosos que tuvo Gide con ciertos católicos romanos, Valéry opinó que todo había sido un malentendido: "Para Gide, el reino de los cielos está dentro de nosotros"; en cambio, para los católicos, "está en algún lugar por allá arriba" (y apuntó con su bastón al cielo). "¡Se equivocaron de reino!", añadió con risas sofocadas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

* * *

En cuanto a la historia de lo sucedido durante un viaje a Londres, ¿se trataba de alguna fabula de su imaginación?... ¿o la contaba para ilustrar lo que era un ataque de *ennui* (tedio)? Nunca pude tomarla al pie de la letra. Contó que se alojaba en una casa de huéspedes. Era domingo y había niebla. Decidió entonces suicidarse, y pensó que colgarse era el mejor método; pero necesitaba una cuerda. Se puso entonces a buscarla y dio así con un libro. Lo abrió y vio que se trataba de una serie de cuentos cómicos de Alphonse Allais (me pregunto cómo pudo llegar hasta aquel sitio). Como esos cuentos le parecían divertidísimos, comenzó a leerlos. Y sobra decir que, terminado el libro, había perdido todo deseo de dar con una cuerda.

* * *

Por las tardes, cuando nos sentábamos junto al fuego, nos leía a menudo poesía en voz alta y comentábamos lo leído. Una vez nos tocó escuchar la plegaria que Villon escribió a la Virgen:

Dame des cieux, régente terrienne...
[Dama del cielo, terrestre regente]

Villon era para él uno de los más grandes poetas franceses y, por mucho que admirara también a Ronsard y a la *Pléiade*, creía que era una lástima que éstos hubieran desviado el curso de la poesía francesa, y en forma tan definitiva, hacia el estilo decorativo de los italianos. Lamentaba que se hubiesen apartado así de la manera de Villon, más específicamente francesa, y decía que nadie, hasta Verlaine, había recobrado aquel primer tono.

A continuación, le pedimos que nos leyera algún poema de *Charmes*. Escogió *La pythie*. En uno de sus libros, y creo que a propósito de la inspiración (en la que no creía), Valéry trata el tema al que aludió aquella tarde. "A veces", nos dijo, "Dios dicta un verso al poeta, quien debe buscar por sí mismo los que faltan. Yo escribí *La pythie* en torno a un solo verso recibido de Dios:

...Pâle, profondément mordue...
[Pálida, profundamente mordida]

Otra tarde habló de lo difícil que es introducir en un poema un *periodo*, es decir, un pasaje de diez o doce versos sin interrupción alguna.

"Es raro dar con semejantes pasajes. ¡Qué oficio, qué poder se necesita para lograrlos!" Sacó luego, de entre los libros colocados sobre la repisa de la chimenea, un volumen de Racine. "Aquí hay uno", anunció. "¡Una auténtica hazaña!"; y lo abrió en la escena en que Ester, después de despedir a las jóvenes de su séquito, se arrodilla y pronuncia ante Dios la plegaria que empieza:

...O mon souverain Roi
me voici donc tremblante et seule devant toi,
[...Oh mi Rey soberano/ héme aquí temblorosa y sola en tu presencia]

y que incluye luego un largo periodo de diez versos, y leyó en voz alta:

Pour moi que tu retiens parmi ces infidèles,
Tu sais combien je hais leurs fêtes criminelles,
Et que je mets au rang des profanations
Leur table, leurs festins et leurs libations;
Que même cette pompe où je suis condamnée,
Ce bandeau dont il faut que je paraisse ornée
Dans ces jour solennels à l'orgueil dédiés,
Seule et dans le secret je le foule à mes pieds,
Qu'à ces vains ornements je préfère la cendre,
Et n'ai de goût qu'aux pleurs que tu me vois répandre.
[En cuanto a mí a quien tú entre infieles retienes,
sabes cómo detesto sus fiestas criminales
y sabes que contemplo como profanaciones
su mesa, su festines, sus libaciones, todo,
y que a todo, a este fausto al que estoy condenada
y a esta diadema, gala infligida a mi frente
en los solemnes días de tributo al orgullo
pero que pisoteo en secreto y a solas,
a estos vanos adornos, prefiero las cenizas
y sólo gozo el llanto que a tu vista derramo.]

Es imposible no escuchar un eco de este parlamento en la invocación a las estrellas de *La jeune parque*, un pasaje en que el propio Valéry intenta, y tal vez logra, lo que consideraba una rara y auténtica hazaña; un "periodo" en verso:

Tout-puissants étrangers, inévitables astres,
Qui daignez faire luire au lointain temporel
Je ne sais quoi de pur et de surnaturel;
Vous qui dans les mortels plongez jusques aux larmes
Ces souverains éclats, ces invisibles armes
Et les élancements de votre éternité,
Je suis seule avec vous, tremblante, ayant quitté
Ma couche; et sur l'écueil mordu par la merveille,
J'interroge mon coeur quelle douleur l'éveille,
Quel crime par moi-même ou sur moi consummé?...
...Ou si le mal me suit d'un songe refermé
Quand (au velours du souffle envolé l'or des lampes)
J'ai de mes bras épais environné mes tempes
Et longtemps de mon âme attendu les éclairs?
[Extranjeros tiránicos, inevitables astros
que os dignáis envolver lo temporal remoto
no sé en qué luces puras y sobrenaturales,
y en el mortal hundís, hasta arrancarle llanto,
los destellos supremos, las armas invencibles
y las palpitaciones de vuestra eternidad;
ante vosotros, trémula, fuera del lecho, sola,
pregunto en el escollo mordido por la fábula
qué punzante dolor mi corazón desvela,
qué crimen contra mí o por mí cometido...
... o si me sigue el mal de un clausurado sueño
cuando (al soplo de pluma, muerto el oro en la lámpara)
con mis grávidos brazos rodeándome las sienes
largamente del alma espero los relámpagos.]

Una vez, cuando le daba la bienvenida después de mucho tiempo de no verlo por casa, tomó mis manos y dejó un beso en cada una, en un gesto de encantadora cortesía. "Y bien... ¿no la asusta demasiado este monstruo?"

¿Monstruo! Sí... Pero nunca ha habido, que yo sepa, un monstruo tan extrañamente humano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Alberto Savinio

Icaro

Traducción de Alberto Ruy Sánchez

Recostados sobre la alfombra del salón de guardias, en la posición que usaban los escultores de la antigüedad para representar al padre Nilo, cuatro militares en mangas de camisa juegan a la baraja napolitana.

—¡Juego de copas! anuncia el soldado Dello Spasimoso Aniello, originario de Campanie, y bebe luego un poco de café con anís.

Cuatro chaquetas militares cuelgan de un muro decorado con frases que elogian a la diosa Venus: cuatro chaquetas alargadas, flácidas como la piel que el rey Astiago arrancó al apóstol Bartolomeo.

—¡Juego de oros! responde el soldado Tornaquinci Amos, de Etruria, mientras inhala profundamente un puro de braza muy encendida.

Una montaña de paquetes y de grandes panes cubiertos de harina en polvo yace al fondo sobre una estantería: como plantas exóticas colgantes, las cuerdas y correas que salen de las tablas altas se desenredan en el aire.

—¡Tercia! dice de pronto el soldado Pinco Arquímides, de Apuleia, antes de lanzar a tres metros un delgado hilo de saliva.

Afuera, el campo aéreo reposa en una paz meridiana.

El cabo Pavani Telésforo, de Lucania, toma del abanico de cartas en su mano la que va a jugar. La tuerce un poco con dos dedos y grita:

—¡Carta mayor!

Se dispone a agregar "más un Nápoles", cuando se escucha sorpresivamente un tiro de fusil.

Asombrados, los cuatro jugadores se miran a los ojos. Irrumpe en la pieza, armado hasta los dientes, pálido como un muerto, con la cartuchera y el casco temblorosos —una delgada espiral de humo sigue saliendo lentamente de su fusil— el soldado Pavolantonio Aligi, originario de Samnium, que estaba de guardia en los hangares.

—¿Quién disparó? le grita el cabo Pavani poniéndose de pie con energía.

—Es que... Un individuo... Desde allá arriba... Cayó del cielo..., decía tartamudeando en su dialecto el centinela.

—¿Estás loco?

—¡No... No... cabo, venga a ver!

¡Muy florida, esta primavera mortal! De tres en tres, bailan ligeros los avispones colorados sobre el ojo de una margarita. Por supuesto, parpadea la arena estéril bajo la luz corruptora. Y el círculo perfecto de la pista de aterrizaje está manchado en el centro por una sombra breve sobre la cual, aérea, una nube de polvo se disuelve lentamente en la brisa luminosa.

Pegado a esa sombra, el cuerpo desnudo de un hombre joven yace con la cabeza y el inicio de los hombros semihundidos en la arena: imagen fulminante del nadador en el momento del clavado, o de Lucifer rumbo a Judea. El cielo lo expulsó, la tierra no lo quiso.

—¿Quién está en servicio?

—Yo mi teniente, responde Pavani al oficial.

—¿Había algún avión volando?

—Ninguno mi teniente.

Investigación profunda, misterio impenetrable. De este muerto emana una fascinación que los soldados del aire, formando un círculo a su alrededor, experimentan con intensidad sin llegar a comprenderla.

Un hombre desnudo tiene siempre algo de podrido, de cadavérico: pero éste no. Su carne tiene la frescura, la humedad de la sombra: y sobre este cuerpo desconocido e infinitamente bello, sobre este cuerpo de otros tiempos, resplandece el recuerdo imborrable del sol.

Notificado por teléfono, el capitán Fogliacco, comandante del campo aéreo, acude. En su juventud, el capitán Fogliacco tomó cursos de cultura clásica. Se inclina sobre el cuerpo desnudo, examina las carnes puras, los pies perfectos, los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bíceps que bajo la piel dorada aún se tensan: toda una armonía antigua.

Y sin una sombra de duda declara:

—Es Icaro.

Respetuoso de la infalibilidad de su superior, Pavolantonio Aligi responde mientras hace el saludo militar:

—Sí, mi capitán.

En columna, los tranvías forman ya un convoy. Como rebaño, muchos automóviles y autobuses quedan inmovilizados a lo largo de las aceras. El cortejo avanza a paso lento. Al frente, la música de los carabineros. El comandante en jefe de la aviación, el ministro de guerra y las otras autoridades, en grupo, siguen el féretro.

De vez en cuando, al cielo cargado de nubes se eleva un quejido de trompetas y el llanto de los clarinetes.

—Yo no entiendo, dice el ministro de guerra, volar con alas de cera ahora que la aviación ha sido perfeccionada.

—Son tradicionalistas mi general, tradicionalistas.

Los caballos revestidos de negro le dan la razón agitando un penacho oscuro que les pusieron sobre la cabeza. Los ecos de la marcha fúnebre se pierden al final de la avenida. Un canto melancólico y doloroso se extiende en el cielo.

Al mismo tiempo, en Creta, desde el escarpado jardín de una casa al lado del mar, un hombre viejo de largas barbas blancas mira llegar las nubes, luego las ve alejarse y, entonces, llora desposeído de la más mínima esperanza.●

EL ADIOS DEL ARGONAUTA

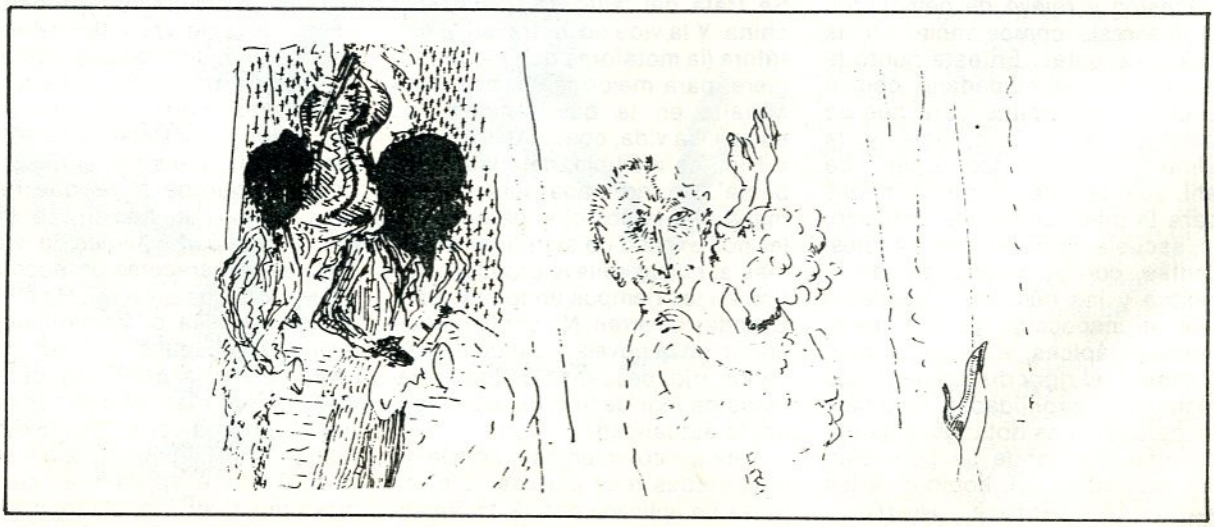
por Alberto Savinio

Tras los vitrales de la estación, bajo la sombra espesa y pesada del calor en las primeras horas de la tarde, veo los ojos irritados de mi hermano que se apresura entre esta multitud insensible a mi partida. Esta partida que, sin embargo, en el círculo cálido de nuestra afección, tiene la grandeza sombría de un acto fatal.

El golpe que conmociona todos mis órganos sensibles es un signo evidente de que el tren arranca. En lo alto, sobre un horizonte encendido, Ferrara ya sólo muestra sus campanarios, el grueso *campanile d'Ercole* y las torres cuadradas de su castillo rojo. A pesar de todo lo que ahora mi pensamiento tiene en común con las filosofías más escépticas, no logro vencer esta impresión desgarradora e indefinible que, en su partida, sacude al viajero en todos sus caminos. Las sombras del pragmatismo huyen de mi mente y me hundo en lo más profundo de los siglos, donde me encuentro de golpe en la situación del troglodita frente al fenómeno terrible o al destino oscuro. En lo más profundo de mis instintos mal curados de las teorías positivistas, siento renacer aquellas inquietudes primitivas que están en el origen de todas las supersticiones y busco ansiosamente, sobre el horizonte rojo de la ciudad, las ligeras ilusiones del astrónomo Bongiovanni. A lo lejos, las veo girar alegremente en la intensa luz solar: leo en ellas amables presagios sobre el incierto destino reservado a mi viaje más allá de los mares.

Con la seguridad que me dan esos indicios, rápidamente escalo los siglos por los que había descendido hace un momento y me instalo, de nuevo, bajo el sol de nuestra época llena de iluminaciones y conquistas. Mi buen humor regresa y, considerando que la zona de peligro ha sido superada, me inclino hacia el exterior para hacer hablar a los enigmáticos campanarios, puesto que ya no tengo razones de temerles. Pero al hacerlo, me doy cuenta de que Ferrara ya no está; y me despido: adiós, ciudad de la lujuria geométrica.

Fragmento del primer libro de Savinio, Hermaphrodito, *1919*.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LIBROS

UNA NOVELA CHINA

de César Aira

por Javier Vergara

Hacia el final de *Una novela china,* Lu Hsin, su protagonista, propone a un grupo de estudiantes una 'inversión' curiosa. Propone que la educación empiece en la universidad. Universidad para los párvulos de tres a cinco años, edades ideales para fomentar el desarrollo de los intereses subjetivos, la brusca adquisición de suntuosas y necias palabras especializadas, las reivindicaciones estudiantiles, la política en las aulas, etc. Entre los seis y los doce años, el Colegio Secundario (respeto las mayúsculas): enciclopedismo, exaltación del tedio (sucesión y relevo de demorados profesores), competencia en la busca de notas. En este punto la formación del ciudadano común puede interrumpirse para que se entregue a la burocracia y la idiotez de la sociedad. A partir de ahí, sólo las etapas programadas para la inteligencia y el esfuerzo: la escuela primaria para adolescentes, con el aprendizaje de la lengua y los números, la indagación e inspección de los materiales —lápices, escuadra, sacapuntas—, el rigor disciplinario, los recreos, las prolijidades; finalmente, para los más dotados, el jardín de Infantes, donde se potencian las aptitudes del hombre: artes —música, pintura, teatro—, juegos libres, socialización, y un mundo a la medida de la persona. No es que este programa improvisado de Lu Hsin —ardid un poco mecánico que delata su gusto por las paradojas— revele demasiado, contenga un calco por inversión, a los Swift, mediante el cual se salvaguarda la suspicacia de un crítico del 'aquí' en el que nos habituamos a vivir; o sí, o también. Sólo que el 'aquí' de *Una novela china* desdeña este y otros indicadores misericordiosos (aquí puede ser apenas el estrecho círculo en el que nos mordemos la lengua) para poner en práctica una astuta teoría del 'ningún lugar' en literatura. Se trata del 'allá' de una novela china. Y la vida no 'entra' en la metáfora (la metáfora adulona que sugiere, para mejor negar, esa Gran Muralla en la que también 'se entra'). La vida, como Lu Hsin dice a Hin, 'es múltiple, detallada, dispersa'. No, no, nada personal: un mapa que la posición perpendicular nos excusa de significar en demasía, no ese relieve orondo, práctico en los tiempos imaginarios de Grandes Guerras. No por lo menos ahora, en la novela, cuando el indicador, frío, descansa de los entreveros de (por decirlo de algún modo) la actualidad.

Y es así como en esta novela de magnitudes muy parejas, que impone un aplicado don de indiferencia, no sólo *no* ocurre lo que 'lo real maravilloso' exigiría (al fin de cuentas es una novela china) sino que ocurre lo que tiene que ocurrir. No todo, sin embargo, porque lo que tiene que ocurrir no deja de ocurrir sin un temblor, sin esa disminuida eficacia que revela lo estratégico del acontecimiento en relación a una serie —serie completa que las novelas locales, en general, obliteran—, con lo cual 'la música secundaria del té, la cita de un poema de Miss Moore, la visita de un vendedor de semillas o una distraída mención de Saint-Exupéry invaden casi imperceptiblemente la diurna espesura privada de la novela sin exponerse a ocupar el lugar vacante que el que escribe (conjugando sus intereses y la pericia más o menos frecuente de lectores 'avezados'), les concede. Porque conviene aclarar que esta novela que corre el riesgo de parecer aburrida a los que reclaman 'acción', abunda en acontecer-es, y que éstos tienen la virtud auxiliar de parecerse un poco a la señora Whu (de quien Lu Hsin ignora si es prolija o desprolija para averiguar después que no es ni una cosa ni la otra): hay charlas que permiten las inflexiones de la lluvia; hay una competencia de tés a la que Lu Hsin contribuye con un té azul; hay el rapto 'real' de una criatura de su fondo etnográfico; hay momentos de disuasión de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

verdad incontrovertible de los hechos (los caminantes que se confunden respectivamente con osos y la aparición final del oso al borde de la cuna de Hin); hay un amor de Chu En-Lai que se convierte en una de las aficiones de Lu Hsin, y una carta que tarda en ser respondida; hay una masacre de patos que sugestiona con la violencia acuciante de un fondo animado mientras la naturaleza sobreactúa el suspenso; hay un viaje en avión que vuelve a remitir a las aficiones obsesivas de Lu Hsin: el sedentario Kant y su Königsberg amenazada; hay una memorable visita a la Gran Muralla; hay dos o tres conversaciones con Hin que tratan de amor y de explosiones lentas de plantas y que a lo mejor nada dicen (porque lo dicho está, como en Jane Austen, disimulado y diseminado a lo largo de toda la novela).

Para aplacar esa imaginación, para mitigar y al mismo tiempo exaltar esos designios novelescos, el estilo de Aira condesciende a una especie de torpeza; y es que en esta escritura dandy el estilo aparece casi como una defección, una demora que nos obliga a hablar y hablar para volvernos más impresionistas e imprecisos. Además, cada una de esas circunstancias está apuntada directa o indirectamente por cierto tipo de 'reflexiones' incidentales, en la medida en que se neutralizan en su propia dualidad (una anécdota sobre la miopía de un general es una fábula acerca de los riesgos de demostrar inteligencia al poder a la vez que no deja de ser un ejemplo de la indemostrabilidad mecánida de la anécdota, casi un chiste) y constituyen *per se* un hilo conductor desligado de cualquier profesión de fe jerarquizada de antemano. Tal vez resulte también uno de los mayores méritos del 'estilo': cierta insuficiencia, cierta suspensión que dirime con gracia la proyección sentenciosa que el lenguaje impone, en pos de una cuantiosa y sobria calidad no conclusiva. En este caso, y con la arrogante modestia que involucra, la fragilidad e insuficiencia de la escritura rechazan lo literario para amenazar desde un ángulo repudiado unánimemente por los literatos. Lu Hsin llega a una comprobación después de ver el teatro del dragón; el director y los actores de la obra son verdaderos artistas: no les importa pasar por estúpidos.

Esta es otra de las cosas que la novela de Aira 'sabe': que las bromas, vuelos, chismes y chascos que la literatura difunde no decepcionan al lector; decepcionan al cómplice de la literatura, al oficiante y guardián de lo habitual novelero (o al que cuida sus notas: Colegio Secundario), al que computa las debilidades y desfallecere (de los que esta novela se nutre) como 'tomaduras de pelo', cuando es precisamente la terca tenuidad del registro de Aira una de las condiciones más constantes, serias y divertidas de la narrativa argentina. Esa cautela naif que podría asemejarse a 'lo inofensivo sigiloso' del artículo que Lu Hsin escribe —*La espera pueril*— no parece acarrear una traición oblicua a la hacendosa labor de la novelística actual sino ser su reverso (o anverso, quién sabe) directo, expuesto (y teorizado) con una destreza tan sutil como artera es la tesitura que simula ante nuestros oídos cuando éstos se obstinan en permanecer fieles a otros trinos.

'El respeto de las formas', se dice en la novela que decía Wen Tsi, 'no es tanto la conservación de lo mismo como la observancia del ritmo con que lo mismo adopta formas diversas. Ahí es donde ha fallado Chen a mi juicio: desde el momento en que alguien puede preguntarse, como lo venimos haciendo nosotros, si su estilo es real o sólo un espejismo, el artista como tal deja de existir para la historia de la etiqueta: no importa que la respuesta eventualmente le sea favorable'. Incluida por mero placer, no para facilitar homologaciones, la cita informa, tal vez, del lujo bien temperado de esta novela. Ya que es implausible, por lo demás, que los grandes coros significantes guíen o atenúen nuestro tránsito, el sentido entonces es susceptible de ser desviado en direcciones múltiples, de modo que el reverbero de tal o cual paradoja, o la posibilidad —defendida como tal— en la proyección extendida de una conjetura, empiecen a evaluarse de nuevo como signos mínimos e importantes, hábiles y fugaces grafías de la prolongación novelesca que conviene (porque la civil existencia de los lectores así lo designa) a la vida en China.

Luis Chitarroni

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ALAMBRES

de Néstor Perlongher

por Guillermo Saavedra

□ Ediciones Ultimo Reino, Buenos Aires, 1987.

Alambres es el segundo libro de Néstor Perlongher (argentino, nacido en 1949, residente en São Paulo, Brasil, desde hace algún tiempo). Cabalísticamente o no, aparece siete años después que su *opera prima, Austria-Hungría*, quebrando un silencio apenas interrumpido por ocasionales publicaciones en revistas literarias.

En este último libro, Perlongher retoma y lleva casi a la exasperación algunas de sus obsesiones. Historia, cuerpo y erotismo constituyen los puntos de una inflexión recurrente; una lengua se posa sobre ellos, con sus dos filos: para decirlos y para lamerlos.

La historia —Fructuoso Rivera, Rosas, Oribe, Echeverría, Lavalle, Camila O'Gorman— deviene aquí historia literaria, en una perversión o apropiación de voces: Saldías, Eduardo Gutiérrez, Echeverría; pero también, velada y a veces paródicamente, Mármol, Onetti, Puig, Lorca, incluso Cuzzani y Sabato, entre otros. En ese movimiento de la lengua, la historia, desmadrada de su cauce de bronces y perfiles de moneda, resulta erotizada. Pero *Alambres* parece especular en su inversión: el erotismo es también un hilo conductor que atraviesa el espesor, la carne de la historia, recorriendo hirsutos pajonales donde se agazapan cuerpos de caudillos en desgracia para llegar a la escatología tristemente plural de la última dictadura militar. La historia como un erotismo lenguaraz y frenético; el erotismo como una lectura de la historia; y, entre uno y otra, el cuerpo —palabra que ostenta aquí destellos barthesianos— pensado, respirado por mujeres, portador de una femineidad casi obsesiva.

Alambres es la historia del pudor de ese cuerpo. De tan declamada, esa corporeidad resulta sospechosa; o, por lo menos, paradójica: como un exhibicionismo del ocultamiento, el texto es un velador que cuida y encubre. El cuerpo de este libro realiza una expansión retórica, apela al barroco porque reconoce en éste una forma del recato. Atravesado de arcaísmos, expresiones del mundo rural y de la oralidad, rupturas gramaticales, asociaciones fónicas, retruécanos, palabras en portugués y neologismos, el cuerpo tiende a cubrirse; a veces, con un furor cercano a *En la masmédula*; otras, en una línea donde resuena la voz de Osvaldo Lamborghini; en muchos momentos, con una proliferación verbal que lo emparenta con Lezama Lima.

En cualquier caso, en *Alambres* se apuesta a la saturación: exuberante y jugoso, el texto exhibe un verdadero *vademecum* de marcas, emblemas, signos, consignas y versiones de una sexualidad dentro y fuera del poder, expuesta o no a la corrupción, que al extenderse tan desaforadamente opacan la posibilidad de una representación. Lo que se pone en juego es un dramatismo del lenguaje, una matidez con exceso de rebarbas que no pretende hacer revista sino revestimiento. De palabras, que invitan más a *lamer* —el texto despliega todo un paradigma de significaciones al respecto— que a hincar el diente o a penetrar la pulpa del poema. Las palabras se escurren, son cuerpecitos lábiles que, en secuencias recurrentes o inesperadas, orlan, bordan, zurcen, traman la frágil operación de ocultar ese cuerpo vocal, lingual, de un erotismo apócrifo. Porque no se trata de un *ars amandi*; no puede esperarse tal cosa de una retórica que echa mano a la multiplicación para sus veladuras, de un cuerpo que elige, para esconderse, la muchedumbre.

Curiosamente, algunas críticas aparecidas en distintos lugares señalan en *Alambres* una *pérdida del sentido,* o una tendencia a ello. Más allá de la impertinencia de imputar al lenguaje esa cualidad, cabría señalar un efecto de seducción inmediata del texto sobre ciertos lectores. Si uno queda adherido al nivel semántico de la palabra aislada, o de sintagmas más o menos aislados, puede llegar a extrañar —y aún ello es discutible— el sentido. Pero, tomando el texto como totalidad —esto es: en la memoria de una lectura que lo ha recorrido, que lo ha entrevisto como una casa puede verse a cierta distancia— es virtualmente inverosímil no encontrar sentidos a una escritura. Esto es así, semántica y geométricamente. A riesgo de convocar erróneamente al mester de los divanes, podría invertirse la fórmula de aquellas críticas, proponiendo otra comprobación: *Alambres* no como pérdida del sentido sino como *sentido de la pérdida.* Una nostalgia o una muerte invocadas, con la astucia del tero, poniendo el grito en otra parte.

En el barroquismo enclenque de estos versos —un barco o una roca construidos precariamente con alambres, es decir, con aleaciones frágiles y maleables— se esconde lo pudendo. Pero se esconde hacia afuera, extravertido, como una carta robada. En esa nave viajan, en cubierta, cadáveres, diversos trozos anatómicos, recortes de la historia fuera de contexto y multitud de formas femeninas rodeadas de elementos emblemáticos. Y viajan en *presente*, como si fuera un regalo del pasado cuya existencia tiende, tramposamente, a soslayarse.

Desmesurada, al filo de la sobreactuación y la más detestable de las imposturas, la palabra de *Alambres* viene, desnuda, a cubrirse en el poema. En el incierto juego de que no le importa lo que tanto le incumbe, en la falsa impunidad de su descomedido tono, ejerce una fascinación. Detrás, o entre los pliegues de su frenesí, están las pruebas de su indefensión, de su inocencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El testigo oculista

Tiempos de tribulación

A pesar de las crisis y los desacuerdos, revistas y libros despejan a los pesimistas (realistas, dice el adagio, que no se equivocan) del rezongo concéntrico. *La papirola*, que dirige el poeta (y valiente editor) Luis Bacigalupo, con un anticipo de la novela de Germán García y reportaje, artículos sobre Lovecraft, Vian y Leónidas Lamborghini, una extensa nota de Umberto Eco sobre los relatos de Borges y los excelentes poemas de Marcelo Di Marco (recuérdense en lugar de *Letradura* y *La traducción*) de Santa Fe, *Paradoxa*, con un segundo número un poco más pálido que el anterior. Los libros (que el tiempo, ladrón de espacios, permitirá leer) son la esperada novela *La rompiente,* de Reina Roffé, que Ricardo Zelarayán recomienda en esos lugares más aptos para el entusiasmo que las columnas revisteriles: las mesas de café: *La mujer ciega,* primera novela de Ramón Bell, publicada por Larumbe Editores (de Bell se recuerdan algunos relatos aparecidos en la revista Sitio); *Escrito en un reflejo*, de Hugo Mujica, de quien no basta leer este poema exiguo: "la tierra: una playa de cielo / pero sin cielo: un yermo / donde la vida amasa con mi vida su hostia / para un dios ya sin hambre"; *Lugares propios,* de Jorge García Sabal, próxima a veces a una lírica de reflexiones que administra con fruición sus resonancias. De él extraemos esta bella incertidumbre de Safo: "No sé qué hacer, tengo dos almas".

Un bosque de hombres y de ángeles

Emmanuel Swedenborg es uno de los *Representative Men* de Ralph Waldo Emerson; nacido en 1668, se distinguió en el sitio de Frederikshall (1718) por realizar una notable obra de ingeniería: transportó unos veinte kilómetros por tierra dos galeras, cinco barcas y una corbeta para el servicio del rey; aparte de eso, conversaba asiduamente con los ángeles. Los contertulios alados no impidieron que siguiera dedicándose a la ciencia; fueron, por lo demás, los que más rastros dejaron en su obra, instigadora de tantas visiones memorables de William Blake y, tal vez, de esa epístola de Henry James Senior a sus hijos en la que los precave acerca del bosque en el que el lobo aúlla y parlotea el obsceno pájaro de la noche. De Kant, Swedenborg y Borges se ocupa Hans Radermacher en un artículo de *Espacios,* revista cuyo comité de redacción está integrado por Gladys Palau, Alfredo Puciarelli y Jorge Dotti. Este último, además de haber traducido el artículo de Radermacher, es el interlocutor de Borges en una entrevista de 1984 a la que titula precisamente Sweden/Borges. El número está dedicado a Borges, pero dista mucho de ser un catálogo de devociones oportunistas. Incluye artículos (o pequeños ensayos) de Ana María Barrenechea, Beatriz Sarlo, Graciela Montaldo, Delfina Muschietti, Sergio Chejfec, Ricardo Piglia, Juan José Saer y otros. Por su afectuosa distancia, *Recordación* de Sergio Chejfec consigue establecer una amistad que al autor de Ficciones le habría gustado. Chejfec, novelista inédito aún, ha escrito un libro que trabaja con el mismo fervor la memoria de un hombre, la de una lengua y la de un tiempo jalonado de intrusiones no menos memoriosas. *Lenta biografía* se llama el libro, y esperamos no tener que esperar mucho tiempo para verlo publicado. Menos emocionales, *las aproximaciones de Saer y Piglia* no carecen de interés a pesar de ciertos ripios. 'Después de *Bouvard et Pécuchet*', concluye el primero, 'la narración ha dejado de ser novelesca. Si las novelas del siglo XX no son novelescas, y si Borges no ha escrito novelas, es porque Borges piensa, y toda su obra lo demuestra, que la única manera para un escritor del siglo XX de ser novelista, es no escribiendo novelas'.

Angelus Novus

Podríamos, ya que de Borges y de ángeles hablamos, acordarnos de uno de estos últimos invirtiendo una fórmula (de Hudson) que citaba el primero. La vida de Walter Benjamín tal vez haya sido, entre otras cosas, una felicidad interrumpida por el estudio de la metafísica. Para Gershom Scholem, estudioso de la cábala y amigo de Benjamín durante muchos años, es una pasión en la que los lectores descubren, como en las partidas de ajedrez que ambos jugaban, que siempre es el turno del otro. Es decir, de Benjamín. Porque ese amigo que ni aun en el disentimiento se convierte en contrincante, que lo desconcierta con series de manías microscópicas, supersticioso de secretos e intérprete de una alegría a la que complace adoptar seudónimos, ese delicado y poderoso cómplice de la juventud es la clave de una conspiración inextinguible, un fantasma recorrido por Europa que, diverso de sí mismo, da vuelta la cabeza y ve con exactitud la historia, el mundo. Benjamín ante una vidriera de juguetes en Moscú o frente a una caligrafía que le hace decir 'honesto hasta la estupidez' es el renovado ángel de una revuelta intelectual a veces ni siquiera sospechada. *Walter Benjamín: Historia de una amistad,* es un libro que nos ausenta por completo de las intrigas cotidianas, nos absorbe. Ahora el turno es nuestro: el contrincante (la distracción) se ha convertido en enemigo. Leer no es enfrentarse a un rostro; es, como Benjamín y Scholem sabían —como supo Borges—, trazar ese laberinto de líneas que será, al fin, el nuestro.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MALVINAS: ARGENTINA Y GRAN BRETAÑA DESPUES DE LA GUERRA

por Ricardo Nudelman

Definiciones de política exterior del nuevo gobierno argentino

Una política exterior independiente sólo puede ser trazada en la Argentina por un gobierno democráticamente elegido. Esto debería ser una verdad de Perogrullo. Sin embargo, la existencia de gobiernos autoritarios en el país, detentadores del poder durante largos años, no puede explicar por sí sola la errática política exterior argentina. Esos gobiernos autoritarios fueron producto, entre otras razones, de la conformación y la estructura de la propia sociedad argentina, de la debilidad de su sociedad civil y de sus formaciones políticas, de la mala articulación de éstas con la política y, dentro de ella, con la política exterior. La consolidación del sistema político y de un gobierno democrático y estable garantizan la recomposición de la sociedad, de su relación con esa política y de su previsibilidad en materia exterior. La relación entre democracia y política exterior se muestra, así, estrecha e indisoluble.

Desde la instalación del gobierno democrático en diciembre de 1983, su política exterior ha cumplido uno de los pre-requisitos de su pertenencia a una comunidad internacional civilizada: su previsibilidad. Entre los principales objetivos trazados por el flamante gobierno se destacaron tres: la solución de la disputa con Chile en torno del Canal de Beagle la cuestión de la deuda externa y el conflicto sobre las Islas Malvinas.

Respecto de las Malvinas, el canciller argentino, Dante Caputo, sintetizó la posición oficial en una reciente conferencia[1]: "Nosotros no hemos cejado un solo instante de producir la reivindicación soberana de las islas, al mismo tiempo que señalamos nuestra profunda convicción de que esa reivindicación debía ejercitarse exclusivamente por la vía diplomática y con métodos pacíficos. Nos enfrentamos a la cuadratura del círculo. El gobierno británico dice lo que dice, que no se va a sentar a negociar si el tema soberanía está incluido en la agenda de discusión. Los argentinos decimos que es obvio que no vamos a sentarnos a negociar si el tema se excluye de la agenda de negociaciones [...]. Nuestra mejor estrategia consiste en mantener vivo el tema internacionalmente, en señalar tanto hacia adentro de la opinión del pueblo británico como a la comunidad internacional la razón y el derecho que le cabe a la Argentina y la intransigencia del actual gobierno del Reino Unido".

Como quedó dicho, la previsibilidad y la exposición pública y abierta de los objetivos de política exterior fueron marcando las acciones del gobierno argentino. Obviamente, el presidente, Raúl Alfonsín, trató de dar rápido fin a la disputa sobre el Beagle con Chile de manera de tener las manos libres para el tratamiento del tema Malvinas. Datos sobre la presunta colaboración de Chile con Gran Bretaña durante la guerra aconsejaban tener las espaldas cubiertas para neutralizar un posible aliado británco en el futuro.[2].

Los acuerdo de integración y complementación económica con Brasil, firmados recientemente, abren nuevas perspectivas para ambas naciones[3], a la vez que aseguran una mayor capacidad de movimiento para la diplomacia argentina en el ámbito latinoamericano. Esto se reflejó en la actividad y las votaciones del bloque latinoamericano en las últimas Asambleas Generales de la ONU.

Ni las conversaciones anglo-argentinas que fracasaron en Berna en julio de 1984, ni las resoluciones adoptadas por las últimas Asambleas Generales de la ONU,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en las que se recomendó reiniciar las conversaciones bilaterales, fueron motivo suficiente para corregir el rumbo de la diplomacia del Reino Unido, que no se cansa de repetir que no discutirá el tema de la soberanía de las islas.

Si efectivamente Malvinas se ha convertido en una base estratégica al servicio de la OTAN (como afirmo más adelante), además de punto de apoyo para la proyección de los intereses británicos en la Antártida, es posible predecir que el estancamiento se mantendrá. Solamente ciertos acontecimientos externos pueden concurrir a una modificación de esta situación de estancamiento:

a) El triunfo en las recientes elecciones de Margaret Tatcher, que accedió a un tercer mandato, hecho insólito en un país que hace de la reiteración una virtud.

b) El agravamiento del conflicto como consecuencia de choques armados en la zona de exclusión o en la zona económica exclusiva, sea entre los actores principales, Gran Bretaña y Argentina, o con un actor externo, como la URSS, Bulgaria, etcétera.

c) La intromisión de fuerzas aéreas o navales argentinas, violando las estrictas directivas del gobierno de Alfonsín, que ha reiterado que la solución deberá ser buscada por métodos pacíficos[4].

Nadie duda de que existen contactos reservados entre los gobiernos argentino y británico, reserva más que aconsejable en casos semejantes. Y que estos contactos sólo pueden despertar encono en los sectores más retrógrados de ambos países. Pero nadie duda, tampoco, de que los frutos deberán madurar todavía largo tiempo.

Intentos y fracasos en la negociación

Desde 1983 las negociaciones intentaron desenvolverse a través del ejercicio abierto de una diplomacia basada en los principios esbozados en el programa de gobierno presentado durante la campaña electoral, y que describimos en el párrafo anterior.

La intransigencia británica impidió que las negociaciones progresaran en el seno de los organismos internacionales y regionales (ONU, OEA, etc.) o por mediadores amigables (el Secretario General de la ONU, algunos emisarios del gobierno norteamericano, etc.). Un intento serio fue el que se realizó en la ciudad de Berna, en julio de 1984, pero en el que finalmente nada pudo conseguirse porque los ingleses volvieron a negarse a discutir una agenda abierta.

Todo pareció perdido hasta que Argentina anunció la firma de los convenios pesqueros con la URSS y Bulgaria. La respuesta del Reino Unido fue el establecimiento de una "zona económica exclusiva" de 150 millas alrededor de las islas, que impiden la explotación pesquera a todo buque que no requiera el permiso de pesca correspondiente ante las autoridades británicas. El temor argentino de verse comprometido en un nuevo conflicto que incluya a terceros países lo llevó a proponer, en noviembre de 1986, el cese de las hostilidades a cambio del levantamiento de la zona de exclusión, aunque hasta el presente los resultados han sido negativos.

Desde que el Reino Unido estableció la zona de conservación pudo percibirse que las posibilidades de desencadenamiento de un conflicto se acrecentaban no solamente entre argentinos y británicos o de Argentina con otro país que hubiera solicitado el permiso de pesca a las autoridades inglesas: también por la posibilidad de un conflicto que incluyera naves británicas y soviéticas. Esta posibilidad debería abrir las puertas a nuevas y urgentes fórmulas de arreglo, porque tanto Argentina como Gran Bretaña parecen no poder salir ya del esquema en el que el asunto de la soberanía sobre las islas se ha convertido en un tema cuya presencia o ausencia condiciona el resto de las conversaciones. En el sentido de encontrar nuevas fórmulas, el Departamento de Estado norteamericano planteó en una oportunidad negociar el tema de las pesquerías en el marco del acuerdo de conservación de especies vivas, que es un subproducto del Tratado Antártico, y si bien esta propuesta fue considerada por la cancillería argentina como inaceptable, porque colocaría al país en una posición más desfavorable, por lo menos fue un intento de salir de la parálisis actual.

Otra posibilidad es la que presentó un legislador argentino, que solicitó al gobierno la gestión ante la ONU del cumplimiento de la resolución N° 1514 de 1960. En ella, Gran Bretaña se comprometió a descolonizar una serie de territorios, incluyendo por propia voluntad el de Malvinas, aunque sin fijar fecha para ello. La intención argentina sería, entonces, que el organismo internacional fije una fecha concreta para que este procedimiento de descolonización se cumpla, lo que presentaría una nueva situación en el conflicto.

Como dije, aunque las negociaciones entre Argentina y Gran Bretaña parecen inexistentes, es frecuente la aparición de trascendidos periodísticos en la capital argentina que anuncian conversaciones entre ambos, o con terceros países interesados en acercar alguna propuesta de mediación.

Nada hace suponer que el conflicto se agudice, así como tampoco que se resuelva en el corto plazo. Las razones que exponemos en los párrafos siguientes son causa suficiente para esta afirmación. Pero esto no debe ser entendido como que las negociaciones no continuarán en distintos ámbitos, con retrocesos y avances en ciertos puntos que finalmente decidirán el resultado de las mismas.

Malvinas en el contexto de la lucha por la hegemonía mundial

La lucha entre las dos superpotencias y sus bloques militares por la hegemonía mundial tiene como escenario la totalidad del planeta. Pero las distintas batallas de esa confrontación no se producen en todos los frentes con igual intensidad, y la intervención de factores externos a la política de ambos bloques —como son, por ejemplo, los países de las regiones que involucra— desdibujan a veces el enfrentamiento.

El Atlántico sur no constituye uno de los lugares "calientes" del conflicto estratégico, aun cuando significa un área cuya importancia se vio acrecentada en años recientes. Los Estados Unidos continúan siendo la potencia hegemónica en la región, y la URSS —después de la estabilización del régimen cubano— no intenta cuestionar el *statu quo*, aunque su política está dirigida a lograr desestabilizaciones tácticas en forma permanente.

Pese a ello, los cambios ocurridos en el mapa estratégico han

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

producido ciertas modificaciones cuya importancia quiero comentar brevemente.

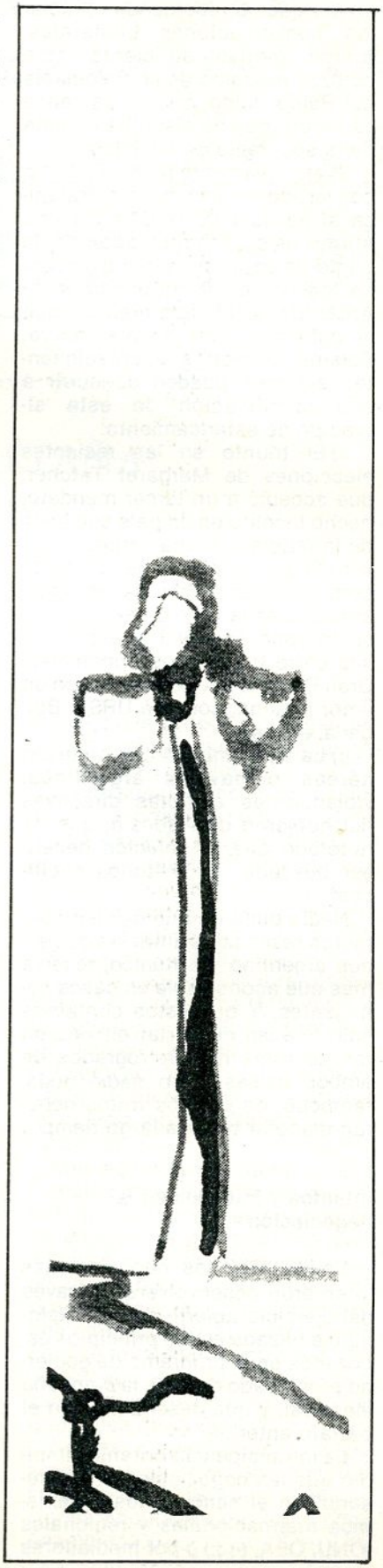
Hasta la década de 1970 la URSS no estuvo en condiciones de competir con los Estados Unidos en términos globales. Pese a las profecías que el entonces *premier* Nikita Jruschev lanzó en el XXI Congreso del PCUS en 1961, sus expectativas se vieron aparentemente demoradas. El creyó que el socialismo triunfaría inevitablemente en todo el mundo sobre el capitalismo: eso sería evidente dentro de los diez años siguientes, cuando el producto industrial de la URSS creciera en un 250% superando al de los norteamericanos; y más aún durante los diez años que seguirían a los primeros diez, donde el incremento sería del 500%, lo que acrecentaría la brecha entre ambos países. Prometía, además, superar el producto agrícola por habitante de los Estados Unidos, y acarició el sueño de que cada familia soviética accedería a "un confortable departamento" dentro de esas dos décadas. Nada de eso se cumplió, pero las ingentes inversiones en el desarrollo del potencial militar le permitió desafiar a los Estados Unidos en otro terreno, el de la dominación militar del mundo, por lo que hubo que poner a un lado, junto con el eufórico Jruschev, el sueño del departamento confortable y del mejoramiento del rendimiento agrícola. Su poder militar le permitió trazar objetivos de política exterior, y se apoyó, en lo fundamental, en el desarrollo de su flota naval y en el de su capacidad de transporte aéreo estratégico.

Desde entonces, la URSS se convirtió en una superpotencia en condiciones de disputar la hegemonía mundial con los Estados Unidos. Y su estrategia, y también su doctrina militar, sufrieron modificaciones de importancia que se reflejan en sus movimientos políticos en distintas partes del mundo. En general, puede afirmarse que la inercia de su política de superpotencia y de poder global lleva inevitablemente a la URSS —igual que lo que sucede con EE.UU.— a intervenir cada vez más activamente en los conflictos mundiales, en particular en el Tercer Mundo. Esta premisa tiene como consecuencia natural los nuevos requerimientos de armamentos planeados por la URSS en las últimas décadas y para el futuro inmediato (aviación estratégica, portaaviones, aerotransporte de gran capacidad) así como la urgencia por contar con facilidades navales, aéreas y terrestres en lugares próximos a las zonas de conflicto potenciales.

A pesar del enorme avance tecnológico que esforzadamente aplicó la URSS al desarrollo de sus fuerzas armadas, su retraso en muchas áreas de su economía se mantiene, especialmente en lo referente a su producción agraria y a la calidad de sus productos industriales no militares. En este sentido, Brezhnev convirtió a la URSS en una superpotencia, aunque no pudo hacer que el sistema soviético funcionara armónicamente. Siempre he creído que si la URSS no tuviera armas nucleares y los medios para transportarlas, no sería una superpotencia. Es, como la designa Paul Dibb en un trabajo reciente, "una superpotencia incompleta".[5]

En pocos años la flota naval soviética se ha multiplicado hasta convertirse en la segunda más poderosa del mundo, con un total de 1.500 buques de distinto tipo, apoyados por 1.500 aviones de su fuerza aeronaval. Su ejército submarino es el primero del mundo, con 371 unidades, de las cuales 121 son de propulsión nuclear. Aunque este poderío fue logrado a velocidad inigualable, todavía no pudo alterar el hecho de que sus fuerzas carecen aún de fácil acceso a los océanos de aguas cálidas. Esta condición coloca a la URSS frente a una difícil situación: pese a disponer de buques y armas suficientes como para amenazar potencialmente todos los puntos estratégicos de su enemigo, en su ruta hacia el mar sus naves deben atravesar los mismos cuellos de botella que siempre limitaron el poder naval ruso, desde los tiempos de Pedro el Grande.

La construcción de una flota semejante no tiene, a mi entender, fines defensivos exclusivamente, sino que responde a su aspiración de dominación mundial, para lo cual debe ir extendiendo progresivamente sus esferas de influencia[6]. Uno de los puntos estratégicos que habrá de tener importancia creciente para la URSS en los próximos años será indudablemente, el Atlántico sur. Una señal de ello fue su asentamiento en los puertos de Angola.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Durante la ofensiva de 1975/6 desarrollada por el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), los soviéticos, junto con los cubanos y otros miembros del Pacto de Varsovia, aportaron el armamento y equipo, además de asesores, que ayudaron a su instalación en el poder. Después del triunfo, los líderes del MPLA firmaron con la URSS un pacto de amistad y cooperación que llamó a la "cooperación en la esfera militar", sobre la base de "acuerdos que fueron incluidos entre ellos", y que no fueron publicados. Esta "cooperación" incluyó el acceso soviético a los aeropuertos de Luanda con el propósito de realizar desde allí vuelos de reconocimiento sobre el Atlántico, y la visita de buques soviéticos a los puertos de Angola[7].

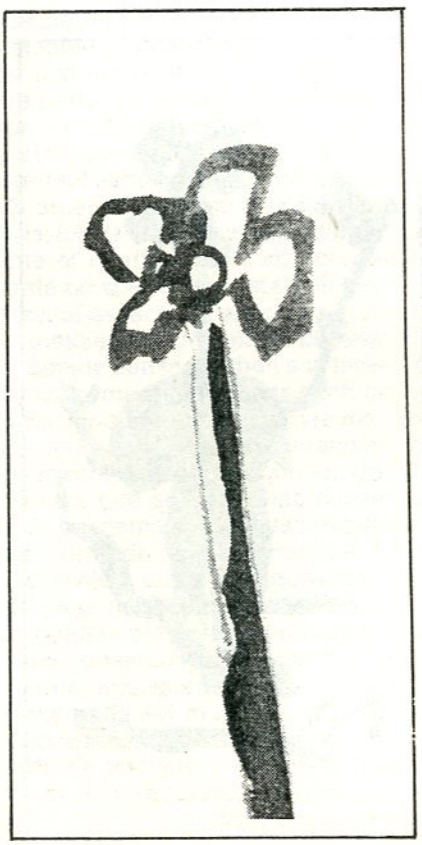
El acceso al espacio aéreo y a los puertos angoleños extendió, en términos estratégicos globales, el alcance de la fuerza aérea y de la armada soviética al Atlántico sur. Luanda, base primaria de logística y abastecimiento, se convirtió en la sede del escuadrón naval soviético en el Atlántico occidental. Los puertos de Lobito y Moçamedes serían los puntos de apoyo de estas unidades[8]. La misión de estas fuerzas es la de mantener una presencia en la zona, además de estar listas para una demostración de fuerza en contingencias de conflicto. Dadas las misiones de la marina soviética en caso de guerra, el escuadrón soviético servirá para la interdicción de las líneas de comunicación, además de ser utilizadas en tareas de inteligencia y recolección de información en ciertos casos. Así, durante la guerra de Malvinas, aviones soviéticos TU-95 Bear, que tienen un alcance de 7.800 millas, con base en el aeropuerto militar de Luanda, vigilaron el camino de la "task force" británica hacia la base de la isla de Ascensión.

Las facilidades logradas por los soviéticos en Luanda, así como las que poseen en Conakry (República de Guinea) les permiten establecer una línea de vigilancia e información entre la costa occidental africana y los puertos de Cuba, y una presencia efectiva y vigorosa en el Atlántico. "La URSS tiene hoy las fuerzas navales y las bases operativas para interceptar cualquier ruta de navegación en los océanos Atlántico norte y sur, de igual manera que las del Mar Caribe", como sostuvo Robert Hanks.[9]

Malvinas: base militar estratégica de la OTAN

Finalizado el conflicto, Gran Bretaña fortificó las islas y comenzó la construcción de un aeropuerto para aviones de gran porte. Cuatrocientos trabajadores y técnicos llevados especialmente a Malvinas comenzaron de inmediato la tarea de preparación de la construcción, que se decidió que fuera instalada en Mount Pleasant, entre Port Stanley y Goose Green. El costo de la obra fue programado en 215 millones de libras esterlinas, pero a mediados de 1985 el presupuesto se había extendido hasta los 386 millones. Se proyectó la construcción de dos pistas: la más importante servirá para la operación de aviones de fuselaje ancho, como el Tristar, mientras que la otra será auxiliar, con lo que se logrará que la Real Fuerza Aérea pueda operar el aeropuerto bajo cualquier condición meteorológica.

La guarnición destinada a la base se mantiene en alrededor de cuatro o cinco mil hombres, aunque el secretario de la Defensa británico, George Younger, declaró durante una reciente visita a las islas que los efectivos serían reducidos hasta la mitad.



El reforzamiento del equipo introducido en las islas después de 1982 incluye una estación con cuatro sistemas de radar, dos de los cuales son Plessey AR-3D, sistemas de defensa antiaérea y equipos de telecomunicaciones. No puede establecerse con precisión el armamento destinado a la base, pero informaciones de prensa indicaron que se hallaban estacionados allí 9 aviones Phantom, 8 Harrier, varios Hércules, helicópteros Chinook y sistemas de misiles tierra-aire Rapier. Habría, además, una dotación permanente de un submarino nuclear, 2 destructores y varias fragatas, junto con varios buques auxiliares.

Es posible que con la terminación del aeropuerto, que permitirá reforzar la guarnición en un plazo no mayor de 18 horas, varios de los buques destinados a las islas, así como aviones y personal, puedan ser devueltos a sus bases de origen, permitiendo aliviar la muy sensibilizada presión presupuestaria militar inglesa. Confirmando esta impresión, hace muy poco tiempo un experto inglés en cuestiones militares, Paul Rodgers, catedrático de la Universidad de Bradford, aseguró que sólo quedarán en la base 3 helicópteros Chinook, 4 interceptores Phantom y algunos aviones Hércules para vuelos de reconocimiento, además de una fragata.

Obviamente, una base militar se convierte en estratégica no solamente por el tipo de armamentos que se estacionan en ella, sino también por los propósitos y objetivos para los cuales es instalada[10]. En ese sentido, la construcción de un aeropuerto con capacidad operativa para aviones de fuselaje ancho y de gran autonomía con capacidad para transportar armas nucleares, así como la presencia de submarinos nucleares en su puerto, no son precisamente para contrarrestar un improbable ataque de las fuerzas armadas argentinas. La base de Malvinas, junto con la de la isla Ascensión en el Atlántico y la de Diego García en el Indico, forman un poderoso triángulo para controlar las aguas del pasaje de Drake, y para mantener

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

abierto el tránsito de buques entre el Indico y el Atlántico sur.

Como he señalado antes, no es posible asegurar la presencia de submarinos nucleares en Malvinas ni en el Atlántico sur porque Gran Bretaña, como cualquiera de las otras potencias nucleares, no revela la ubicación de sus armas estratégicas. Durante el conflicto bélico fueron muchas las denuncias de la presencia de estas naves en aguas cercanas al teatro de guerra, y hasta se afirmó que los torpedos que hundieron trágicamente al crucero argentino *General Belgrano* provenían de uno de ellos. Aunque esto no se confirmó, por lo menos la cautela que demostró la armada argentina durante la guerra, que guardó su flota en puertos seguros, se debió seguramente al temor que le inspiraba la presencia de submarinos nucleares contra los que no tenía defensa alguna[11]. En todo caso, la Argentina se valió de la supuesta presencia de submarinos nucleares para denunciar la violación del Tratado del Tlatelolco de 1967 que prohíbe la introducción de armas nucleares en el territorio latinoamericano. Si bien la Argentina firmó ese tratado, no lo ratificó, en tanto que Gran Bretaña, al no ser un Estado latinoamericano, no podía formar parte de él. Sin embargo, Gran Bretaña se comprometió a aplicar el tratado, de acuerdo a su protocolo I, en los territorios en los que *de jure* o *de facto* es internacionalmente responsable, como sucede en el caso de Malvinas. Por lo tanto, si los buques ingleses llevaban armas nucleares violaban el tratado y era claro que los barcos que componían la escuadra británica, y que habitualmente estaban asignados a tareas de la OTAN, transportaban como cosa de rutina cargas nucleares de profundidad que no pudieron tener tiempo para ser descargadas o retiradas. Si el *Sheffield* estaba en esas condiciones cuando fue hundido por los misiles *Exocet* disparados por la aviación naval argentina, las cargas se hundieron con él. Gran Bretaña se rehusó siempre a confirmar o negar la presencia de armas nucleares en la región, pero declaró que nunca había sucedido ningún accidente que incluyera un arma nuclear inglesa "que determinara su pérdida o la dispersión de contaminación radiactiva". Esta declaración solamente negaba el hundimiento denunciado o el daño a un arma nuclear, más que la presencia misma de dichas armas en la zona de conflicto.

Sintetizando: la construcción del aeropuerto, el mejoramiento de sus defensas, así como las instalaciones de equipos de radar y telecomunicaciones parecen dar pruebas suficientes de las intenciones de Gran Bretaña, no desmentidas, de transformar a las Malvinas en una base estratégica al servicio de la OTAN para la vigilancia y control del Atlántico sur y el pasaje de Drake. Las consecuencias que derivarán de la presencia de armas nucleares en la zona, violatoria de tratados vigentes y aceptados por Gran Bretaña, y EE.UU., así como para las futuras decisiones sobre el Tratado Antártico, deberán tomar en cuenta estos elementos.

El tema económico en la disputa por las Malvinas

Además de las consideraciones de índole estratégica que mantienen vigente —y lo seguirán haciendo por largo tiempo— el conflicto por las Malvinas, no escapa a nadie que en él intervienen consideraciones de índole económica, de las que haré un rápido señalamiento de las más trascendentes, con las novedades producidas en este aspecto desde la finalización de la guerra.

Las perforaciones realizadas por la Argentina en la cuenca de Magallanes han logrado buen éxito, aunque las perspectivas más interesantes, según lo que indican las prospecciones sismológicas, están en la cuenca de las Malvinas, por lo que la soberanía sobre ellas asegura al poseedor un promisorio futuro energético[12].

La confirmación de la riqueza petrolera en el área se agrega al avance producido durante este tiempo en la investigación y desarrollo de procedimientos rentables para la explotación del krill, un crustáceo de inigualada capacidad nutritiva, que resolvería la alimentación futura de un mundo en crisis alimentaria.

Los resultados de investigaciones recientes confirman estas apreciaciones: "El equipo científico del *Glomar Explorer* (fletado por la CIA) descubrió que dentro de las 200 millas que circundan las Malvinas hay por lo menos nueve veces más petróleo que en el Mar del Norte. Los británicos publicaron asimismo el Informe Shakleton, cuyas 450 páginas agregaron el interés más justificado por la riqueza en alimentos de la región. Dice el informe, entre otras cosas, que una variedad, el romero azul, podría igualar a la pesca actual que los británicos cosechan en el Mar del Norte y en el Atlántico norte, y el krill antártico podría permitir la recolección de 75 millones de toneladas en el área"[13]. Además, existe una fabulosa riqueza en nódulos minerales, capaces de sustituir con ventaja a los yacimientos terrestres cuando éstos empiecen a dar signos de agotamiento y ya no sean rentables desde el punto de vista de los costos.

La pesca de diversas variedades en la región, si se detiene la salvaje depredación que actualmente realizan flotas pesqueras de distintos países, aseguran una fuente importante para la alimentación nacional, así como para la exportación.

A finales de 1986, el Congreso argentino aprobó los convenios de pesca que el gobierno había negociado con la URSS y Bulgaria. La reacción de Gran Bretaña fue im-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

poner una zona "económica exclusiva" de 150 millas alrededor de las islas, vigente a partir del 1° de febrero de 1987. Fundamentó esta resolución en el hecho de que la Argentina se había negado en 1985 a acordar medidas multilaterales de conservación de la riqueza ictícola en el marco de la FAO. Si bien el argumento es cierto, cualquiera podía darse cuenta de que si la Argentina no hubiera rehusado estaría reconociendo, de hecho, que Gran Bretaña es un Estado ribereño, con soberanía sobre las islas, como lo señaló recientemente el Secretario de Relaciones Exteriores argentino, Jorge Sabato.

Algunos analistas opinan que la firma de los acuerdos pesqueros fue una medida apresurada del gobierno argentino[14], bien aprovechada por la diplomacia británica para endurecer la situación y que le valió algunas críticas al canciller argentino. Pese a ello, hay algunas cosas que no pueden discutirse: por un lado, puede disentirse con la oportunidad de la firma de los convenios pesqueros, pero no del derecho soberano de la Argentina de hacerlo; por otro lado, los empresarios pesqueros argentinos coinciden con las autoridades en la materia en que los convenios reactivarán la alicaída industria pesquera nacional, exigirá la ampliación de algunas fábricas y abrirá la oportunidad de mayor empleo en el sector. Finalmente, a través de esta expansión podrá pensarse en ampliar la exportación del producto, siguiendo la pauta que marca Brasil, que ya se interesó en la compra de pescado congelado.

Los tratados que la Argentina firmó con la URSS y Bulgaria incorporan algunas cláusulas novedosas en relación a otros similares:

1) La Argentina permitirá que buques soviéticos y búlgaros ingresen en su zona económica exclusiva al sur del paralelo 46 para pescar "una parte del excedente de la captura permisible". Esta "captura permisible" será fijada anualmente por las autoridades argentinas, que también dictaminarán sobre las áreas, períodos y cantidades de buques.

2) La URSS y Bulgaria se beneficiarán con facilidades portuarias a los fines de cambios de tripulación, reparaciones y avituallamientos.

3) Las empresas pesqueras de la URSS y Bulgaria comprarán productos pesqueros locales por una cantidad equivalente al 30% de las capturas que realicen (que significarán unas 94.000 toneladas).

4) El 10% de las tripulaciones de los barcos extranjeros será de nacionalidad argentina.

5) Funcionarios locales podrán examinar los buques para comprobar el cumplimiento de los convenios.

Obviamente, la controversia en torno de estos tratados va más allá del mero hecho económico, y tiene consecuencias en los terrenos militar y estratégico. Ciertos personajes, algunos de los cuales en su momento estuvieron al servicio de la dictadura militar, recordaron que los pesqueros soviéticos, además de su misión específica, han servido durante muchos años para recoger información que la inteligencia soviética aprovechó para ampliar su conocimiento de zonas en las que su flota naval no llegaba con regularidad[15]. No es extraño encontrar denuncias sobre el equipamiento electrónico y de comunicaciones con el que muchos de los buques-factoría rusos aparecen, excediendo el equipo necesario para la detención de cardúmenes y aparentemente tratando de localizar otra especie de habitantes del mundo submarino, éstos armados de misiles con cabezas nucleares. Por otra parte, se cuenta con información fidedigna sobre el aporte —relativo— que los soviéticos habrían hecho a las fuerzas armadas argentinas sobre la ubicación de la fuerza de tareas inglesa durante el conflicto de 1982, proveniente no sólo de los satélites lanzados al espacio en esos días[16], sino también de inocentes buques pesqueros que realizaban sus tareas muy cerca de la zona de conflicto. En 1983, con motivo de las maniobras aeronavales simultáneas soviéticas en todo el mundo, las primeras que se realizaban desde 1975, se demostró la disponibilidad militar de los efectivos marítimos civiles, cuando buques pesqueros y mercantes se incorporaron a las operaciones militares en calidad de auxiliares[17].

La flota pesquera soviética es la más grande del mundo, con unos 4.000 barcos transatlánticos. Su grado de eficiencia y la capacitación de sus tripulantes es reconocida en todo el mundo. La conveniencia y el derecho de firmar los tratados de pesca que comentamos no son puestos aquí en duda, bajo ningún punto de vista. Pero creo necesario apuntar también estos otros aspectos, de manera de sentar claramente que un país soberano puede, según entiendo, realizar convenios de cualquier índole en su propio beneficio, teniendo en cuenta también que el trato se realiza con quien desea la hegemonía del mundo y cuyos actos, por tanto, nunca dejan de tener un aspecto político y militar que debe ser considerado.

Claro está, la vigencia de los convenios se ha convertido en un problema que ha pasado al plano político. Si bien los ingleses han difundido que las autoridades británicas en Malvinas han concedido permisos de pesca a una cantidad de empresas de distintas naciones, la Argentina argumenta que se trata de empresas privadas y no de Estados, lo que no pone en cuestión el tema de la soberanía sobre las islas y sus riquezas. Es difícil que algún Estado realice esa solicitud, mucho menos después del resultado de las últimas votaciones en Naciones Unidas, pero de cualquier manera es un tema que pone a prueba la capacidad de negociación de ambas cancillerías.

Antes de la entrada en vigencia de la "zona económica exclusiva" de los ingleses, había en esas aguas unos 300 pesqueros operando. Entre ellos, unos 60 o 70 de bandera argentina, en general pequeños buques. Un órgano de prensa de la industria pesquera británica, el *Fishing News,* citado por un medio periodístico argentino, informó que las licencias concedidas por los británicos fueron para empresas españolas, taiwanesas y polacas, además de las propias inglesas. El número de licencias alcanzaba en febrero las 215.

La intervención de EE.UU. y su insistencia en que la Argentina y Gran Bretaña reanuden las conversaciones, incrementada en el último tiempo luego de la firma de los convenios y de la vigencia de la zona exclusiva, tal vez tenga menos que ver con un intento de impedir roces entre argentinos y británicos, como los que pudieran producirse entre el Reino Unido y la URSS, dado que a EE.UU. nada puede resultarle menos oportuno

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

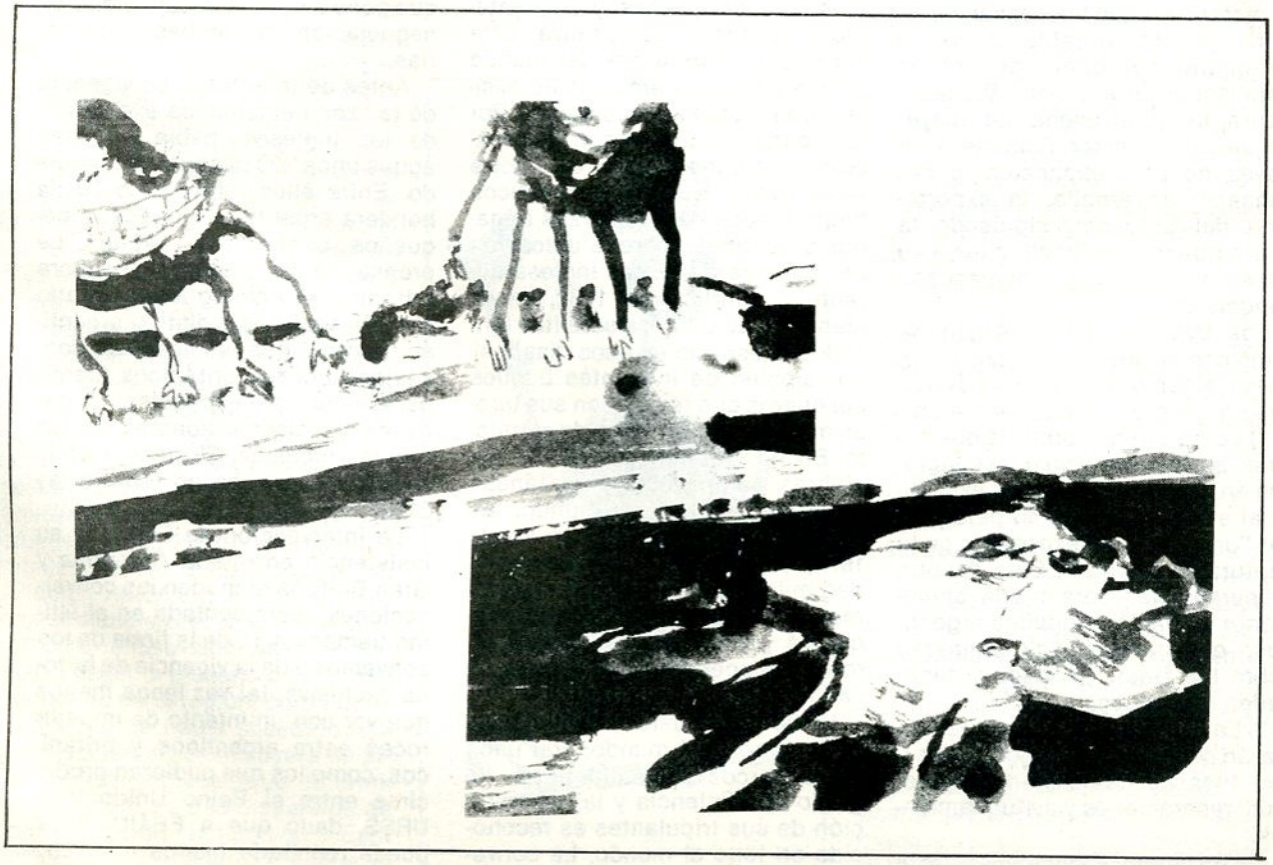
que un incidente entre ellos en el Altántico sur, ahora que su atención está concentrada en zonas de conflicto mucho más ardientes que ésa.

Otras consideraciones estratégicas

Hace poco tiempo, el presidente Alfonsín —en declaraciones hechas a la televisión italiana— sostuvo que Gran Bretaña "quiere convencer a sus aliados de la OTAN de que las islas Malvinas tienen una importancia fundamental desde el punto de vista estratégico". Y agregó, "nosotros consideramos que no es así y creemos que ni Estados Unidos es de esa opinión"[18].

Obviamente, las declaraciones de Alfonsín son de un tono marcadamente político y están ligadas a la postura argentina en su negociación sobre las islas, y no deberían ser interpretadas fuera de ese contexto. Seguramente, el presidente argentino comprende que en la situación actual del conflicto este-oeste, el Atlántico sur no es uno de los "puntos calientes", como ya lo he señalado. Y en ese sentido tiene razón. Pero los británicos consideran a las Malvinas como estratégicas desde hace tiempo. La primera ministro Tatcher dijo en una oportunidad: "Las Falkland (Malvinas) tienen una importancia estratégica. Muchas veces traté de decir esto a nuestros amigos y aliados. Han sido importantes en la historia británica desde 1770. La batalla de las Falkland (Malvinas) en la primera Guerra Mundial fue por la supremacía en esos estrechos; si no hubiéramos ganado ésa, no ganábamos la guerra. Es un territorio bajo soberanía británica. Los "falklanders" (malvinenses) quieren ser británicos. Yo pensaría que es una gran ayuda para nuestros amigos norteamericanos que estemos allí"[19]. Para la primera ministro, claramente, para garantizar el Atlántico norte hay que resguardar el Atlántico sur.

Desde hace por lo menos 10 años Gran Bretaña viene planteando dentro de la OTAN la necesidad del reforzamiento del dispositivo militar en el Atlántico sur, como parte de la defensa del paso entre el Indico y el Atlántico, y de éste y el Pacífico. La ruta del Cabo sigue siendo para Occidente una de las más transitadas comercialmente, y por lo tanto de mayor valor estratégico. El gobierno racista de Sudáfrica —que por su interés en mantener a las potencias occidentales atadas a la defensa del paso, podría exagerar las cifras— ha brindado algunos datos que pueden ser significativos al respecto. En una conferencia leída en una institución universitaria en Buenos Aires, el embajador de Sudáfrica dijo: "En la presente década la ruta marítima del Cabo [...] es una de las más activas del mundo. Es la principal arteria de circulación de petróleo crudo desde el Medio Oriente hasta las refinerías de Europa, así como de las mercaderías manufacturadas que fluyen desde Europa hacia los mercados de Africa oriental, Medio Oriente y Extremo Oriente. El 60% de la demanda petrolera de Europa occidental transita por esa ruta. Ya un 20% de la demanda petrolera de EE.UU. pasa también por el Cabo, y se espera que tal porcentaje aumente en los próximos años. Por lo demás, la ruta transporta el



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

25% de los alimentos consumidos por Europa"[20].

Teniendo en vista los avances soviéticos logrados en las últimas décadas en cuanto al despliegue de una fuerza naval capaz de mostrar la presencia soviética en todo el mundo y la disponibilidad de las facilidades que lo posibiliten, el dispositivo de defensa del hemisferio sur formaba parte de la estrategia de Gran Bretaña, y el conflicto de 1982 solamente contribuyó a acelerarlo. Es en este sentido en que afirmo que la presencia militar inglesa en las Malvinas y la construcción de una base estratégica en ellas no responde solamente —ni principalmente— a la necesidad de contener futuras reclamaciones argentinas, sino a una estrategia de la OTAN. Estrategia que forma parte de un proceso de lo que Rodolfo Terragno llama "descentralización bélica", que crea condiciones para "transferir toda posible confrontación a un frente periférico".

La creación del famoso triángulo formado por las bases militares de Ascensión, Malvinas y Diego García fortalecería la defensa del sector, proveyendo aeropuertos con pistas los suficientemente extensas como para permitir la operación de bombarderos estratégicos, así como puertos para el abastecimiento y reparaciones de los submarinos de la OTAN.

Concretamente, la confrontación bélica de Malvinas ha puesto, con cruda e imprevista certeza, el conflicto este-oeste a las puertas de esta área. Y ha puesto de manifiesto cómo, en las circunstancias actuales, un conflicto aparentemente encuadrado en la confrontación norte-sur se transforma rápidamente en una manifestación del enfrentamiento este-oeste. Muchos argumentan —tal vez con mayor razón que la que se les otorga— que el desplazamiento de los problemas latinoamericanos de su eje norte-sur en favor del este-oeste nos coloca en medio de la confrontación entre las superpotencias y fuera del foco de nuestros reales problemas e intereses. Pero desde el momento en que el *socialismo real* se instaló en Cuba —y desde la integración de ésta a los planes estratégicos de la URSS— la confrontación este-oeste se ha aposentado en nuestro continente, nos guste o no. Y actualmente, con el conflicto centroamericano aún sin resolver y la existencia de una base de la OTAN en Malvinas, el conflicto este-oeste ha venido para quedarse.

Conclusiones

Algunos puntos quedan de lo expuesto como conclusiones para el debate:

1) El conflicto sobre las Malvinas tiene causas y efectos que corresponden tanto a razones de orden político interno de los actores principales, como a consideraciones estratégicas cuyo origen principal se encuentra en las necesidades y objetivos de las superpotencias, sus bloques y aliados, y de otros países, militar y estratégicamente involucrados.

2) Es difícil imaginar una resolución en el corto plazo del conflicto, puesto que los intereses en juego se encuentran confrontados con esa eventualidad:

a) el interés de Gran Bretaña es el de mantener privilegiadamente su alianza estratégica dentro de la OTAN, de explotar las riquezas de la región como forma de aliviar la presión presupuestaria del mantenimiento y desarrollo de la fortaleza militar en Malvinas, así como una eventual utilización de su presencia soberana allí para fundamentar sus pretensiones sobre la Antártida. Por otra parte, sería inconcebible pensar que Tatcher modificará la posición que hasta ahora le ha rendido excelentes resultados: ganó la guerra, con ello fortaleció su frente interno, y siempre declaró que no negociaría la soberanía sobre las islas: ¿qué beneficio le reportaría un cambio de su propuesta?

b) el interés de la Argentina es el de lograr la soberanía sobre las islas y cumplir el compromiso, interno e internacional, de hacerlo por medio de negociaciones pacíficas; por otra parte, también busca aprovechar las riquezas del área y su proyección sobre la Antártida.

c) el interés de EE.UU. es el de lograr un control confiable sobre el Atlántico sur y alejar el peligro de una confrontación o tirantez en la zona con la URSS, especialmente cuando está enfrentando la mayor crisis desde la instalación de la administración Reagan, con el escándalo de la venta de armas a Irán.

d) finalmente, el interés de la URSS es el de extender su control sobre el Atlántico sur, mantener una posición expectante sobre las vías de comunicación de la zona, además de lograr acuerdos económicos que le rindan beneficios e influencias políticas.

3) La Argentina ha modificado su posición desde que el gobierno democrático se hizo cargo, y sus propuestas ante los organismos internacionales no buscan ya la inclusión expresa del tema de la soberanía sobre las islas sino de forma indirecta. Es por eso que, en las resoluciones aprobadas por la ONU en los últimos años por una aplastante mayoría, se suprimió la referencia a la *soberanía* y la cambió por la expresión *discusión de todos los puntos* relativos al conflicto. La Argentina no busca ahora la condena de Gran Bretaña sino el mayor consenso para sus propuestas de solución.

Febrero de 1987.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NOTAS

1. Jornada Académica TREINTA MESES DE POLITICA EXTERIOR ARGENTINA, Carrera de Ciencias Políticas, Universidad de Buenos Aires, 4 de junio de 1986.

2. Aunque no fue aclarado totalmente, el episodio que protagonizaron helicópteros británicos en territorio chileno durante el conflicto daba pie a la credibilidad de versiones que aseguraban que aviones británicos repostaban en aeropuertos chilenos en viaje hacia Malvinas. Un informe de la inteligencia militar argentina recientemente publicado en el diario *Clarín* de Buenos Aires, el 15 de febrero de 1987, asegura que las fuerzas inglesas estuvieron a punto de extender la guerra a la Patagonia, en colaboración con los chilenos. Fuera de estas consideraciones, podemos asegurar que al gobierno dictatorial de Pinochet no le agradó, por el "efecto demostración", la instalación de gobiernos democráticos en Argentina, Uruguay y Brasil.

3. Es lícito pensar que Brasil esté intentando una mayor presencia de sus fuerzas navales en el Atlántico sur, una manera de asegurar sus vías de comunicación con Africa occidental. Por otra parte, ha sido reciente el interés brasileño en participar en la exploración científica de la Antártida, hacia donde envió un buque oceanográfico.

4. Las opiniones belicistas son inconcebibles en la actual situación argentina. Pero es imposible saber lo que realmente piensan ciertos círculos de las fuerzas armadas o nostálgicos de la dictadura militar. Un hombre tan respetado de las filas castrenses como lo era el ya fallecido general Juan Enrique Guglialmelli, llegó a escribir: "No tenemos otra alternativa, por ahora, que la acción diplomática en todos los frentes [...] (pero) para el largo plazo debemos mantener viva la eventualidad, todavía, de un nuevo intento militar, serio y objetivamente preparado, que avente cualquier perspectiva de aventura armada". V. *Estrategia* - 71-72, p. 70, Buenos Aires, 1982.

5. *The Soviet Union: The inclopete superpower*, Paul Dibb, University of Illinois Press, 1986.

6. Debo decir que esta es una opinión que muchos prestigiosos analistas no comparten. Entre ellos se encuentra nada menos que Raymond Aron, para quien "el armamento soviético no necesariamente demuestra una voluntad agresiva, belicista. Puede explicarse por la ambición de una gran potencia, resuelta a no permitir la superioridad de su rival en ningún terreno", en *Los ultimos años del siglo,* Ed. Emecé, Buenos Aires, 1985, p. 136. Resulta muy interesante la opinión de Robert G. Kaiser, editor del *Washington Post,* que apunta que los soviéticos atraviesan un período de declinación, junto con un momento de cambio en su propia percepción, lo que los colocaría en una actitud defensiva. Véase "The Soviet Pretense", en *Foreign Affairs,* Winter 1986/87, vol. 65, N° 2.

7. *Arms for Africa*, Bruce E. Arlighaus (ed.), Lexington Books, 1983, p. 27.

8. *El Atlántico sur,* A. Míguez y A. Sánchez-Gijón, Instituto de Cuestiones Internacionales, Madrid, 1985, p. 16.

9. *The unnoticed challenge: soviet maritime estrategy and the global coke points,* Robert Hanks, Institute for Foreign Policy Analysis, 1980, p. 23.

10. Tal vez resulte oportuno recordar que un aeropuerto calificado por la administración norteamericana como "estratégico" sirvió como justificación para invadir Granada y derrocar su gobierno. Ese aeropuerto también estaba ampliándose con pistas destinadas a permitir la operación de aviones con un alcance tal que ponían en peligro los puntos estratégicos de la seguridad nacional norteamericana.

11. Durante la guerra, fuentes confiables aseguraron que las armas nucleares que transportaba la "task force" solamente serían usadas en el caso de un ataque masivo de la aviación argentina contra la flota británica, antes de que ésta tomara posiciones para la batalla final de las Malvinas. Versiones como esta son las que dieron lugar, tiempo después, al incremento de los rumores de que la Argentina estaría en el umbral de la obtención del arma nuclear, no para arrojarla contra el enemigo sino para usarla como disuasivo en el caso de repetirse una situación como la que comentamos. La construcción de una base estratégica de la OTAN en Malvinas y la posibilidad de la presencia de armas nucleares en ella, ¿no significará un aliciente para acelerar las apetencias de sectores belicistas de las fuerzas armadas de la Argentina, e incluso de Brasil?

12. En *El Bimestre* N° 6, 1986, el economista argentino Jorge Schvartzer desarrolla la hipótesis de que la urgencia del equipo económico de la dictadura militar por la explotación petrolera de la zona de las Malvinas avivó el interés de las fuerzas armadas, y contribuyó a la decisión de ocuparlas.

13. *Diplomacia secreta y rendición incondicional,* Rogelio García Lupo, Editorial Legasa, Buenos Aires, 1983, p. 23.

14. Los comentarios sobre la inconveniencia de la firma de los acuerdos en la prensa argentina fueron notorios, aunque de diversa naturaleza: hubo quienes lo hacían tratando de prevenir los inconvenientes que seguramente habrían de surgir, y también quienes los hacían como forma de desestabilizar al canciller Dante Caputo. Círculos vinculados al gobierno tuvieron que admitir, no oficialmente, que tal vez las alternativas posibles no habían sido suficientemente analizadas. Una revista de circulación interna del partido de gobierno y vinculada a la cancillería, *Metas para nuestro tiempo* N° 5, noviembre de 1986, decía: "Existen quienes —de buena o de mala fe— sostienen que la política exterior argentina no midió las consecuencias de los convenios de pesca con la URSS y Bulgaria. Pues bien, en el mejor de los casos este es un juicio superficial puesto que los convenios no son otra cosa que un acto de soberanía que además reúne las condiciones necesarias de atención a nuestros intereses de preservación de los recursos ictícolas. Por lo demás, un acto de soberanía puede contener ciertos efectos no queridos y aun podría concederse, no calculados; pero debe advertirse que dicho acto tiene efectos jurídicos y políticos de primera magnitud como es —entre otros— el de ejercer las plenas facultades que surgen de tal condición. Puede que haya existido cierta imprevisibilidad, pero en la alternativa hubiera sido peor no suscribir los convenios por temor a la reacción de Londres. Además, ante países que apoyan nuestra causa en Malvinas como la URSS y Bulgaria, ¿cómo apareceríamos diciendo que los convenios no se firman en razón de la reacción que pudiera tener el Reino Unido?" Fuera de todas estas razones, debo recordar que ninguno de los críticos de los convenios recordó que la dictadura militar suscribió convenios de pesca con países socialistas, entre ellos la propia URSS, sin que nadie hiciera la menor objeción.

15. *Clarín*, 19 de noviembre de 1986, en un reportaje a Arnaldo Musich, ex embajador del régimen militar, y en *Clarín* del 25 de noviembre de 1986, otro reportaje a Oscar Camilión, ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Viola, durante el proceso militar.

16. *Foreign Report,* Londres, N° 1730, 10 de junio de 1982. Cfr. también *World Armament and Disarmament, op. cit.,* p 429 y siguientes.

17. *El poder militar soviético, op. cit.*, p. 63.

18. *Clarín,* 6 de enero de 1987. El canciller argentino Dante Caputo, en un reportaje concedido a *Newsweek* y publicado el 16 de febrero de 1987 aclaró, sin embargo, que "uno de los problemas que pueden derivarse de la exagerada presencia militar británica en la región reside en el hecho de que de ese modo la zona podría adquirir una significación estratégica que nunca tuvo. Un incremento de la presencia militar en las islas es susceptible de introducir el conflicto este-oeste en la región. Es importante eliminar esa posibilidad".

19. *Time,* 20 de junio de 1983.

20. "Los intereses de Sudáfrica en el Atlántico sur", Francis David Tothill, en *Armas y Geoestrategia* N° 8, Buenos Aires, junio de 1984, p. 50.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SUDAMERICA: ANTAGONISMOS GEOPOLITICOS

(ARGENTINA, BRASIL, URUGUAY Y CHILE)

por Hervé Coutau Bégarie

Traducción de Cristina Sardoy

El texto que aquí se publica está integrado por fragmentos del libro *Geoestratégie de l'Atlantique Sud*, editado por Presses Universitaires de France, y aparece aliviado del aparato de citas que lo hacían muy extenso. El autor es profesor de la Ecole Politique des Hautes Etudes y del Instituto de Estudios Políticos de París. También es miembro de un grupo de expertos de las Naciones Unidas.

América latina no tiene una prensa favorable y mucho menos sus militares. A menudo, el anatema y la burla hacen las veces de análisis. Como dice Alain Rouquié, "siempre se brilla con poco esfuerzo contabilizando el centésimo cuadragésimo *putsch* boliviano y los ubuescos —y banales— despropósitos del molesto Pinochet". También se pueden recordar las calaveras de los caudillos del siglo pasado: el mexicano Santa Anna, que organizó los funerales nacionales por su pierna perdida en combate, o el boliviano Melgarejo, que al parecer habría hecho fusilar a su camisa diciendo: No hay que confiar en nadie, ni siquiera en la propia camisa".

Por ende, no sorprende en absoluto que las "explicaciones" enunciadas con mayor frecuencia estén relacionadas con el "folklore" o con "la historia-complot alternada con un economismo sin matices": los regímenes militares latinoamericanos, negación del progreso y la democracia, serían nada más que una supervivencia del caudillismo y se mantendrían gracias a la represión y a su colusión con el Pentágono y las multinacionales.

En la primera síntesis científica publicada en francés, Alain Rouquié mostró claramente la futilidad de este tipo de argumento. No existe continuidad entre el caudillismo y los regímenes militares contemporáneos: "el poder civil es soberano en estos países (Argentina, Chile, Perú, Bolivia) durante varias décadas luego del aniquilamiento del caudillismo, que por otra parte prácticamente no existió en Chile, por no hablar de Brasil, donde la emancipación se produjo, si no lentamente, al menos sin estallidos y sin dar lugar a largas guerras. Por el contrario, los países en los que el fenómeno del caudillismo ocupó un lugar preponderante hasta una fecha relativamente reciente hace varias décadas que no tienen regímenes ni intervenciones militares: es el caso de México desde los años treinta, o el de Venezuela desde 1958". El cuestionamiento de las injerencias norteamericanas no merece mejor suerte: "¿Cómo explicar, pese a ITT y Chile, que dos países que se cuentan entre los más satelizados a nivel económico, México y Venezuela, tengan regímenes civiles y militares tranquilos, o que las grandes firmas industriales norteamericanas miren con mala cara al Chile de los *Chicago-boys* después de 1973, a un Uruguay abierto a todos los vientos y que incluso "desinviertan" en la Argentina a partir de 1976?

El mismo tipo de explicación fácil circula a propósito del comportamiento internacional de estos regímenes. La carrera armamentista naval entre Brasil, Argentina y Chile es un buen campo para los maníacos del folklore o del complot norteamericano. En la primera sección abundan las anécdotas: se puede citar a Brasil, que en 1910 encarga a los astilleros británicos uno de los acorazados más grandes del mundo cuando su flota prácticamente nunca disparó un cañonazo (por otra parte, poco después se da cuenta de que sus cajas están vacías y lo revende en grada a Turquía); Uruguay, que conserva durante el período de entre guerras en la bahía de Montevideo un crucero incapaz de navegar con el solo fin de tener la apariencia de una marina; Brasil y Argentina, que después de 1945 adquieren portaaviones cuyo valor es sobre todo simbólico. La guerra de la langosta en 1963, durante la cual Brasil envía una división naval formada por un crucero, cinco destructores y dos corbetas contra un mísero barco escolta francés, es citada por el principal, si no el único, hecho de armas de la marina brasileña. En cambio, la guerra de las Malvinas sirve para probar que la marina argentina, y por extensión las marinas latinoamericanas, son incapaces de actuar a partir del momento en que deben enfrentar a una gran potencia naval. En la sección "complot norteamericano" basta recordar los intentos de constituir una Organización del Tratado del Atlántico Sur.

La realidad latinoamericana no puede reducirse a ideas tan simplistas. La dimensión folklórica existe, y sería absurdo negarla, pero eso no es óbice para que las marinas brasileña, argentina o chilena sean de un buen nivel profesional y cumplan funciones políticas y estratégicas precisas. La guerra de las Malvinas no mejoró su reputación, pero eso no significa nada: la superioridad de la *Royal Navy* era demasiado abrumadora para que las fuerzas de superficie argentinas pudieran mostrarse agresivas luego del torpedeo del crucero Belgrano; además, cabe señalar que el único submarino argentino disponible intentó un valiente ataque contra la *Task Force* británica y logró escapar a sus perseguidores, que los pilotos de la fuerza aeronaval mostraron mucho valor y habilidad en sus ataques y que los infantes de marina estuvieron entre las pocas tropas argentinas que se comportaron bien durante los combates en tierra. Por último, no debe olvidarse que la guerra de las Malvinas es un ca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

so "absurdo" que nunca se habría producido sin los gruesos errores de la junta militar argentina. Ninguna marina latinoamericana fue concebida para hacer frente a la flota de una gran potencia. El único método correcto es reubicarlas en su marco regional, para determinar a qué fines están destinadas y en qué medida cumplen las funciones que les son asignadas.

El contexto latinoamericano

Por consiguiente, nuestro primer trabajo debe ser delimitar el contexto en el cual se mueven las marinas latinoamericanas. Ante todo, conviene recordar que América latina cubre dos realidades muy diferenciadas: el Caribe, donde encontramos sobre todo micro-Estados y "repúblicas bananeras" sin gran consistencia y por ende incapaces de defenderse solas (hemos visto incluso cómo los británicos desembarcaron en su antigua colonia de Anguilla, teóricamente independizada, para desalojar a la mafia que había tomado el poder) y América del Sur, compuesta por países de potencial respetable y a veces imponente. Por otra parte, es necesario deshacerse de las ideas recibidas y aceptar ver en América latina algo más que un mosaico de poderes militares a sueldo de Estados Unidos. Las relaciones de estos países entre sí y con Washington no son simples y se ven con mayor frecuencia situadas bajo el signo del conflicto que del buen entendimiento.

Urgidos a condenar a Pinochet, Videla y Figueredo al mismo oprobio, los perdonavidas del militarismo latinoamericano se niegan a reconocer la realidad geopolítica latinoamericana. Esta se ve afectada por antagonismos de muy larga data y es necesario remontarse bastante en el tiempo, hasta el siglo XV, para formarse una idea sobre los motivos de desinteligencia, casi permanentes, entre España y Portugal, que heredaron los Estados de América del Sur sucesores de los dos imperios coloniales hispánico y lusitano. Es como si se tratara de un desacuerdo físico, hasta visceral, entre dos razas, exacerbado por torpezas originales en la delimitación de las zonas de expansión de ambas civilizaciones. De hecho, a partir de la independencia América latina vivió una serie impresionante de conflictos a menudo muy sangrientos: la guerra de las Provincias Unidas del Río de la Plata contra Brasil de 1825 a 1828; la guerra entre la coalición chileno-argentina y Bolivia de 1836 a 1848; la guerra no declarada entre Argentina y Brasil a propósito del Uruguay de 1843 a 1852; el aplastamiento de Paraguay por parte de todos sus vecinos de 1864 a 1870 que dio como resultado un genocidio casi total (sobre un millón trescientos mil habitantes antes de la guerra, no quedaban más que doscientos mil; fue necesario autorizar la poligamia para volver a poblar el país); la guerra victoriosa de Chile contra Perú y Bolivia de 1879 a 1883; la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay de 1932 a 1935; la campaña de Perú contra Ecuador en 1941... sin hablar de múltiples crisis de menor importancia. Y este belicismo no pertenece a un pasado superado; Argentina y Chile estuvieron a un paso de la guerra en 1978, y Ecuador y Perú volvieron a enfrentarse en 1981 y 1983.

El coronel Mario Travassos, verdadero fundador de la escuela brasileña de geopolítica, sistematizó estos antagonismos en su clásico libro *Projeçao continental do Brasil*. Su presentación, particularmente simple y astuta, conserva toda su validez a más de medio siglo de su formulación. Por lo tanto, podemos apoyarnos en su esquema, completándolo, para comprender la geopolítica de América latina.

Travassos divide a América latina en varias zonas geopolíticas. Verticalmente, distingue dos: al Oeste, la zona pacífica, con los países de la Cordillera de los Andes, y al Este, la zona atlántica, infinitamente más amplia, ya que la cordillera obstaculiza la penetración hacia el interior a partir de la ladera pacífica. Horizontalmente, corta a América latina en tres franjas que son, de Norte a Sur: la Cuenca del Caribe, la Cuenca Amazónica y el Cono Sur, con límites bastante imprecisos: Venezuela forma parte del área caribeña, pero también mira hacia el Amazonas y Bolivia y Paraguay están divididos entre la Cuenca Amazónica y el Cono Sur.

Travassos deja de lado la región del Caribe sometida a la dominación norteamericana. A partir de ese momento, la geopolítica sudamericana va a tomar la forma de un cuadrado, con un doble antagonismo Este-Oeste y Norte-Sur.

Perú ⇔ Brasil
⇕ ⇕
Chile ⇔ Argentina

En la actualidad, subsisten todos los antagonismos señalados por Travassos. Los que se refieren al frente atlántico serán detallados más adelante. Pero vale la pena dar desde ahora un panorama general.

Este-Oeste: La confrontación entre Argentina y Chile sigue siendo igualmente intensa. La disputa por el canal de Beagle no se limita a tres islotes rocosos y lo que está en juego es mucho más considerable, como enseguida veremos. Comparativamente, la tensión entre Perú y Brasil parece apenas perceptible; no por ello es menos real ya que Perú sigue preocupándose por los objetivos en el Pacífico enunciados por los geopolíticos brasileños, objetivos a los que, para algunos, pareció dar un principio de consistencia la culminación de la Transamazónica y el desarrollo de las relaciones económicas entre Brasil y Japón.

Norte-Sur: Brasil y Argentina siguen empeñados en una carrera por la preeminencia regional, aun cuando la brecha entre los dos países ha crecido de manera sin duda decisiva a favor de Brasil. Este quiere extenderse al Sur hasta las "fronteras naturales" que son los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, en tanto que, en sentido inverso, Argentina desearía reconstituir en su beneficio el antiguo virreinato de Buenos Aires, que englobaba a Uruguay, Paraguay y Bolivia. Pese a una distensión muy clara desde hace unos años, argentinos y brasileños siguen llevando a cabo una sorda lucha de influencia en los países tapones que los separan. En la ladera pacífica, la rivalidad entre Chile y Perú no ha sido liquidada por el acuerdo territorial de 1929 y el antagonismo de fondo subsiste.

Podemos completar el esquema de Travassos en dos puntos. En primer lugar, los antagonismos horizontales y verticales van acompañados lógicamente de solidaridades oblicuas, apoyándose cada uno naturalmente en el adversario de sus adversarios: de ese modo, Brasil y Chile mantienen buenas relaciones, mientras que la alianza

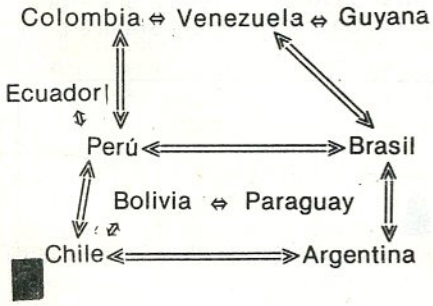
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

entre Perú y Argentina es estrecha, algo que se vio una vez más durante la guerra de las Malvinas. Por otra parte, se puede trasladar el cuadrado de Travassos al norte de América latina y hacer aparecer allí antagonismos similares.

Este-Oeste: La rivalidad entre Venezuela y Colombia es secular, consecuencia de un litigio fronterizo que en 1892 culminó con la derrota de la primera, que debió abandonar la orilla izquierda del Orinoco. El rencor todavía no ha desaparecido. Y el mismo problema se plantea entre Venezuela y Guyana, a propósito de la Cuenca del Esequibo perdida por Venezuela a comienzos del siglo.

Norte-Sur: Venezuela y Brasil tienen un conflicto de reivindicaciones sobre Guyana, por el cual cada uno trata de extender su frente marítimo, Venezuela para salir del Caribe y Brasil para abrirse más ampliamente hacia el Atlántico Norte. Por el lado del Pacífico, el antagonismo entre Colombia y Perú (los dos países estaban enfrentados en los años '30 a propósito de Leticia) se ha desdibujado, pero Perú sigue en conflicto con Ecuador, mucho más débil, y el bloqueo de las posiciones en el Sur, contra Chile, lo incita a acentuar su presión al Norte.

Obtenemos así el esquema final:



Esta presentación es muy esquemática. No todos estos antagonismos tienen la misma intensidad, no excluyen alivios temporarios (del tipo del que presenciamos actualmente en la rivalidad Brasil-Argentina) y algunos no se manifiestan debido al alejamiento demasiado grande entre los protagonistas o a las presiones diplomáticas (como ocurre con las reivindicaciones sobre Guyana). Pero persisten en el largo plazo, como lo demuestran los escritos geopolíticos que tienen un éxito sorprendente casi por doquier. Cabe recordar que estas teorías geopolíticas no solamente revisten un interés académico sino que impregnan a los poderes militares establecidos: el mismo general Pinochet ha escrito dos obras de geopolítica y el general Golbery do Couto e Silva, el más ilustre de los geopolíticos brasileños, fue consejero escuchado de los sucesivos presidentes a partir de la instauración del régimen militar en 1964.

El Caribe ofrece un paisaje distinto. Sus Estados son demasiado débiles para que las disputas territoriales tengan la misma intensidad. No obstante, encontramos varias: Guatemala reivindica a Belice, cuya independencia no reconoce; Colombia y Nicaragua se disputan la isla San Andrés; Honduras, El Salvador y Nicaragua están en litigio a propósito de la bahía de Fonseca que la Corte de Justicia Centroamericana había puesto bajo su soberanía común mediante una sentencia del 9 de marzo de 1917; Nicaragua tiene también un punto litigioso con Costa Rica... sin mencionar los problemas de delimitación de las zonas económicas en el mar. Pero la principal fuente de conflictos es naturalmente ideológica, con la presencia de Cuba y ahora de Nicaragua, acusadas por sus vecinos de querer desestabilizar a los regímenes establecidos.

Por consiguiente, América latina es una zona muy conflictiva. Pero al mismo tiempo, por una de esas paradojas cuyo secreto ella conoce, ninguna otra región del mundo ha producido tantos tratados, convenciones y resoluciones tendientes a promover la conciliación y la comprensión entre Estados y ninguna otra región posee una panoplia de recursos jurídicos tan diversificada y en ocasiones tan sofisticada: no-agresión, recurso al arbitraje, a la conciliación, derechos humanos, cooperación política, limitación de los armamentos, integración económica... todas las hipótesis han sido abordadas en una impresionante serie de tratados multilaterales o bilaterales, cuya única falla es la de ser raramente aplicados: Chile y Argentina previeron así, desde fines del siglo XIX, someter sus diferendos a un tribunal arbitral designado por el Rey o la Reina de Inglaterra, pero cuando dicho tribunal en el caso del canal de Beagle dictó en 1977 una sentencia desfavorable al gobierno de Buenos Aires, éste rechazó el arbitraje. América latina brinda un campo inagotable de reflexiones acerca de las vicisitudes del derecho internacional muy bien descriptas por Charles de Visscher y Guy de Lacharrière.

¿Es posible que estos elementos conflictivos desaparezcan? Puede discernirse, por cierto, y desde hace varios años, una disminución de la intensidad de los conflictos: los pactos de cooperación económica se multiplican (Tratado Amazónico, Pacto Andino, Tratado de la Cuenca del Plata), algunos litigios se solucionan (así, la frontera marítima entre Argentina y Uruguay, fuente permanente de disputa desde la creación del Uruguay, en 1828, fue delimitada en 1974). Pero los gérmenes de conflicto subsisten: litigios fronterizos entre Perú y Ecuador, entre Argentina y Chile, superposición de reivindicaciones en la Antártida. La declaración de Ayacucho (9 de diciembre de 1974) mediante la cual los grandes países de América del Sur (excepto Brasil) se comprometían a no adquirir armamentos sofisticados no surtió ningún efecto y en el transcurso de la última década todos los países reforzaron sustancialmente su potencial militar. Como señala acertadamente Max Manwaring, esta difusión del poderío militar podría despertar rivalidades tradicionales. La crisis económica que afecta a América latina también puede incitar a los gobiernos a desviar las preocupaciones de la opinión pública hacia los problemas externos, como intentó hacerlo la junta argentina en 1978 contra Chile, y luego en 1982 a propósito de las Malvinas, con el éxito que todos conocemos. Por lo tanto, sería en todo caso arriesgado apostar a una pacificación duradera de las relaciones intralatinoamericanas.

Las relaciones con Estados Unidos

Pocas ideas sobre América latina están tan difundidas como la de la dependencia respecto de Estados Unidos. Esto es ampliamente cierto a nivel económico. Desde un punto de vista político, hay que distinguir las situaciones diferen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

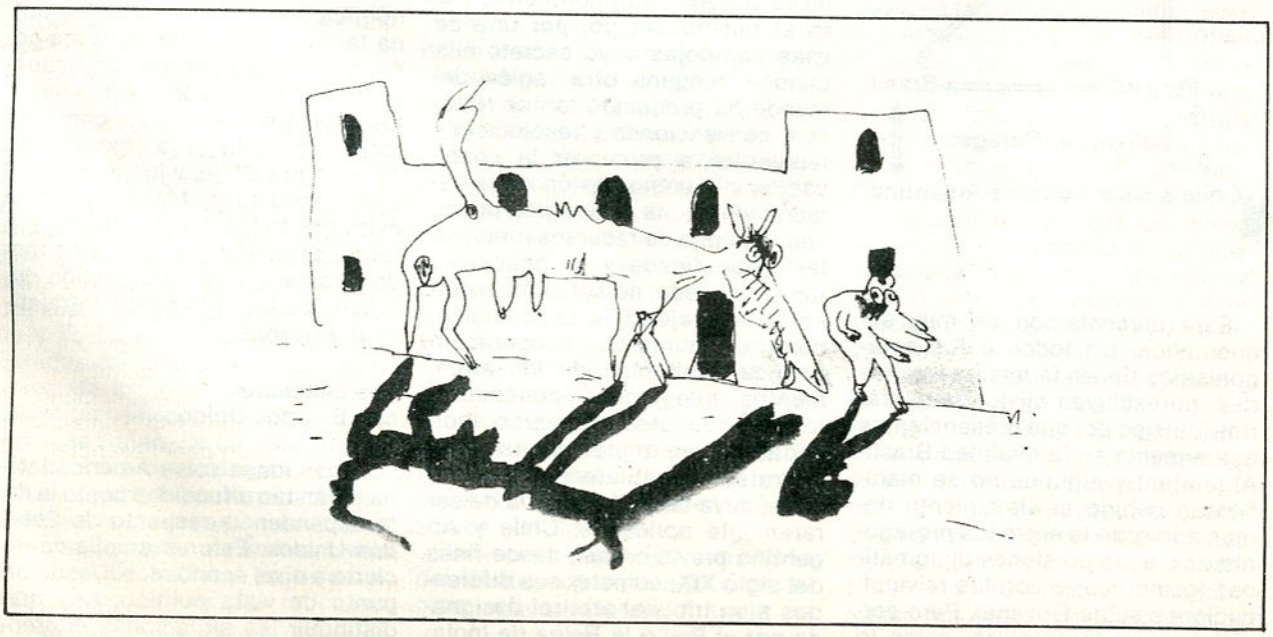
tes del Caribe y de América del Sur.

El Caribe y Centroamérica han sido totalmente dominados por Estados Unidos en el último siglo debido a su proximidad geográfica y a la inconsistencia de los Estados que los componen. La política del "big stick" del primer Roosevelt ("Hablar despacito con un palo grandote al lado") dio lugar a una injerencia constante y a numerosas intervenciones armadas. Cuba fue transformada en verdadera colonia en la cual, hasta 1934, Estados Unidos tenía constitucionalmente derecho a intervenir. El advenimiento de Castro en 1959 ha hecho de ella un factor perturbador que veinte años más tarde se extendió a América Central, cuando el poder sandinista se instaló en Nicaragua. Pero fuera de allí, la hegemonía estadounidense subsiste bajo una forma que se ha vuelto más civilizada. Debido a la falta de medios, todos esos pequeños países son dependientes de Washington: los países de América Central librados a sus propias fuerzas no podrían poner freno a la subversión sandino-castrista. En cambio, para América del Sur, el concepto de dependencia surgido del análisis neo-marxista no puede dar cuenta de los vínculos con Estados Unidos. Se dan relaciones muy variables según los países, que van desde la negativa a cooperar hasta una relación en la cual cada parte sólo persigue su propio interés.

La Argentina es el ejemplo más acabado de la negativa a cooperar con Estados Unidos (o, si se prefiere una fórmula más corriente, de rechazo de la dominación de Estados Unidos). Charles Maechling, ex-consejero de las administraciones Kennedy y Johnson, resumió la manera en que perciben esto los diplomáticos del Departamento de Estado: "Argentina no es un país amigo de Estados Unidos. Se resistió abiertamente a la política y a los ideales de Estados Unidos en el siglo XIX, se opuso a las primeras iniciativas de Estados Unidos tendientes a la creación de un sistema interamericano. Siempre rechazó la doctrina Monroe y el Congreso argentino votó una resolución con este fin en 1933... Durante la Segunda Guerra Mundial, puede decirse, siendo indulgentes, que Argentina fue neutral, en el mejor de los casos... Los puertos argentinos, a la inversa de los brasileños, estaban cerrados a nuestras fuerzas en el Atlántico Sur. Buenos Aires era a todas luces un centro de espionaje y de transmisiones alemanas. [Más recientemente], Argentina aprovechó el embargo cerealero para incrementar sus propias ventas a la Unión Soviética. El 12 de abril de 1981, el flamante ministro de Relaciones Exteriores Oscar Camilión reafirmó la independencia de Argentina respecto de la política exterior de Estados Unidos y su intención de entregar a la Unión Soviética las cantidades de cereales y de carne pedidas. Describió la participación de la Argentina en las maniobras navales interamericanas organizadas bajo la égida de Estados Unidos señalando que no implicaban ningún compromiso de colaborar en la defensa de las comunicaciones en el Atlántico Sur". Es realmente difícil decir, luego de esto, que Argentina va a remolque de Estados Unidos.

Podría objetarse que Argentina es un caso excepcional. Pero ni siquiera los países que aceptan cooperar con Estados Unidos se hallan en situación de dependencia desde el momento en que tienen un mínimo de poder (algo que es regla en América del Sur, con excepciones como Uruguay, Ecuador o Bolivia). Sería más apropiado hablar de relación de clientela, es decir de un intercambio recíproco entre un protector y unos protegidos que conservan una amplia autonomía y están en condiciones de rechazar las pretensiones del Estado-patrón que juzgaren excesivas: los países sudamericanos siempre se resistieron a los intentos norteamericanos tendientes a dar al Pacto de Río una coloración de guerra fría. Sólo concibieron esta organización como un medio entre muchos otros para alcanzar sus propios objetivos. El ejemplo de Brasil permitirá comprenderlo.

A comienzos de siglo, la gran potencia económica, política y militar de América del Sur era Argentina. En comparación, Brasil era un



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

país inmenso pero débil. Los dirigentes brasileños eran conscientes de ello y Estados Unidos también: en 1937, este país ofreció a Brasil siete destructores viejos en señal de buen entendimiento. Ante las protestas argentinas, la propuesta fue retirada ya que Washington "prefería una complicación momentánea de las relaciones entre Estados Unidos y Brasil a un deterioro de sus vínculos con Argentina". Este episodio es revelador de la jerarquía de poder que existía entonces entre los dos países. El gobierno argentino pretendía tratar con Estados Unidos de igual a igual: en 1936, Roosevelt viajó a la Conferencia Interamericana que se realizaba en Buenos Aires, a bordo del crucero *Indianapolis*. Esta demostración no fue apreciada por los argentinos quienes, dos años más tarde, enviaron a la Conferencia de Bogotá a su ministro de Relaciones Exteriores a bordo de un crucero. En 1942, Nicholas Spykman podía escribir todavía: "Los argentinos están decididos a hacer que su país sea el más importante del continente austral y el igual de Estados Unidos en el hemisferio occidental".

La Segunda Guerra Mundial provocará un vuelco en la relación de fuerzas. En tanto que Argentina manifiesta sus simpatías proalemanas extremadamente marcadas y rechaza toda cooperación con Estados Unidos, el presidente brasileño Vargas pone resueltamente a su país del lado de Estados Unidos, yendo más allá de todo lo que este último podía suponer. El resultado no se hace esperar. Librada a sí misma y aislada dentro del continente, Argentina atraviesa una grave crisis: debido a la ruptura del comercio con Alemania, el tráfico de Buenos Aires se reduce dos tercios de 1939 a 1942, de lo que deriva una profunda depresión económica. En razón de la falta de medios, sus fuerzas armadas no pueden mantener su potencial. En el mismo momento, Brasil se beneficia a pleno con la ley de préstamo y arriendo (con 361 millones de dólares, recibe las tres cuartas partes de la ayuda acordada a América latina durante la guerra) y con una corriente de intercambios y de inversiones que acelera su desarrollo. Al terminar la guerra, está en condiciones de suplantar a Argentina como primera potencial regional y sigue naturalmente en la senda de una alianza que le da bastante resultado: en 1952, Golbery do Couto e Silva publica su famosa *Geopolítica do Brasil* en la que afirma que la alianza es el medio adecuado para hacer que Estados Unidos reconozca "la estatura real de Brasil". De 1953 a 1961, éste recibe en virtud del *Mutual Security Act* una ayuda militar de 1.706 millones de dólares, mientras que Argentina sólo se hace acreedora a la irrisoria suma de 3 millones.

Treinta años después, el objetivo de convertir a Brasil en el gigante de América latina ha sido alcanzado y los sarcasmos de los geopolíticos argentinos contra la subordinación de su vecino al imperialismo yanki no logran hacer olvidar la decadencia de su propio país.

Obviamente, se objetará que esta inversión de la relación de fuerzas era inevitable a largo plazo ya que el potencial brasileño es de todas maneras muy superior al de su rival: Brasil ocupa el 40% del continente sudamericano y uno de cada tres latinoamericanos es brasileño. Es posible, pero no por ello es menos cierto que la ayuda norteamericana a Brasil, en momentos en que Argentina estaba aislada, desempeñó un papel esencial, cuando no determinante, en este proceso. El cálculo de los dirigentes brasileños, para los cuales "el predominio norteamericano en la alianza militar no significaba una dependencia perjudicial para los intereses nacionales, sino que era

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

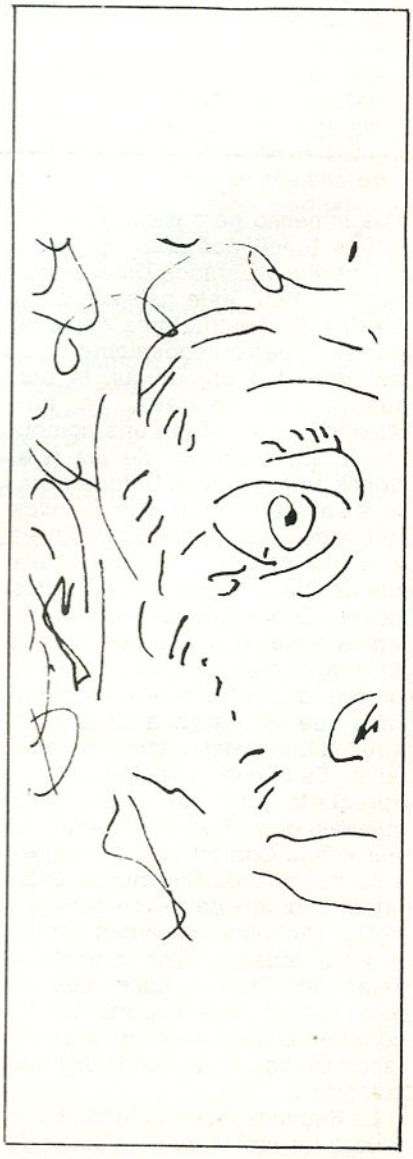
visto como necesario para la independencia nacional'' resultó correcto.

Es evidente que los militares norteamericanos no comprendieron esta verdad. Hasta la guerra de las Malvinas, tendieron a considerar que el comportamiento de sus aliados sudamericanos respondía a una preocupación anticomunista y antisoviética idéntica a la suya. Desde esa perspectiva, el desarrollo de sus marinas fue percibido como una contribución a la defensa de Occidente contra la amenaza marítima soviética, error compartido por numerosos analistas: así, para Robert S. Leiken, "la creciente preocupación causada por el acceso de los soviéticos a los puertos de Guinea-Bissau y Angola incitó a Argentina y Brasil a embarcarse en vastos programas de modernización de sus marinas". Esta visión funcionalista es en gran medida ilusoria. Parece más acertado decir, con Michael Morris, que "recientemente surgió una preocupación en el Atlántico Sur en cuanto a una amenaza soviética, pero ésta no ha modificado todavía la definición de la política naval que coloca los intereses nacionales por encima de los intereses internacionales". Podemos tener una idea más exacta del significado de la carrera armamentista naval que sacude actualmente a América latina reubicándola en una perspectiva histórica.

Argentina, Brasil y Chile se habían puesto de acuerdo a principios de siglo respecto de una limitación de sus flotas (*Pactos de Mayo*, firmados en 1902). Pero en 1907, un rebrote de tensión con Argentina incita a Brasil a lanzar un amplio programa naval destinado a poner fin a la supremacía de la marina argentina. Prevé dos acorazados, tres cruceros, quince destructores y tres submarinos. Argentina replica ordenando dos acorazados y doce destructores. Chile los sigue con un poco de retraso y en 1912 hace un pedido de dos acorazados, cuatro destructores y dos submarinos. La guerra de 1914-18 sobreviene a punto para frenar la escalada. Durante el período comprendido entre las dos guerras, y pese a las dificultades económicas, los sudamericanos continúan manteniendo fuerzas navales respetables: el plan argentino de 1926 prevé tres cruceros, seis destructores conductores de flotillas, seis submarinos y un transporte de aviación. Brasil no puede seguir ese ritmo: los apremios financieros le impiden llevar a cabo el programa interrumpido en 1932 que incluye dos cruceros, nueve contratorpederos y seis submarinos. Pero se recupera durante la Segunda Guerra Mundial, recibiendo ocho destructores cedidos por Estados Unidos. Pide incluso, pero sin éxito, el traspaso de dos portaaviones, dos acorazados, cuatro cruceros, quince destructores y nueve submarinos. Washington no accede, considerando, con razón, que Brasil carece del nivel de aprovechamiento y de los medios para tener semejante flota. Después de 1945, los dos rivales son grandes compradores de los excedentes que la US Navy vende a un 10% de su precio de costo. A fines de los años '50, cada uno adquiere un portaaviones. La marina brasileña parece obtener definitivamente la ventaja en los años '60 cuando la ayuda norteamericana le permite superar el tonelaje argentino. Pero Argentina no se da por vencida: en 1969 compra un nuevo portaaviones, lo que provoca en los marinos chilenos el deseo de tener también uno (si esta eventualidad se concretara, podemos estar seguros de que los peruanos sentirían a su vez igual necesidad). Y a comienzos de los años '70 lanza un ambicioso programa de nuevas construcciones para oponerse a las ambiciones de las marinas peruana y chilena que estaban a punto de alcanzarla. Brasil quiere mantener su margen de superioridad y en 1973 suspende un plan muy ambicioso que es víctima de la crisis energética, en tanto que el retorno de los militares al poder en Buenos Aires en 1976 va a acelerar el programa argentino. En medio de estas peripecias, la imagen que cada marina tiene de sí misma y de sus competidores es infinitamente más importante que la aparición de los barcos del almirante Gorchkov en el Atlántico Sur. La carrera armamentista naval que libran Argentina y Brasil (y los demás) sólo se comprende plenamente en su contexto latinoamericano. Con este espíritu hay que abordarla, manteniendo siempre la distinción entre América del Sur y la Cuenca del Caribe.

El triángulo ABC

Lógicamente, al sur del Caribe podría no haber habido más que dos ribereños americanos del Atlántico: Argentina, heredera del antiguo virreinato del Río de la Plata, y Brasil, continuidad del imperio portugués. Los particularismos locales y la diplomacia británica decidieron otra cosa. Fiel a su tradicional máxima *divide and rule*, Gran Bretaña favoreció el nacimiento de Uruguay, menos como Estado tapón entre dos potencias naturalmente antagonistas que como medio de prohibir que Argentina controlara las dos orillas del Plata y evitar que sólo dos países se dividieran el borde americano del Atlántico Sur. Del mismo mo-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do, alentó la extensión de Chile hacia el Sur para impedir un dominio argentino sobre la ruta de Hornos, que en aquel entonces presentaba un carácter vital para la potencia marítima.

Encajada entre dos gigantes, reivindicado en un principio por Brasil, que lo llama "Provincia Cisplatina" y Argentina, que lo califica de "Banda Oriental", Uruguay sólo puede abrigar esperanzas de sobrevivir gracias a la benevolencia y sobre todo la neutralización recíproca de sus dos poderosos vecinos. Toda su diplomacia aspira entonces a mantener el equilibrio y el buen entendimiento en la Cuenca del Plata. A diferencia de Paraguay y Bolivia, que se inclinan cada vez más hacia la órbita brasileña, se esfuerza por mantener un equilibrio entre sus dos vecinos y aprovechar su rivalidad para obtener ventajas económicas. Durante los años '70, consolidó su posición solucionando el viejo y delicado problema de su delimitación marítima con Argentina (el Tratado relativo al Río de la Plata, y a su frente marítimo, entró en vigor el 12 de febrero de 1974, no sin provocar críticas por parte de algunos geopolíticos argentinos, que consideraron demasiado importante la parte uruguaya) y con Brasil. Manifestó mucho interés por el proyecto OTAS, respecto del cual su posición era muy cercana a la de Argentina, pero sólo tiene una marina simbólica: sus tres viejos destructores cedidos por Estados Unidos pronto serán retirados y sólo serán reemplazados por buques livianos (en 1981, Francia entregó tres patrulleros rápidos) destinados a la vigilancia de la zona económica.

Quedan pues tres verdaderos protagonistas: Argentina, Brasil y Chile. La fórmula "triángulo ABC" pertenece a Nicholas Spykman, quien vio claramente este choque de potencias. En una posición central, Argentina debe enfrentar por un lado a Brasil, de quien sospecha tiene ambiciones hegemónicas y por el otro a Chile, que desearía acceder al Atlántico, pero que actualmente se halla a la defensiva. En la época de Spykman, ABC no era sólo el resultado del orden alfabético; era la expresión de una jerarquía del poder. Pero en la actualidad la relación entre Argentina y Brasil se ha invertido, de manera que la clasificación pasó a ser: Brasil, Argentina, Chile.

El estudio de la política marítima brasileña pone en evidencia la brecha entre la retórica y la realidad. Retórica de los geopolíticos brasileños: sueñan con una hegemonía en el Atlántico Sur pero su marina apenas es capaz de cumplir con sus misiones mínimas de vigilancia y de hacer de contrapeso a su rival argentina. Pero también retórica de los progresistas de todos los sectores que se obstinan en ver en Brasil a un país a remolque de Estados Unidos: el gobierno de Brasilia está mucho más preocupado por la relación de fuerzas en la región del Plata que por las aspiraciones soviéticas de dominación del mundo. Mientras la presencia naval soviética en el Atlántico Sur no haya alcanzado un nivel verdaderamente amenazador, la atención de los militares brasileños se inclinará en primer lugar hacia lo que sucede en Buenos Aires y la marina argentina será el punto de referencia privilegiado a partir del cual se evaluarán las necesidades del poderío naval brasileño.

El combate de la Argentina

Otrora país-faro de América latina, Argentina se halla inmersa actualmente en un doble combate: contra los factores de descomposición que llevaron a su caída, y contra enemigos que la amenazan de todas partes: Brasil, al norte, Chile al oeste y al sur, y el Reino Unido en el Atlántico Sur. A diferencia de Brasil, que no tiene por qué temer una amenaza proveniente del mar, Argentina debe contar con la dimensión marítima de su seguridad. Por lo tanto, la marina goza de una mayor consideración que su rival brasileña, pero sus misiones son mucho más pesadas.

1. *El mar en la geopolítica argentina.*- ¿Argentina es un país marítimo? En un principio, tanto como Brasil. Su situación fue analizada ya en 1916 por un marino, el almirante Segundo R. Storni, quien luego será ministro de Relaciones Exteriores en los años 40. En dos conferencias publicadas bajo el título *Intereses argentinos en el mar,* examina a su país en relación con los factores de poderío marítimo señalados por Mahan.

La posición geográfica de Argentina hace de ésta un país marítimo. Storni considera que presenta todas las características de la insularidad: alejada del centro de la civilización que se encuentra en el hemisferio norte, y rodeada de países de los cuales tiene poco por recibir, Argentina debe esperar todo del mar. Su configuración responde al mismo esquema: sus intercambios se realizan esencialmente pr el Atlántico, y el interior del país, en lugar de estar cerrado a las influencias marítimas, mira hacia el Pacífico, a través de los puertos chilenos. Pero estas tendencias marítimas son contrarrestadas por factores contrarios. La configuración de las costas es desfavorable debido a la falta de puertos naturales. El espacio argentino, propicio para las actividades agrícolas, no incita a volverse hacia el mar y el carácter nacional

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

argentino fortaleció esta disposición: la mayoría de los inmigrantes que poblaron Argentina llegaron del sur de Europa, sobre todo de España, y naturalmente se inclinan por la explotación de la tierra.

Storni plantea el dilema "marítimo o continental" y obviamente elige el primer término de la alternativa. Argentina debe entonces dotarse de una marina mercante capaz de asegurar sus intercambios y de evitar la dependencia de buques extranjeros, y de una marina de guerra para proteger su tráfico y superar a sus rivales brasileña y chilena. En ese tiempo, Argentina es la primera potencia de América del Sur y su marina debe reflejar su rango. No obstante, Storni, lejos de predicar una política hegemónica, recomienda cooperar con los países vecinos, y en lugar del *Two powers standard*, que desearía que la marina argentina fuera más poderosa que sus dos rivales juntas, fija un objetivo más modesto: "La flota argentina debe ser lo suficientemente fuerte como para superar a cada una de sus vecinas tomadas aisladamente y hacer improbable su unión en caso de guerra".

Por consiguiente, Argentina es un país dividido entre tendencias marítimas y continentales. En la época en que escribe Storni, las segundas predominan claramente y esta situación durará hasta los años 50. Dos series de razones, que más tarde se invertirán, explican este relativo desinterés por el mar.

La primera es de origen diplomático-estratégico. Al igual que en Brasil, el problema prioritario es la ocupación del espacio interior, en este caso de la Patagonia, que no fue incorporada efectivamente al territorio nacional hasta 1879 y que sigue manteniéndose prácticamente desierta. No hay ninguna amenaza proveniente del mar y el país no tiene ambiciones territoriales. El diferendo con Chile parece haber sido resuelto mediante el tratado de 1881 que hizo prevalecer el "principio oceánico": Argentina en el Atlántico, Chile en el Pacífico, reconociéndose internacionalmente como límite entre los dos océanos el meridiano del cabo de Hornos. A Argentina le importan poco unos islotes rocosos en el canal de Beagle que la letra del tratado atribuyó a Chile aun cuando estaban situados en el

Atlántico, y Chile es demasiado débil para emitir nuevas pretensiones. Tampoco hay superposición de reivindicaciones en la Artártida hasta 1940, ya que Argentina se contenta con anexar en 1904 las islas Orkney en las que instaló una estación meteorológica. El único litigio declarado está referido a las islas Falkland-Malvinas, cuya restitución es pedida por Buenos Aires al Reino Unido, pero sin animosidad. Este pleito no impide las buenas relaciones. La política exterior argentina heredó del siglo XIX una tradición de legalismo que la hace pensar que el problema acabará arreglándose a través de la diplomacia. El mismo Storni deplora esta mancha en las relaciones argentino-británicas, pero ni por un momento prevé recurrir a la fuerza para recuperar las islas.

La segunda serie de razones es de orden institucional. El Ministerio de Marina ha sido creado recientemente (1898) y la marina no representa una fuerza comparable al ejército: a comienzos del siglo, incorpora solamente a 5.000 conscriptos, o sea de tres a cuatro veces menos que su rival, y más adelante la desigualdad se agranda. Además, su "estilo" se opone al del ejército: poco sensible al prestigio de la armada alemana, copia el modelo universal que es la Royal Navy, y accesoriamente, recibe la influencia francesa. Esta diferencia se exarceba durante la era peronista: la marina es profundamente hostil a Perón, el cual como contrapartida se esfuerza por marginarla privilegiando sistemáticamente al ejército. Los marinos se vengarán en 1955, desempeñando un papel decisivo en el levantamiento que derrocará a Perón. Al pasar a ser más influyentes, aprovecharán para comprarse un portaaviones...

A partir de los años 50, los cambios institucionales permitirán así que la marina aumente su influencia. También pesará, como en todos los países, la concientización respecto del valor del espacio marino y de sus recursos: durante los años 70, las capturas realizadas por la flota de pesca argentina se duplican, pasando de 169.000 toneladas en 1969 a 341.000 en 1977 y las exportaciones de pescados saltan de 4,8 millones de dólares en 1970 a 80 millones siete años después. Se llevan a cabo campañas de prospección que revelan la presencia de petróleo en la plataforma continental argentina. En 1976, se crea una Secretaría de Estado de Intereses Marítimos. Pero, a largo plazo, el factor decisivo que dará al mar, y por ende a la marina, una renovada importancia es la modificación de la situación geopolítica de Argentina. Despojada de su antiguo esplendor, debe enfrentar el aumento del poderío de Brasil. A partir de los años 60, empieza a concederle una hegemonía sobre los países del Plata. La lucha de influencia se desarrolla esencialmente a base de inversiones y grande proyectos con finalidades más geopolíticas que realmente económicas: Brasil lleva la ofensiva con la represa gigante de Itaipú sobre el Paraná, destinada a hacer pasar a Paraguay a su órbita económica y con la construcción de un puerto en Río Grande (en un lugar que por otra parte no es excelente, ya que el puerto tiende a enarenarse) con la esperanza de desviar de la ruta del Plata el tráfico boliviano y paraguayo. Los geopolíticos argentinos ven en esto una maniobra destinada a dominar su país. Este responde en la medida de sus posibilidades: a Itaipú, le opone la represa más modesta de Corpus y acuerda a Bolivia una zona franca en el puerto de Rosario a orillas del Pa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

raná, para hacer contrapeso al puerto de Río Grande. Alberto Asseff propone (con otros) dos proyectos muy ambiciosos: la construcción de un puerto en Uruguay, en La Coronilla, y la canalización del río Bermejo. Estas realizaciones le quitarían utilidad a Río Grande y harían fracasar la maniobra brasileña. Pero Argentina ya no puede luchar con Brasil. En 1973, al retornar al poder, Perón parece querer esbozar una alianza de los países hispánicos contra la hegemonía brasileña. Su muerte señala el fin de este intento. Después de derrocar a su viuda, sus sucesores militares renuncian a una confrontación de la que saben Argentina no puede esperar nada y buscan un acercamiento que equivale a ratificar *de facto* la influencia preponderante de Brasil en los países del Plata. En octubre de 1979, se resignan a firmar un acuerdo sobre la división de las aguas entre Itaipú y Corpus favorable a las tesis brasileñas. La revista *Estrategia,* órgano de los geopolíticos argentinos, se insurge contra esta capitulación, pero el acuerdo no hace sino traducir la relación de fuerzas existente.

Bloqueada al norte, Argentina dirige su energía hacia el mar con una idea simple: "si en este momento nuestras costas atlánticas tienen una importancia estratégica, esto nos confiere un poder, un medio de presión política". Sus geopolíticos desarrollan el tema de Argentina, país bicontinental (América y Antártida) y oceánico, e incluso para algunos, bicontinental y bioceánico (Atlántico y Pacífico). En los años 70, la junta militar esboza una vasta maniobra en el triángulo Plata-Malvinas-Beagle que los geopolíticos argentinos denominan Mar Argentino (denominación que no es reconocida internacionalmente) con un doble objetivo: controlar la ruta de Hornos y consolidar su reivindicación sobre la Artártida. En estos dos puntos, choca al mismo tiempo contra Chile y el Reino Unido.

Pese a la existencia del canal de Panamá, los geopolíticos sudamericanos siguen dando una gran importancia estratégica a la ruta de Hornos. Chilenos y argentinos se disputan entonces su control, pensando que el país que la tenga dispondrá de un factor adicional de influencia internacional. Chile se aseguró una clara ventaja desde el principio: el tratado de 1881 le reconoce la posesión de todas las islas al sur del canal de Beagley, en 1914 incorporó el estrecho de Magallanes a sus aguas jurisdiccionales. En noviembre de 1940, reivindicó un sector de la Antártida que incluye la Península Antártica. Intentó coronar la empresa reivindicando en los años 50 las islas Sandwich del sur, Georgias del Sur y Orcadas del Sur en nombre de la continuidad geológica (teoría del arco de las Antillas australes). Si su reivindicación daba resultado, Chile quedaba en una posición dominante en la región de Hornos y podía reclamar un sector antártico muy extenso, que englobaba casi totalmente el que reivindica Argentina.

Por su parte, el Reino Unido ocupa las islas Malvinas y sus dependencias: Sandwich del Sur, Georgias del Sur y Orcadas del Sur. Todas estas islas tienen una doble importancia. Las Malvinas constituyen la verdadera clave de la ruta de Hornos, pues es posible instalar allí una verdadera base aeronaval, en tanto que la región de Tierra del Fuego sólo ofrece puntos de apoyo de acceso difícil (las comunicaciones únicamente pueden realizarse por vía aérea o marítima) y está sometida a factores climáticos muy duros. Por otra parte, la posesión efectiva de las islas fortalecería la reivindicación argentina sobre la Antártida: la reivindicación británica se vería debilitada y Argentina dispondría de una pantalla que se interpondría entre el continente blanco y Brasil, y le permitiría así oponerse a las pretensiones de éste.

Aparece pues claramente la ecuación geoestratégica argentina: al estar a la defensiva frente a Brasil, Argentina sólo puede extenderse en dirección al mar y a la Antártida, dos maniobras que en realidad son una sola. Pero de las tres puntas del triángulo que constituye el Mar Argentino, Argentina sólo controla a una, la del Norte, del Plata, la del Este (Falkland y dependencias) está en manos del Reino Unido y la del Sur (cabo de Hornos) está en vías de ser acaparada por Chile. La estrategia argentina debe apuntar al dominio de estos dos puntos.

La tarea más urgente es neutralizar a Chile. Argentina no reconoce la validez de la "territorialización" del estrecho de Magallanes: se apoya para ello en el tratado de delimitación de 1881, que neutraliza el estrecho a perpetuidad y garantiza su libre navegación, prohibiendo así, según ella, que los países ribereños ejerzan sobre él prerrogativas de soberanía. Por otra parte, el gobierno de Buenos Aires emitió en 1940 una reivindicación sobre un sector antártico que incluye la Península Antártica codiciada por Chile. Esta superposición de reivindicaciones no desemboca sin embargo en un conflicto: en 1948, los dos países acordaron a través de una declaración común que para resolver este diferendo esperarían a que se fijara definitivamente el status de la Antártida. En otras palabras, asocian sus esfuezos contra el Reino Unido que había reivindicado dicho sector en 1908, con el objetivo, a su vez, de controlar la ruta de Hornos.

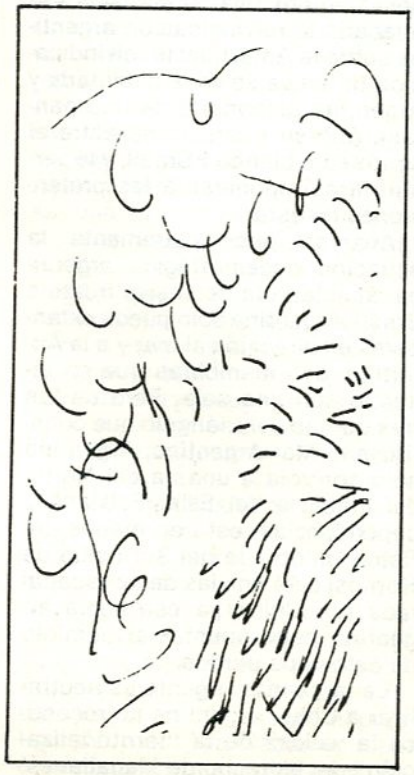
Por lo tanto, Argentina y Chile están "ahogados" ya que cada país considera nulas las reivindicaciones del otro. Pero a partir de fines de los años 60, la controversia adquiere visos más agudos. Argentina adopta una interpretación muy puntillista del principio oceánico y reclama todas las islas o partes de islas situadas al Este del meridiano del cabo de Hornos. Hay unas doce, de las cuales las principales son las islas Nueva, Picton y Lennox, en la desembocadura del canal de Beagle. Los incidentes navales y aéreos se multiplican hasta que ambos gobiernos deciden, en 1971, someter al litigio a una corte arbitral designada por la Reina de Inglaterra, en conformidad con las disposiciones del tratado. La sentencia arbitral pronunciada el 18 de febrero de 1977 se niega a reconocer el principio oceánico y confirma la posesión de las islas a Chile, para gran furor de Argentina que de inmediato rechaza el arbitraje. Se sucede una escalada que no es ya solamente diplomática: la junta de Buenos Aires trata de aprovechar el debilitamiento de las fuerzas armadas chilenas como consecuencia del embargo sobre la venta de armas que lo afecta desde el golpe de Estado de 1973 para obtener un éxito en la política exterior. En 1978, ambos países están al borde de la guerra. Pero Chile, que durante mucho tiempo jugó con fuego, toma conciencia de su incapacidad de sostener una guerra con Argen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tina y se cuida de responder a las provocaciones, y la junta debe retroceder ante la coalición de la Iglesia, los intelectuales, los medios empresarios, todos hostiles a la guerra. Acepta la mediación propuesta por S.S. Juan Pablo II. Este da a conocer sus propuestas en diciembre de 1980. Confirma la posesión de las islas a Chile pero reconoce implícitamente el principio oceánico: las islas sólo tendrían derecho a aguas jurisdiccionales de doce millas de ancho, sin zona económica, y la línea de demarcación se inclinaría hacia el Oeste al Sur de las islas para alcanzar el meridiano del cabo de Hornos y seguirlo por una longitud de 200 millas. Chile dio a concer su aceptación; Argentina no respondió durante el gobierno de los militares, pero en cuanto asumió el mando, Raúl Alfonsín reimpulsa y hace culminar la negociación. El conflicto del canal de Beagle termina así con un compromiso: Argentina obtiene un éxito defensivo, ya que el acuerdo signfica el abandono, por parte de Chile, de sus pretensiones sobre "el arco de las Antillas Australes", pero a cambio renuncia a la idea de eliminar a Chile de la ruta del cabo de Hornos.

Por consiguiente, la maniobra anti-chilena desembocó sólo en un resultado a medias, lo que no está del todo mal. En cambio, la rama anti-británica de la estrategia argentina desembocó en un desastre total. El gobierno de Buenos Aires intentó primero la negociación, pero Londres nunca quiso realmente discutir la cuestión de la soberanía de las Malvinas. Incidentes como el apresamiento del buque oceanográfico *Shakleton* por el destroyer argentino *Storni* hacen aumentar la tensión a partir de 1976. En 1977, la junta parece dispuesta a recurrir a la fuerza, pero el gobierno laborista envía al lugar un buque de guerra y la situación se mantiene así durante cuatro años. En 1981, como consecuencia del estancamiento manifiesto de las discusiones, Argentina alza el tono, sin provocar ninguna reacción británica. Al contrario, el gobierno de Margaret Thatcher da la impresión de no mostrar interés por las islas, llegando incluso a confirmar el desarme del patrullero rompehielos *Endurance*, único buque de la Royal Navy presente en las Falkland, y a no prestar ninguna atención a los informes alarmistas que le envía su embajada de Buenos Aires. Engañado por estas torpezas, y apremiado por una agitación interna que quiere disipar mediante un "golpe" espectacular susceptible de volver a crear una unidad nacional (es el único elemento de la especualción que resultará acertado... en un primer momento), el general Galtieri se lanza a la aventura en marzo de 1982, en las peores condiciones. Nadie ignora en qué acabará la empresa que, mejor preparada, nunca debió fracasar: unos meses más tarde, la Royal Navy habría sido incapaz de montar semejante expedición y, aunque lo hubiese hecho, la presencia de catorce *Super Etendard* con veinticuatro misiles *AM 39 Exocet* habría modificado considerablemente la evolución de los hechos. Pero la historia no se reescribe: la derrota de 1982 arruina por mucho tiempo las esperanzas de los argentinos de recuperar las islas Malvinas y de consolidar sus posiciones en el Atlántico Sur y en la Antártida. Además, corre el riesgo de hacer perder a la marina argentina sus posibilidades de volver a ser la primera en America latina.

2. *El status de la marina.* A partir de los años 60, la marina argentina se vio, como sus rivales, frente al problema de que los buques comprados a la US Navy a fines de los años 40 estaban obsoletos, pero no pudo conseguir que el gobierno hiciera pedidos de barcos nuevos en cantidad suficiente. Por consiguiente, su potencial no cesó de disminuir en momentos en que sus vecinas hacían un gran esfuerzo de equipamiento. Superada ya por Brasil, a comienzos de los años 70, estaba en vías de tener que competir por el segundo puesto con las marinas peruana y chilena. El embargo que afectó a Chile luego del derrocamiento del presidente Allende vino muy bien para eliminar al rival más peligroso. Pero esto no solucionaba el problema del futuro de la marina argentina. Cuando los militares volvieron al poder en 1976, ésta se componía esencialmente de un portaaviones de origen británico y de destructores y submarinos transferidos por la US Navy. Las únicas unidades recientes eran dos submarinos alemanes entregados en 1974 y dos destructores británicos tipo *Sheffield* entonces en terminación. En el mismo momento, Perú había ordenado seis submarinos y cuatro fragatas.



La junta decidió revertir esta tendencia y lanzar un programa muy ambicioso que incluía seis submarinos, diez fragatas y aviones de ataque *Super-Etendard*, apuntando a un doble objetivo: superar definitivamente a la marina chilena y asegurarse así el dominio de la región de Hornos, y mostrar a Brasil que la Argentina seguía "en carrera": a fines de la década del 80, la marina argentina debería ser nuevamente la primera de América latina.

En 1982 sobreviene la guerra de las Malvinas. Al iniciarse las hostilidades, la marina presenta:

- un portaaviones, el *Veinticinco de Mayo*, viejo, pero recientemente reconstruido para establecer los *Super-Etendard* comprados a Francia. Fueron entregados sólo cinco de los catorce ordenados.
- un crucero, el *General Belgrano*, de más de cuarenta años; en el contexto sudamericano, puede ser todavía útil, especialmente para apoyar combates terrestres con su gran potencia de disparo.
- cuatro submarinos: dos exnorteamericanos en las últimas y dos alemanes modernos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

- dos destructores tipo *Sheffield* y cuatro viejos destructores transferidos por la *US Navy*. Todos están armados con *Exocet*.
- tres avisos flamantes comprados en Francia. Los dos primeros estaban primitivamente destinados a Sudáfrica. Fueron adquiridos por Argentina cuando el gobierno francés les aplicó un embargo.
- más el equipamiento naval habitual.

La invasión a las islas sorprende a la marina en un momento crítico; los pilotos de la fuerza aeronaval están apenas empezando a familiarizarse con los *Super-Etendard,* que sólo disponen de cinco misiles AM 39; no ha sido entregado ninguno de los barcos pedidos en Alemania; dos de cada cuatro submarinos están fuera de servicio y el portaaviones *Veinticinco de Mayo* tiene problemas (¡providenciales!) con la caldera que lo inmovilizará en el puerto durante toda la guerra. Para colmo de males los dos *Sheffield* dejan de estar disponibles al comenzar las operaciones: el primero naufraga en un fondo y el segundo es dañado por un proyectil durante la ocupación de las Georgias del Sur.

Para la marina argentina, todo sucederá muy rápido: el 25 de abril, el viejo submarino *Santa Fe* es atacado por helicópteros; averiado, naufraga en las costas de las Georgias del Sur. El 2 de mayo, el crucero *Belgrano* es hundido por el submarino nuclear de ataque HMS *Conqueror.* Los buques argentinos vuelven precipitadamente a su base de Puerto Belgrano en la bahía de Bahía Blanca y no saldrán más de allí, excepto algunos patrulleros que tratarán de quebrar el bloqueo británico para abastecer la guarnición de Malvinas y el último submarino disponible, el *San Luis*, que intentará un ataque infructuoso contra la escuadra británica (pues los torpedos alemanes fallan).

La marina sale del conflicto casi indemne: sólo perdió dos viejos buques y barcos livianos, de modo tal que su potencial permanece intacto; el heroísmo de sus aviadores y de sus infantes de marina le permite escapar al oprobio que se abate sobre el ejército y hace olvidar los graves errores de sus mandos. Después del cese de las hostilidades, se preocupa inmediatamente por reforzar sus medios. En 1983, fueron entregados los restantes *Super-Etendard* y el primer aterrizaje en el portaaviones *Veinticinco de Mayo* tuvo lugar en abril. En 1984, los astilleros alemanes entregan dos fragatas y un submarino y se mandan construir en Argentina cuatro fragatas más pequeñas. También se compran aviones para reemplazar las pérdidas de 1982. El estado mayor de la marina tiene grandes proyectos: desearía comprar diez *Super-Etendard* y veinte *Exocet* más, acelerar la entrega de submarinos y conseguir submarinos nucleares y un portaaviones moderno: corren incluso rumores en cuanto a contactos con los astilleros españoles, los que podrían ofrecer una réplica del *Príncipe de Asturias* por la suma de 445 millones de libras.

El retorno de los civiles al poder acaba con estas esperanzas. El Presidente Alfonsín se ve obligado a cargar con los contratos en curso, pero anuncia su intención de reducir la asignación para gastos militares a 2% del PBI: ni hablar de un nuevo portaaviones o de submarinos nucleares. La marina debe incluso anunciar que está dispuesta a ceder una de sus nuevas fragatas y la continuación del programa de submarinos se ve amenazada. Al borde de la bancarrota, Argentina no está en condiciones de mantener una carrera de armamentos navales, tanto más cuanto que ésta no tiene ya las mismas razones de ser: el nuevo gobierno excluye toda idea de revancha contra el Reino Unido y piensa solucionar el litigio con Chile por vía diplomática. La gran maniobra geopolítica es abandonada y la marina se aboca nuevamente a misiones más modestas.

La principal es la vigilancia del espacio marítimo argentino. La Prefectura Naval, cuerpo de guardacostas que depende de la marina, se fortaleció recientemente con la compra de veinte patrulleros de 80 toneladas para la vigilancia de los ríos y puertos y cinco patrulleros de 900 toneladas para la policía de las 200 millas. La marina debe abastecer asimismo a las provincias australes, Tierra del Fuego y a las bases científicas de la Antártida. Para ello, dispone de varios transportes y dos rompehielos nuevos, al igual que de dos buques oceanográficos equipados con tripulaciones civiles. Y seguirá como antes participando en las maniobras conjuntas con las marinas brasileña (ejercicios *Fraterno*), paraguaya (ejercicios *Sirena*) y uruguaya (ejercicios *Cimarrón*) sin olvidar las maniobras interamericanas UNITAS, que a menudo boicoteó durante estos últimos años (1977, 1978, 1979, 1982, 1983 y 1984).

Si el poder civil se mantiene durante los próximos años, cosa que es posible, pero no segura, la marina argentina no recobrará su antigua supremacía y no se peleará con su rival chilena. No obstante, conservará un núcleo respetable de barcos modernos que la pondrá a la par de Brasil. Y la vigilancia del espacio marino argentino, el apoyo a las expediciones antárticas y la participación en la defensa de las líneas marítimas del Atlántico Sur en el marco del TIAR bastarán ampliamente para mantenerla ocupada.

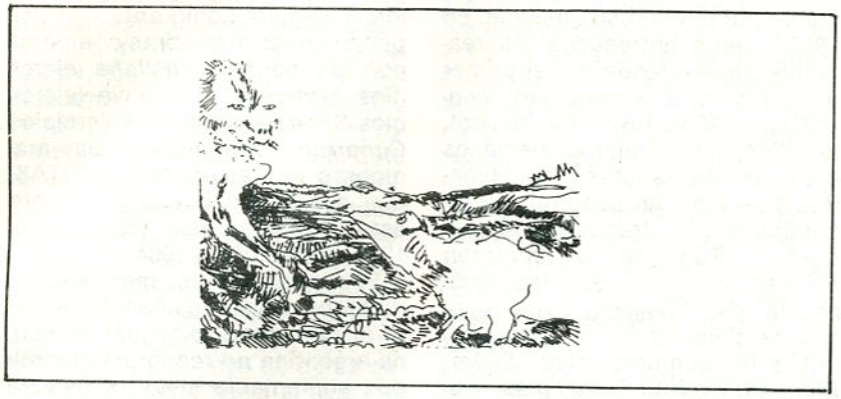
Los objetivos chilenos en el Atlántico

Luego de que el general Roca ocupara la Patagonia en 1879, ambos países entraron en contacto en el extremo del continente y mediante un tratado fechado el 23 de julio de 1881, fijaron sus fronteras. Chile obtuvo las orillas del estrecho de Magallanes (debiendo no obstante mantenerlo neutralizado y no fortificado), la mitad de Tierra del Fuego y todas las islas situadas al sur del canal de Beagle.

Pero a este tratado se sumó dos años más tarde un Protocolo adicional e interpretativo firmado el 1° de mayo de 1893, que consagró el principio oceánico: "la soberanía de cada Estado sobre su respectivo litoral es absoluta, de manera que Chile no puede reivindicar ningún punto sobre el Atlántico, así como Argentina sobre el Pacífico". Ahora bien, algunas islas situadas al sur del canal de Beagle están en el Atlántico... Sobre este principio precisamente se funda la protesta argentina relativa a estas islas.

Chile se presenta en este litigio como una víctima de la mala fe de Argentina, que no pensaba respetar el tratado. Pero también es víctima de sus propias acciones. Ya en 1889, su presidente Héctor Balmaceda le asignaba como objetivo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



el control del extremo austral del continente americano. Pese a los cambios de regímenes, la política chilena siempre persiguió este fin. Aprovechando la emoción creada por el paso de la escuadra alemana del almirante von Spee del Pacífico al Atlántico, el gobierno de Santiago dicta el 15 de diciembre de 1914 un decreto que incluye al estrecho de Magallanes en sus aguas jurisdiccionales. En noviembre de 1940, reinvindica la Península Antártica. Pero no es sino a partir de los años 50 cuando afirma abiertamente su voluntad de controlar completamente la ruta de Hornos exponiendo la teoría del Arco de las Antillas Australes que presenta por primera vez ante la 6ª Conferencia de la Oficina Hidrográfica Internacional en 1952, y luego, oficialmente, ante la Asociación Internacional de Oceanografía Física en 1954.

Según esta teoría, la Isla de los Estados, las Georgias del Sur, las Sandwich del Sur, las Orcadas del Sur y la Península Antártica constituyen prolongaciones de la Cordillera de los Andes. Chile infiere de ello que el límite entre el Pacífico y el Atlántico no es el meridiano del Cabo de Hornos, sino que se ubica sobre una línea que pasa al este de este rosario de islas... las que, en virtud del principio oceánico, le corresponden por ende a Chile. El 5 de junio de 1974, el general Pinochet firma un decreto que atribuye la denominación "Mar de Chile" a las aguas que bañan las costas chilenas, sin precisar no obstante la extensión de dicho mar. Los geopolíticos chilenos se encargarán de hacerlo: Federico Marull Bermúdez afirma que el Mar de Chile se extiende al Oeste hasta 1.200 km de las costas chilenas (¡otros van hasta la isla de Pascua!) y al Este, sigue el arco de las Antillas australes hasta el 53° grado de longitud Oeste. A la superposición de las reivindicaciones en la Antártida se agregaría por lo tanto una superposición del Mar Argentino y el Mar de Chile.

La tesis chilena es bastante osada, tanto desde un punto de vista geográfico (equivale a hacer retroceder el límite del Atlántico varios cientos de kilómetros hacia el Este) como jurídico (la continuidad geológica no basta para fundar un derecho y los títulos históricos de Chile sobre las islas que reivindica son inexistentes). Naturalmente no halló ninguna aprobación fuera de Chile. Su resultado más claro fue exacerbar la furia argentina y suministrar al gobierno de Buenos Aires un argumento más para cuestionar la soberanía chilena sobre las islas al sur del canal de Beagle: si ambos países invocan el principio oceánico, el desacuerdo se refiere solamente a la línea de demarcación entre los dos océanos y a partir de ese momento debe prevalecer entonces la tesis argentina, ya que el meridiano del Cabo de Hornos es el único límite internacionalmente admitido. Chile jugó a ser el aprendiz de brujo, felizmente para él sin consecuencias lamentables, pues el arbitraje británico no hizo prevalecer el principio oceánico sobre la letra del tratado. Algo que, desde un punto de vista jurídico, es inatacable.

No obstante, Chile quiso llevar muy lejos su ventaja cuando, pegado al arbitraje del 18 de febrero de 1977, sacó un decreto que establecía una zona económica de 200 millas alrededor de las islas cuya posesión acababa de serle confirmada. Argentina inició inmediatamente una escalada que amenazaba llevar a la guerra. El gobierno chileno se dio cuenta entonces, tardíamente, de su inferioridad, pese a que ésta era evidente, y se abocó a resolver la crisis. Su aceptación de la mediación papal, cuyas propuestas fueron expuestas más arriba, significa que renuncia a toda expansión en el Atlántico. Obtiene satisfacción en cuanto al principio de la posesión de las islas que, en sí mismas, sólo tienen un interés simbólico, pero abandona la esperanza de controlar solo el paso de Hornos y debe renunciar incluso a la zona económica, que había instituido un poco apresuradamente en 1977. Su éxito táctico (a los ojos de la opinión pública es vencedor, ya que conserva las islas) es al mismo tiempo una derrota estratégica.

Este retroceso era inevitable: luego de varios años de embargo, las fuerzas armadas chilenas vieron debilitarse su potencial. La marina tuvo que mantener en servicio, a un costo muy alto, barcos que hasta según las normas sudamericanas estaban obsoletos. En 1978, ante el aumento de la tensión con Argentina, volvió a poner en servicio el crucero *O'Higgins*, de cuarenta años, y que fue desmontado en 1974 como consecuencia de un abordaje, y un submarino que databa de la Segunda Guerra Mundial. Con la compra de nuevos barcos por parte de la marina argentina, la brecha se profundizó más todavía durante los últimos años y el levantamiento del embargo por parte de Gran Bretaña en 1981 no bastó para restablecer el equilibrio. Como mucho, permitirá evitar que siga creciendo el desequilibrio.

¿Cabe la posibilidad de que el debilitamiento argentino luego de 1982 incite a Chile a restablecer sus objetivos expansionistas? Resulta dudoso: la marina argentina salió del conflicto de las Malvinas con un potencial intacto e incluso aumentado. Sin llegar a tener la inconciencia de creer que el litigio del canal de Beagle está cerrado, es razonable pensar que puede conocer una calma duradera, con la condición, naturalmente, de que el gobierno argentino persevere en sus disposiciones actuales. Obviamente, un retorno de los militares a Buenos Aires modificaría totalmente la situación, pues éstos podrían verse tentados a borrar con una guerra victoriosa contra Chile la humillación que les infligió Gran Bretaña.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FABULA DE LA DEUDA

por Saúl Trejo

Un hombre que había recibido un enorme préstamo del Diablo Bank (llamado así en honor de su dueño) no podía ya materialmente vivir a causa de los intereses, que apenas le dejaban suficiente dinero para mantener juntos cuerpo y alma. La pena moral que la deuda le causaba era también enorme, como la gastritis que le producía el sólo pensar en su triste presente.

Como nuestro hombre era tradicional, consultó entonces a un médico "antigüito", quien le recomendó un viejo tratamiento que guardaba en el fondo de un cajón de su escritorio: penitencia, mortificación de la carne, austeridad y, por supuesto, una estricta dieta de adelgazamiento. Debe aclararse que las sangrías ya habían pasado de moda en los tiempos de esta receta. El tratamiento, le aseguró, tranquilizaría su espíritu, y el ahorro resultante de la dieta le permitiría, además, generar excedentes financieros para el pago del servicio de su deuda. Pero el hombre desfallecía bajo los rigores del tratamiento y su semblante no reflejaba una mejora espiritual, "sino todo lo contrario". Empezó entonces a dudar de que las recetas de los abuelos funcionaran como antes, si es que antes habían funcionado; sus dos abuelos habían muerto relativamente jóvenes, dejando sólo deudos... y deudas.

Aconsejado entonces por unos amigos modernos, decidió consultar a un psiquiatra, postgraduado en el extranjero. Este le recetó su tratamiento infalible —tratar simplemente de vivir con la deuda, pues si bien era impagable, se acostumbraría a vivir con ella. En todo caso, la tranquilidad resultante reduciría poco a poco el peso de la carga. Pero el hombre no pudo seguir el consejo. Por el contrario, seguía preocupado. Además, el psiquiatra moderno le resultaba muy caro, y la necesaria renegociación con el Diablo Bank significó no sólo un costo elevado, sino además la promesa de que, antes de tomar cualquier medida drástica o unilateral, volvería al banco para otra renegociación, una de cuyas cláusulas sería la promesa de no hacer nada sin antes acudir... a otra renegociación, una de cuyas cláusulas...

El hombre, por supuesto, seguía adelgazando, a la vez que aumentaban sus preocupaciones. La tentación para hacer "algo" era cada vez más fuerte. Llegó hasta a pensar en recurrir al brujo local, pero ya sabía cuál sería su receta; dejar de pagar y esperar que el futuro se resolviera solo. Pero no creía ni en la brujería, ni en dejar el futuro a la buena de Dios. (Que es muy distinto a no creer en Dios, pues nuestro buen hombre era creyente.) Así que resistió la tentación de consultar al brujo y se ahorró el costo de la limpia. Pero su situación no mejoraba.

Cuando había agotado todas las alternativas, y de paso se había agotado él mismo, decidió que se comportaría racionalmente. Haría lo que sabía hacer: trabajar. Comería y gastaría lo necesario para recuperar la salud, la tranquilidad y la fe en el futuro. A falta de dinero, le entregaría parte de su producción al banco, para que la vendiera y le abonara a su favor tales ingresos. Y la preocupación por las ventas, junto con todas las otras preocupaciones derivadas de la deuda, pasarían a ser del banco. Al Diablo (Bank) no le quedó más remedio que aceptar esta "división del trabajo", concepto que después de todo venía desde Adán (Smith).

El hombre prosperó, pues el banco hubo de convencerse de que para cobrar tendría que hacerse socio y preocuparse directamente por la venta de los productos del hombre, lo cual, en las condiciones deprimidas de la economía local, significaba promover directamente su exportación. Después de todo, la idea de cobrarse con el alma del hombre ya había pasado de moda... y en todo caso, tendría que mostrarse en los balances del banco como un activo sin valor comercial, o improductivo. Así, el elefante vivió feliz. (Una fábula debe tener animales y hasta aquí aún no había ninguno).

MAURICE RAVEL: APUNTES PARA UN RETRATO

por Federico Monjeau

Nacido en 1875 en Ciboure, cerca de París, autor de obras como *La Valse, Le Tombeau de Couperin, L'enfant et les sortilèges, Ma mère l'oye,* el célebre *Boléro* y los *Valses nobles et sentimentales,* Maurice Ravel ostentó una originalidad que no reside tanto en los materiales utilizados como en su particular modo de evocar la historia musical. Acaso en ello consista la verdadera ambigüedad de una obra cuyo diseño es, por el contrario, claro, clásico y difícilmente encasillable en lo que suele llamarse impresionismo. Durante todo este año Ravel fue homenajeado con pompa y circunstancia en su país natal, debido a que el 28 de este mes se cumplen cincuenta años de su muerte.

Las fotografías invariablemente lo muestran trajeado como un dandy, con un cigarrillo encendido y cierto pudor en el rostro. Su prestancia consigue disimular ese cuerpo de jockey que le impidió ir al frente de combate en la guerra de 1914. "Nunca fui valiente, pero me gustan las aventuras"; Ravel quería ser aviador pero debió conformarse con un puesto de chofer. En algunas de esas fotos, como aquella bastante conocida en que posa junto a su amigo Ricardo Viñes, de 1901, su rostro se esconde detrás de bigotes cuidadosamente afinados y espesa barba; por entonces, según Cortot, "Ravel era un joven dado al pesismismo y la razón, algo distante, que leía a Mallarmé y frecuentaba a Erik Satie". A partir de 1910, la cara limpia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dejará aflorar "la larga nariz de los audaces y los ingenuos, los ojos negros, brillantes y próximos uno del otro, los labios finos, cerrados sobre un secreto", como escribió su amigo Roland-Manuel.

El músico habitaba un departamento en París, en compañía de una variada colección de jarrones, barcos en miniatura y flores de papel en botellas, *chinoisseries* diversas, muñecas mecánicas. Tenía el hábito de pasar horas jugando con hijos de amigos y a dos de ellos, los hermanos Mimmie y Jean Godebski, dedicó una de sus obras más bellas: *Ma mère l'oye*, de 1908, una suite de cinco números para piano a cuatro manos donde el compositor puso al alcance de unos pocos y pequeños dedos un universo extraño, encantado, profundamente poético. Melodías diatónicas sobre acordes ligeramente cromáticos, sencillos contrapuntos de nota contra nota, escaso movimiento: un paisaje infantil, totalmente depurado, blanco, a través del cual una vez más Ravel condujo la música a un mundo arcaico.

Se le llama impresionista, aunque su música presenta contornos claramente diseñados, inequívocamente clásicos. En 1908 el sinfonista inglés Ralph Vaughan Williams viajó a París para tomar clases con él. Vaughan Williams le mostró un par de sinfonías y varias piezas de cámara; Ravel le propuso escribir un breve minué en el estilo de Mozart.

Ravel no sintió la necesidad de crear materiales originales. La suya es, en cierta medida, música sobre música. No cita; evoca sin gravedad, como si la historia fuese también una suma de objetos dócilmente encerrados en botellas. "Contempla el mundo de la forma al que él mismo se encuentra atado —escribió Adorno—; la observa a contraluz como el cristal pero no choca contra su superficie sino que se orienta a ella, refinado como un prisionero...". Allí están las danzas antiguas, la música del siglo XVIII, los clavecinistas franceses; también el vals vienés, que luego de la Guerra —en *La valse*— el compositor recordaría con una mirada tan tierna como despiadada. La *joie de vivre* vienesa era demasiado compulsiva como para que Ravel hubiese aceptado creer en ella.

"Hago mi trabajo lentamente, gota a gota. Me lo arranco a pedazos". El maestro de las máscaras sonoras nunca se dejó sorprender en ese ritual. Sobre su piano, jamás nadie alcanzó a ver un esbozo, una partitura a medio hacer. Apenas unos pájaros mecánicos, de los cuales el músico decía oír el latir del corazón.

ESTE NUMERO

Este número de nuestra revista corresponde a los meses de diciembre y enero. El próximo número, el 18, aparecerá en marzo y cubrirá los meses de febrero y marzo. Deseamos a nuestros colaboradores y lectores, desde aquí, felices fiestas y un buen comienzo de año.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CARTAS AL CASTOR

Y A ALGUNOS OTROS

EDICIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS
DE SIMONE DE BEAUVOIR

1926-1939

Jean-Paul Sartre

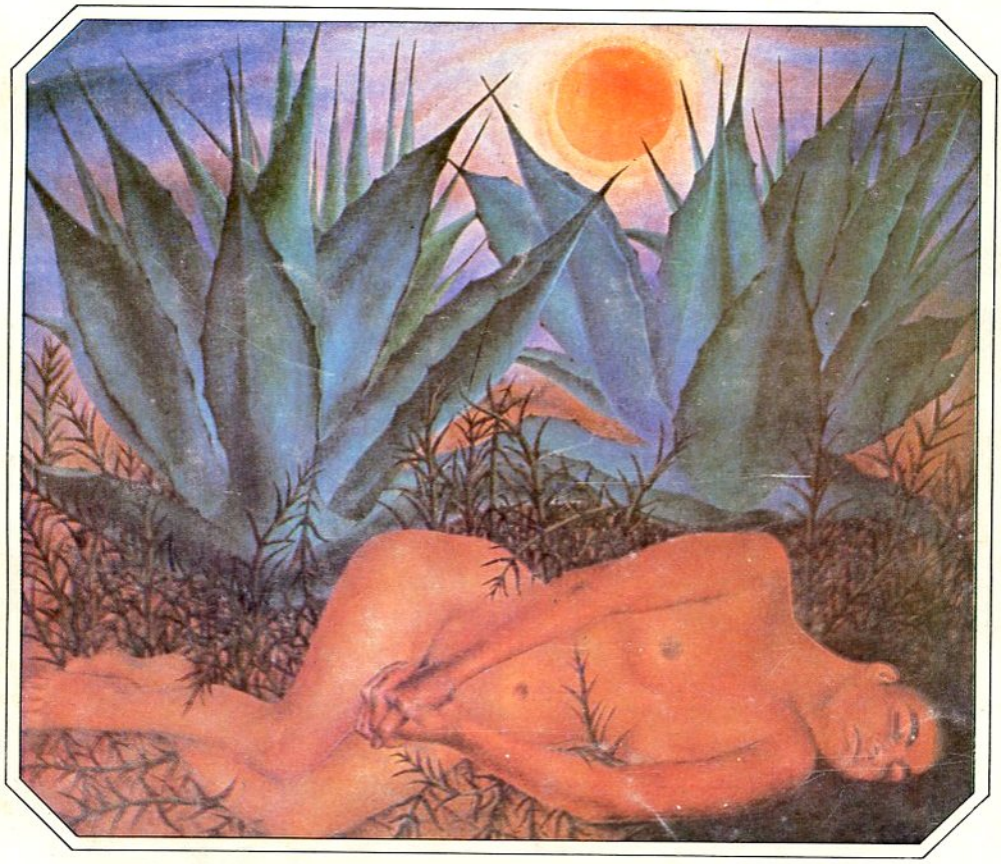
Editorial Sudamericana

En el curso de las conversaciones que mantuvo con Simone de Beauvoir durante el verano de 1974. Sartre explicó lo que para él representaban estas cartas: "Eran la transcripción de la vida inmediata... Eran un trabajo espontáneo. Yo pensaba que estas cartas hubieran podido publicarse. Tenía de algún modo el secreto pensamiento de que se publicarían después de mi muerte. Mis cartas han equivalido en suma a un testimonio sobre mi vida." Estos volúmenes que cubren el período 1926-1963, reúnen todas las cartas que Simone de Beauvoir pudo encontrar, más algunas otras que le fueron donadas o confiadas por sus destinatarios.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La última novela de la narradora latinoamericana más leída en el mundo.
Un canto al amor y a la libertad.
"En mis libros he querido contar la tragedia de este torturado continente
y la esperanza de hombres y mujeres que,
como Salvador Allende y muchos otros, desean un mundo mejor."

Isabel Allende



Eva Luna

Editorial Sudamericana

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar